

**José I. González Faus**

---

**La libertad  
de palabra  
en la Iglesia  
y en la teología**

---

**Antología comentada**

---

Sal Terra

**D**resencia▲

Colección PRESENCIA TEOLOGICA

**19**

JOSE IGNACIO GONZALEZ FAUS

**LA LIBERTAD DE PALABRA  
EN LA IGLESIA  
Y EN LA TEOLOGIA**

---

ANTOLOGIA COMENTADA

**Editorial SAL TERRAE**  
Santander

## INDICE

	<i>Págs.</i>
<i>JUSTIFICACION</i> ... ..	7
<b>1.ª PARTE: LOS HECHOS</b>	
El Evangelio no deja vivir tranquila a la Iglesia	11
<b>2.ª PARTE: LAS RAZONES</b>	
No me avergüenzo del Evangelio. ¡Ay de mí, si no lo predico!	
El Espíritu sopla donde quiere... Porque Dios elige lo débil para confundir a lo fuerte ... ..	85
Sección primera: Aspectos eclesiales ... ..	86
Sección segunda: Aspectos personales ... ..	102
<b>3.ª PARTE: LAS NORMAS</b>	
Buscando siempre no los propios intereses, sino los de Cristo ... ..	115
<b>4.ª PARTE: HOY Y AQUI</b>	
La arruga de la autoridad y la mancha de la riqueza ... ..	131
1. Balance ... ..	133
1.1. Textos anteriores a Trento ... ..	133
1.2. Textos posteriores a Trento ... ..	142
1.3. Elementos teológicos ... ..	145
2. Prospectiva ... ..	152

© 1985 by Editorial Sal Terrae  
Apartado 77/39080 Santander

Con las debidas licencias

*Impreso en España. Printed in Spain*

I.S.B.N.: 84-293-0708-7

Depósito Legal: SA. 25-1985

A. G. Resma - Prol. M. de la Hermida, s/n. 39011 Santander 1985

*A la santa Iglesia de Dios,  
como dijo amarla Gustavo Gutiérrez  
en el Congreso de Teología  
de Madrid de 1984:  
«con un amor de antes de la guerra».*

## JUSTIFICACION

Este es un libro extraño, porque el autor es quien menos habla en él: es una colección de argumentos de autoridad y de ejemplos de conducta. En un primer plano, esas conductas demuestran que la libertad cristiana ha sido un hecho, a pesar de tantos pesares, y que ese hecho no puede ser enterrado ahora que soplan vientos restauradores e involucionistas. Pero, más en profundidad, permiten también adivinar la justeza de aquellas palabras de Gregorio Marañón: «el mérito de la verdad no es casi nunca de quien la dice, sino casi siempre de quien sabe escucharla». Ambas son lecciones de esas que no enseña ninguna teoría a priori, sino sólo la vida misma de la Iglesia, que también ella se convierte en tradición válida al ser revivida y repensada por los creyentes.

Quizás habría que decir dos palabras para justificar esta antología. Por un lado, el autor comprende que los textos que siguen, aunque no son suyos, pueden irritar a algunos. Siente esa irritación como propia, porque se considera «un solo cuerpo» con los afectados. Pero la mira como una afección del estómago causada por unas aspirinas necesarias para la cabeza, o como el malestar de cabeza ocasionado por un analgésico que era imprescindible para combatir un dolor intenso. Para evitar esas

contradicciones se ha tratado de medir las dosis (existen muchos más textos de los que contiene la primera parte de este libro, que no pasa de 41 fragmentos para una historia de veinte siglos) y se han excluido deliberadamente todas las críticas provenientes «del exterior»: no porque el autor piense que no hay que dar oídos serenos a esas voces, sino porque piensa que no hay que utilizarlas aquí como argumentos. Por ello, los autores a los que se deja hablar son casi todos santos, o eclesiásticos o, al menos, personas de eclesialidad muy bien probada. La selección de textos es ciertamente limitada y, en buena parte, arbitraria, porque el autor no domina la historiografía ni aspira a ninguna medalla olímpica de erudición. En lugar de antología, la obra debería ser considerada más bien como un puñado de ejemplos. Y el lector hará bien en no olvidar en ningún momento que el libro no es sólo la primera parte, sino que ésta va a desembocar en las otras dos.

Por otro lado, una razón para este libro la ha brindado la experiencia pastoral del autor. En tiempos de nuestros abuelos, posiblemente convenía que quienes nunca pensaron cosas como éstas tampoco supiesen que los santos las habían dicho. Hoy conviene que quienes las piensan con susto, pero con frecuencia, sepan que también los santos las dijeron. Pues esta experiencia, serenada y asimilada, puede convertir en argumento hacia la fe lo que para muchos es hoy un argumento contra la fe. En nuestros días no son pocos los que piensan que Dios sigue llamando a su Iglesia a una reforma seria, y que los responsables últimos de la Iglesia harían mal en cerrarse a las incomodidades de dicha reforma alegando que la Iglesia es santa y, por tanto, intocable. Pero, junto a ellos, el autor quiere añadir también que esa reforma no debe ser exigida con desobediencias sistemáticas, ni con manipulaciones ni agresividades ni «passotismo» eclesiás-

tico, sino con la fuerza única de la palabra y de la dosis de verdad que toda palabra contiene y que nunca es plena para ninguna palabra.

Finalmente, para unos y para otros valen aquellas observaciones audaces y clarividentes de León XIII al clero francés (8 de septiembre de 1899): «El historiador de la Iglesia será tanto más fuerte para hacer resaltar su origen divino, superior a todo concepto de orden puramente terreno y natural, cuanto más leal haya sido en no disimular en nada las pruebas que las faltas de sus hijos, y aun de sus ministros, han hecho sufrir a esta Esposa de Cristo desde hace siglos».

En un terreno más práctico, quedan dos cosas por decir: a) que la selección de textos, además de ser incompleta y arbitraria, se detiene deliberadamente en el Vaticano II, porque luego de él todavía es imposible abarcar y calibrar toda la vegetación verbal que estalló en la Iglesia y separar reposadamente en ella el trigo de la cizaña (que de ambos hubo). Y b) que el hilo conductor que empalma los textos es unas veces cronológico y otras temático, indistintamente. También esto importa poco, aunque podrían haber sido presentados de otra manera. Pero lo importante y lo decisivo en este libro es que se lean y se mediten los textos presentados, no al autor que los presenta.

J. I. G. F. septiembre 1984.

## 1.<sup>a</sup> PARTE: LOS HECHOS

---

### EL EVANGELIO NO DEJA VIVIR TRANQUILA A LA IGLESIA

*«Toda reforma verdadera y durable tuvo su punto de partida, en última instancia, en la santidad, en hombres inflamados y empujados por el amor de Dios y del prójimo. Generosos, prontos a escuchar todo llamamiento de Dios y a realizarlo en sí al punto. Humildes y, sin embargo, seguros de sí mismos, porque estaban seguros de su vocación, crecieron hasta convertirse en las luminarias y en los reformadores de su tiempo. Allí donde, por el contrario, el celo reformador no brotó de la pureza personal, sino que era expresión y explosión de la pasión, enturbió en lugar de clarificar, destruyó en lugar de construir, y más de una vez fue el punto de partida de aberraciones más fatales que los males que contaba o pretendía remediar».*

PIO XI, *Mit brennender Sorge*, (AAS 1937, p. 154)

«LA OPINION PUBLICA CONSTITUYE EL PATRIMONIO DE CUALQUIER SOCIEDAD NORMAL COMPUESTA DE HOM-BRES. (...) DONDE NO APAREZCA NINGUNA MANIFES-TACION DE OPINION PUBLICA, MAS AUN, DONDE HAYA QUE COMPROBAR QUE NI SIQUIERA EXISTE, HABRA QUE VER EN ELLO UN FRACASO, UNA DEBILIDAD, UNA EN-FERMEDAD DE LA VIDA SOCIAL. (...) Y QUEREMOS AGREGAR UNA PALABRA SOBRE LA OPINION PUBLICA EN EL SENO DE LA IGLESIA, EN LO QUE TOCA A ASUN-TOS DE LIBRE OPINION. ESTO SOLO LES PARECERA EX-TRAÑO A QUIENES NO CONOZCAN A LA IGLESIA CATO-LICA O TENGAN UNA FALSA NOCION DE ELLA, PUES TAMBIEN LA IGLESIA ES UNA CORPORACION VIVA, Y FALTARIA ALGO DE SU VIDA SI CARECIERA DE OPINION PUBLICA. Y LA CULPA DE ESTE DEFECTO RECAERIA TAN-TO SOBRE LOS PASTORES COMO SOBRE LOS FIELES.»

Pío XII, *L'Osservatore Romano*, 18-II-1950

*Parece como si algunos quisieran hoy invalidar estas palabras de Pío XII, rechazando el hecho mismo de la crítica a la Iglesia, más que la falta de eclesialidad o de caridad de algunas de sus críticas concretas. Se arguye que toda crítica a la Iglesia rompe su unidad, por lo que sólo puede provenir de falta de amor hacia ella. Y sería difícil negar que algo de esta manera de argumentar se respiraba, por ejemplo, con ocasión de la pasada visita del papa a España. Se insiste otras veces en que la Iglesia es nuestra Madre, y que a una madre no se la critica nunca. Y aunque lo primero es una gran verdad, al decir lo segundo tal vez se identifica indebidamente a toda la comunidad eclesial con alguno o algunos miembros de ella, que pueden ser el objeto de la crítica. O —lo que quizá es más serio— se impide que la crítica a la Iglesia se convierta también en crítica, en interpelación y en llamada a la conversión para el mismo que la hace. Por eso los Padres pensaban más bien (aludiendo a Gal 4, 26: 'Jerusalén es nuestra madre') que también pueden aplicarse a la Iglesia las críticas de los profetas a Jerusalén.*

*Por todo ello, el intento de invalidar las palabras de Pío XII parece condenado a la esterilidad. Cuando se contemplan comportamientos tan diferentes de obispos latinoamericanos ante las angustiosas situaciones de sus países, es inevitable pensar que, si unos encarnan la conducta del Buen Pastor, otros han de parecerse en su comportamiento al mercenario del Evangelio (atendiendo sólo a los comportamientos y sin juzgar a las personas). Por otro lado, como da a entender muy bien el citado texto de Pío XII, la represión de la opinión pública nunca procede de una autoridad fuerte, sino de una autoridad que se ha debilitado interiormente. Y además, Pío XII puede aducir en su favor una larga lista de hechos de la vida de la Iglesia que hoy forman parte de su tradición y que arrojan este balance: curiosamente, la crítica en la Iglesia ha sido tanto más viva cuanto más viva estaba la Iglesia en las almas y en los pueblos.*

*En este dato querríamos fijarnos ahora. Y de entre esos testimonios comenzamos entresacando algunos textos de un gran santo al que muchos miran hoy como teólogo más bien «conservador»: San Bernardo de Clairavaul. Sus tonos son tan duros que, a su lado, resultan moderadas casi todas las voces que pasan hoy por disonantes. Vamos a ver un sermón al pueblo sobre los obispos y un escrito sobre la curia romana.*

1 «Ayer hablábamos de qué obispos nos gustaría tener para que nos guíen en nuestro camino; pero no de cuáles tenemos en realidad. Nuestra experiencia dista mucho de lo que dijimos, pues los que hoy rodean y adiestran a la Esposa no son todos amigos del Esposo. Más bien son escasos los que no buscan sus propios intereses. Aman los regalos y no pueden amar igualmente a Cristo, porque se han dejado atar las manos por el dinero. Mírales cómo van de elegantes, de esplendorosos, envueltos en trapos como una esposa que sale de su tálamo... Y ¿de dónde te figuras que les viene toda esa exuberancia de cosas, el resplandor de sus vestidos, el lujo de sus mesas, su colección de objetos de oro y plata? Pues procede de los bienes de la Esposa [La Iglesia], a la que, por

eso, se la ve hoy desfigurada, en desorden, pálida, insípida y con un aspecto lamentable. Pues lo que ellos hacen no es desposarla, sino despojarla; no es conservarla, sino echarla a perder. No la componen, sino que la exponen; no la constituyen, sino que la prostituyen; no apacientan el rebaño, sino que lo sacrifican y se lo comen... El Profeta dice: 'comerán los pecados de mi pueblo', que es como si dijese: exigen dinero (en penitencia) por los pecados, sin preocuparse para nada de enmendar a los pecadores. Enséñame un obispo que no ande más preocupado en vaciar las bolsas que en descargar los pecados de su pueblo.»

«Y, a la verdad, es perfectamente inútil que nos detengamos a hablar de esto, dado que no nos hacen caso. Y si les dijera a ellos por carta todas estas cosas, no se dignarían leerla o, en caso de que la leyesen, se irritarían conmigo, en lugar de enfadarse con ellos mismos, que es lo que deberían hacer...»

«[De los Apóstoles] han heredado el ministerio, pero no el celo. Todos quieren ser sucesores de los Apóstoles, pero pocos sus imitadores. Y ojalá fuesen tan dispuestos para desempeñar su cargo como lo fueron para obtenerlo. ¡Qué bien les cae aquello del Salmo (37, 2): 'mis amigos y los más cercanos a mí, se coaligaron contra mí'!...»

«Hoy por hoy, la Esposa no encuentra al que Ella busca, y se ve encontrada por aquellos a los que no busca...»

(Sermón 77 sobre el Cantar de los Cantares; PL 183, 1155-56)

*En sus libros De Consideratione, obra de ancianidad, escrita entre 1149 y 1152, S. Bernardo escribe al papa Eugenio III:*

2 «¿Cómo voy a atreverme a decir lo que siento? Bien veo lo que me espera: dirán que eso 'no se ha hecho nun-



ca así', ya que no podrán decir que esté mal. Pero yo creo que ni siquiera es inusitado, pues sé que así se hizo en otros momentos. Y, por tanto, podrá ser que haya caído en desuso, pero no que sea una cosa insólita... Lo que ocurre es que no les gusta a los sátrapas, más amigos de la majestad que de la verdad. Pero antes de ti hubo pastores que se jugaron totalmente la vida por las ovejas, que ponían su gloria en su misión y en su nombre de pastores, que no consideraban lesivo para su dignidad más que lo nocivo para la salud de sus ovejas, que no buscaban sus propios intereses, sino que los ponían en juego... Y como si dijese: 'no he venido a ser servido, sino a servir', iban con el Evangelio por delante sin causar gastos a nadie. La única ganancia que sacaban de sus súbditos, su única pompa y su único placer era si podían formar un pueblo de Dios agradable al Señor...»

«¿Dónde está ahora todo esto? Se ha trocado en algo muy distinto, se han introducido costumbres muy diferentes, y ojalá que no peores. Sigue habiendo preocupación y congoja y solicitud y emulación, no menores, pero sí trasplantadas. Pues puedo asegurar que, en penuria de bienes, no estáis como antaño. Y claro, al cambiar de lugar el poder, cambian también las relaciones: ahora son pocos los que miran a la boca del legislador, casi todos miran a sus manos, y con razón, pues ellas distribuyen cargos y empleos pertenecientes al papado. ¿Es que podrías señalarme uno solo de toda esa populosa ciudad que te haya recibido como papa sin interés o sin aspiraciones de interés? Cuando hacen más ofertas de servir es cuando más quieren dominar... Y no quisiera yo ser el portero si un día llaman ellos a la puerta y se tarda en abrirles, aunque sea un poquito. Ya ves si conozco bien las costumbres de tu gente: mal vistos en el cielo y en la tierra, han puesto sus manos en los dos. Impíos para con Dios; temerarios para con lo más santo; sediciosos entre ellos mismos; rivales de sus vecinos;

inhumanos con los extraños; a quienes nadie quiere porque ellos no quieren a nadie; y que si pretenden ser temidos por todos, ha de ser porque ellos temen a todo el mundo. No sufren estar sujetos, pero ellos no saben sujetar; son infieles al de arriba e insoportables al de abajo. Sin empacho para pedir, pero resistentes para negar. Importunos para recibir, inquietos hasta que reciben, ingratos después que han recibido... Y adrede me he alargado tanto, para avisarte con profusión y detalles sobre los que te rodean.»

«Ahora vuelvo a mi tema: ¿cómo es posible que los despojos de las iglesias se los compren todos esos que te dicen: «euge, euge»?<sup>1</sup> La vida de los pobres sembrada en las plazas de los ricos, la plata brillando en el lodo. Allá corren todos, y no se la lleva el más pobre, sino el más fuerte... Yo sé que no empezó contigo esta costumbre —mejor diría esta cochambre<sup>2</sup>—, pero ojalá que al menos se termine contigo. Y sin embargo, tú, el pastor supremo, apareces en público vestido de oro y en tecticolor.<sup>3</sup> ¿Qué van a entender las ovejas? Si me atreviera, te diría que ésos no son pastos para las ovejas, sino para los demonios. ¿Acaso hacía eso san Pedro? ¿Se divertía así san Pablo? Y ya ves cómo luego se pone a hervir todo el celo de los eclesiásticos para defender la dignidad. Al honor se le da todo; a la santidad, poco o nada. ¿Y si empezaras a moverte con algo más de sencillez y de sentido social, puesto que no faltan razones para ello? Pero

<sup>1</sup> Juego de palabras irónico e intraducible. La frase «qui dicunt mihi euge» es cita literal de un salmo; pero además, como el nombre del papa era Eugenio, la frase está significando algo así como: «todos los que te dan ceba».

<sup>2</sup> Otro juego de palabras entre «mos» y «mors», intraducible al castellano.

<sup>3</sup> Otra alusión intraducible a una frase de los salmos: «circumdata varietate». Por eso lo traducimos libremente, con otra alusión de parecido contenido.

en seguida oigo que me dicen: '¡Qué va! No estaría bien, no es propio de los tiempos, sería contrario a su dignidad, hay que atender a la respetabilidad de la persona...' Es curioso: de lo único que no se habla es de si sería voluntad de Dios o no. Parece que no temen ni arriesgar su salvación, a no ser que crean que lo salvador es lo fatuo y lo que huele a gloria es lo justo.»

«...Aquel en cuya silla estás es san Pedro, de quien no se sabe que saliera jamás vestido de sedas o adornado de piedras o cubierto de oro ni en caballo blanco ni rodeado de soldados, ni con un séquito de seguidores vociferantes. Y ya ves: sin nada de esto, pensó que podía cumplir bastante bien el mandato del Señor: 'si me amas, apacienta mis ovejas'. En todo aquello tú no has sucedido a Pedro, sino a Constantino.»

«...Has de promover a los cargos no a quienes los desean, sino a quienes los rehúsan; no a los que corren hacia ellos, sino a los que se detienen. A aquellos que, fuera de Dios, no temen a nadie y, si no es de Dios, nada esperan. Que defiendan varonilmente a los afligidos y hagan justicia a los humildes de la tierra; ...que vayan en pos de Cristo y no en pos del oro; que para los reyes de la tierra sean como el Bautista, para los egipcios como Moisés..., para los mercaderes como Cristo. Que enseñen al pueblo en lugar de despreciarlo; que a los ricos no les soben, sino les asusten; a los pobres no les hagan la vida más difícil, sino que les fomenten la esperanza; que ni entren avasallando ni salgan echando chispas...; que no expriman los bolsillos, sino que renueven los corazones... A aquellos cuya amabilidad no está en su verborrea sino en su conducta, que inspiran reverencia no por su fausto, sino por sus acciones, que son humildes con los humildes e inocentes con los inocentes, pero responden con dureza a los duros... y que no se dan prisa por enriquecerse a sí o a los suyos con la dote de la viuda y el patrimonio del Crucificado, sino que dan gratis lo que gratis han

recibido y hacen justicia gratis a los injustamente tratados...»

«Y para terminar: ten muy en cuenta que la santa Iglesia romana es de Dios, aunque la presidas tú; y que es madre de las otras iglesias, no señora; ni eres tú señor de los obispos, sino uno de ellos, hermano de los que aman a Dios y compañero de los que le temen... Que seas pastor de los pueblos, maestro de los analfabetos, ojo de los ciegos, voz de los sin-voz, báculo de los ancianos..., martillo de los tiranos..., sal de la tierra, luz del mundo, ungido del Señor y hasta 'Dios' para los faraones...».  
(PL 182, 771-778)

\* \* \*

*Al igual que sobre el papa, Bernardo se atreve a escribir un tratado sobre Las costumbres y deberes de los obispos. He aquí algunos ejemplos de la libertad con que les habla:*

- 3 «Se indignan contra mí y me mandan cerrar la boca diciendo que un monje no tiene por qué juzgar a los obispos. Ojalá me cerrasen también los ojos para que no viera lo que me prohíben impugnar... Pero, aunque yo me calle, se oirá una voz en la Iglesia: 'que no lleven vestidos suntuosos' (1 Tim 2, 9). Y esto está dicho a las mujeres, a ver si se avergüenza el obispo de que se le aplique también a él... Y clamarán los hambrientos y los desnudos quejándose: ¡nuestro es lo que malgastáis! ¡Vuestros vanidades nos roban lo que nos es necesario!»  
(PL 182, 815)

*Y tras los obispos, el clero. En 1140, San Bernardo predicó a los estudiantes de París, invitado por el obispo. El contenido de esas prédicas se recoge en un libro «Sobre la conversión de los clérigos», que quiere ser una*

*especie de Directorio espiritual, aunque algunos de sus párrafos sonarán a precedentes del mejor anticlericalismo:*

4 «¡Ay de vosotros, los que no sólo os alzáis con la llave de la ciencia, sino también con la de la autoridad! No contentos con dejar de entrar vosotros, impedís de mil modos que entren los demás, a quienes debierais empujar, por razón de vuestro cargo, a que entrasen. Habéis arrebatado las llaves, en vez de recibirlas... ¿De dónde os viene esa ardorosa ansia de prelaturas, ese desenfreno de vuestra ambición, esa frenética locura por arrebatar prebendas? ¿Hay alguno entre vosotros que sea osado hasta el punto de desdeñar la autoridad del más pequeño de los príncipes del mundo, de modo que, sin orden suya y aun contra su voluntad, se arrogue las funciones de ministro o se apodere de sus rentas y dirija sus negocios? Pues no penséis que Dios aprueba lo que hacen en su amplia casa y en sus dominios todos esos instrumentos de ira destinados a perecer... El Padre Celestial llama limpios de corazón a los que no buscan sus intereses, sino los de Jesucristo, y procuran en todo no lo que ha de ser útil a ellos mismos, sino lo que ha de redundar en bien de muchos...»

«A los que gemimos por el estado actual de la Iglesia no nos extraña que de una culebra nazca un escorpión. No nos pasmamos tampoco de que vendimien la viña del Señor hombres que quebrantan las leyes que el Señor impuso.»

(PL 182, 852-53)

\* \* \*

*Y junto a obispos y clero, tampoco los monjes se libran de la palabra profética de san Bernardo. A instancias de Guillermo, abad de S. Thierry, escribió el santo, hacia 1125, una defensa ante los ataques de los antiguos*

*monjes de Cluny, ahora ya relajados y molestos por las críticas de Bernardo:*

5 «Nadie se atreve a reprender con libertad cosas que, aunque sean reprecensibles, son conformes con la flaqueza humana. Nadie se atreve a indignarse severamente contra otros por cosas en las que uno mismo se muestra blando consigo. Voy a hablar, pues. Hablaré, aunque me tacharán de atrevido; pero diré la verdad. ¿Cómo se ha entenebrecido la luz del mundo? ¿Cómo se ha vuelto insípida la sal de la tierra? Aquellos que con los ejemplos de su vida debían ser guías y faros de nuestra vida, ofreciéndonos, al contrario, ejemplo de soberbia en sus obras, se han vuelto ciegos y guías de ciegos. Pues —por callar otras cosas— ¿qué espejo de humildad es ese que nos muestran cuando pasan rodeados de tan grandes procesiones y cabalgatas, con lacayos de largas y peinadas pelucas y tantos cortejos que no parece sino que con el séquito de un abad se podrían formar dos cortejos para dos distintos obispos? Mentiría si dijera que no he visto a un abad que llevaba en su seguimiento más de sesenta cabalgaduras. Al verlos, dirías que pasaban por allí no abades de monasterios, sino castellanos y príncipes; no pastores de almas, sino señores de provincias. Además de esto, se hacen llevar manteles, vajillas, candelabros, grandes valijas atiborradas no de las ropas necesarias, sino de edredones y otros lujosos adornos para sus lechos. Apenas se alejan cuatro leguas de su abadía, mandan ya por delante la recámara y aun todo su ajuar, como si fuesen a la guerra o hubieran de cruzar algún desierto donde no fuera posible proveerse de lo más preciso.»

(PL 182, 913-14)

*El comienzo de esta cita es para Bernardo el motivo por el que los abades y superiores no se atrevían a reformar a sus monjes relajados. Pero a nosotros nos muestra también que san Bernardo no hacía sus críticas desde un sentimiento de superioridad, ni porque se considerase inmune a todo lo que criticaba. El crítico también se sabe pecador, y la crítica no brota de su presunta santidad. Pero, aunque el crítico calle, es el evangelio de Jesús el que sigue clamando e incomodando a la Iglesia.*

*Señalemos también, al concluir, que el ataque a lo que consideraba lujo excesivo de la Iglesia, y aun de algunos famosos monasterios, fue una constante del lenguaje libre y molesto de san Bernardo. Es posible que exagerase en alguna ocasión. Pero esto no quita un ápice de verdad al principio que el santo formulaba de la manera siguiente:*

«La Iglesia brilla en sus paredes, pero está necesitada en sus pobres. Cubre de oro sus piedras y deja sin vestidos a sus hijos» (*Apología*, cap. 12).

*Todo esto son palabras de un santo. No proceden de la falta de amor, ni mucho menos. Precisamente en el citado libro De Consideratione, Bernardo está dirigiéndose a un papa que había sido alumno e hijo espiritual suyo, y por eso subraya el cariño desde el que le habla y que es el que le da libertad para hablarle. Le dice que «aun cuando caminaras sobre las alas del viento, no podrías sustraerte a mi afecto; pues el amor reconoce a un hijo, incluso bajo la tiara».*

*También puede ser útil notar que, por grande que fuese su prestigio en Europa, San Bernardo no estaba ya canonizado cuando escribió estas palabras: más bien fue canonizado después de haberlas escrito. Pero en su momento molestaron muchas veces y fueron mal recibidas. San Bernardo fue denunciado al Colegio Cardenalicio y recibió del Cardenal Emerico una carta dura y poco amable sobre «esos monjes que salen de los claustros para molestar a la Santa Sede y a los Cardenales». El mismo se lamentaba diciendo: «yo sé que, al hacer la guerra a los desafueros, irrito contra mí a la gente desafortada».*

*Finalmente, podría objetarse también que muchas de esas críticas —a Dios gracias— no tienen lugar ni razón de ser en la Iglesia de hoy. Muchas, pero quizá no todas, cabría responder. Y en todo caso queda pendiente la pregunta de si —en el caso de que no hubiesen existido antaño voces críticas como la de san Bernardo, o en el caso de que se las hubiese silenciado— sería posible poner ahora tal objeción. A este respecto escribe uno de los más fieles historiadores de la Iglesia:*

«Dos hechos favorecieron grandemente la reforma. El primero fue la extraordinaria libertad dejada en el seno mismo de la Iglesia a la crítica o, para utilizar también una frase del lenguaje político, a la autocrítica. En 1248, el canónigo Tomás de Chantimpré pudo contar tranquilamente, en su curioso libro simbólico *Las Abejas*, que un predicador había visto aparecer al Diablo en el momento de empezar un sermón ante un Concilio, y que el Demonio le había gritado: '¿no sabes qué decirles? Pues díles sólo esto: ¡Los príncipes del Infierno saludan a los Príncipes de la Iglesia!' Y aquel canónigo no fue castigado y condenado inmediatamente.»<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Otro ejemplo de esta libertad para la crítica lo tenemos en la célebre *Epistula Luciferi*, o carta de Lucifer, que alguien hizo llegar a manos del papa de Avignon, Clemente VI, y cuyo texto (junto con una rápida información) transcribimos de la *Historia de la Iglesia Católica*, de la BAC (tomo III, p. 115):

«Lucifer, príncipe de las tinieblas, gobernador de los tristes imperios del profundo Aqueronte, duque del Erebo, rey del Infierno y rector de la Gehenna, saluda a su vicario el papa y a sus servidores los cardenales y demás prelados, que después de ser obispos son más famélicos que antes y viven en delicias y banquetes. Los alaba (o dilecta nostra Babylon!) porque trabajan activamente en su favor y le ayudan a salir victorioso de su enemigo Cristo, el cual trata de exaltar a los pobres y a los humildes contra la república del mundo. Les recomienda a sus carísimas hijas, la avaricia, la lujuria y la soberbia, que con la ayuda del papa y de los cardenales están bien y con buena salud. Si alguno predica o enseña contra vosotros, oprimidlo a fuerza de excomuniones. Os deseo que lleguéis a poseer el puesto que os tengo preparado. Dado en el centro de la tierra, en nuestro palacio tenebroso, etc...»

«Y el otro hecho que hemos de observar es que la Iglesia, como jerarquía, supo reconocer lo bien fundado de aquellas críticas y lo tuvo en cuenta. Quienes encaraban la autoridad no tuvieron el reflejo demasiado humano de cerrar los labios a aquellos cuyas palabras pudieran molestarles. O más bien, aunque algunos lo tuvieran, hubo al menos bastantes que no cedieron en absoluto a esa tentación. Ese fue el mérito eminente de varios grandísimos papas: Gregorio VII, Pascual II, Inocencio II, Honorio III... Fue un signo de la grandeza de esta época el que los poderosos tolerasen oír semejante lenguaje. No podemos imaginar a uno de nuestros déspotas modernos que oyerá elevarse una voz semejante y que no la ahogase en el acto en el más profundo calabozo» (D. ROPS, La Iglesia de la Catedral y de la Cruzada, pp. 153-154, 121).

\* \* \*

La innegable ambigüedad de toda crítica queda plasmada en el hecho de que santa Catalina de Siena (1347-1380), inmediatamente después de haber escrito en El Diálogo que a los ministros de la Iglesia hay que reverenciarles siempre, sean buenos o malos (n.º 120), arremete a continuación contra su mala vida o, mejor, contra su «buena vida»: las injusticias, las concubinas, el juego, la falta de celo pastoral, la avaricia y la simonía. Pero esta aparente inconsecuencia es la mejor expresión del contraste entre lo que el ministro representa y el modo como lo representa; entre el tesoro y el vaso de barro que lo lleva (cf. 2 Cor 4, 7).

«La carta —dice Mateo Villani— tocó muy bien los vicios de nuestros pastores eclesiásticos. Muchos creyeron que fuera obra del arzobispo de Milán... En realidad su autor era un docto cisterciense, Petrus de Ceffonia, autor de otros muchos escritos que merecen ser estudiados.» Por esta ambigüedad de su origen no la incluimos en el texto. Pero sí que sirve, en cambio, como un ejemplo de esa libertad de que hablaba D. Rops. Y es interesante, además, porque apunta ya a la tentación de la jerarquía de responder a la crítica con un abuso de los medios de la autoridad eclesiástica («oprimido a fuerza de excomuniones»), lo que acaba llevando a un descrédito de éstos.

6 «No sólo no dan a los pobres lo que están obligados a repartirles, sino que se lo quitan por simonía y ansia de dinero. Algunos son tan desgraciados que a veces no quieren dar a quienes lo necesitan lo que gratuitamente se les dio a ellos, a menos que les hagan regalos y les llenen las manos. Aman a sus súbditos tanto cuanto les pueden saquear, y no más. Gastan los bienes de la Iglesia en vestidos caros, en andar con trajes delicados, no como clérigos y religiosos, sino como señores y galanes de corte. Procuran tener buenos caballos y mucha vajilla de oro y plata, adornos para la casa...» (121). «Quizá corrijan alguna vez a alguno de sus súbditos, pero será con objeto de justificarse con aquella reprensión. En cambio, no corregirán al que está en puesto elevado, aunque tenga mayores defectos que un inferior, por miedo a comprometer su propia situación o sus vidas. Reprenderán al pequeño, porque ven que éste no puede hacerles daño ni quitarles el cargo. Así cometen injusticias por un miserable amor propio» (122). «Si alguien va a pedirles consejo sobre esta materia (la usura), como ellos están en el mismo pecado y tienen la razón obnubilada, dan un consejo obscuro y tendencioso, a causa de la inclinación que tienen en su espíritu... Porque (para nombrar preladados) no se mira ni se atiende más que a su buena posición social, su gallardía y riqueza, a que sepan hablar con diligencia y —aún peor— alguien argumentará que sean de buena presencia... Deberían buscar a los humildes y a los pobres, quienes por su caridad huyen de las prelaturas; pero eligen a los que las buscan con engañosa soberbia» (127). (Diálogo, nn. 121-127)

De todas maneras, Catalina fue una mujer demasiado apasionada. Las críticas a los cardenales que hace en alguna de sus cartas quizá están demasiado condicionadas por la posición de la santa en la complejísima cuestión del Cisma de Occidente.

*El hecho de que en este Cisma hubiera santos por las dos partes, tal vez nos enseñe que, a veces, las críticas en la Iglesia pueden apuntar a demandas verdaderamente evangélicas, aunque quizá todavía no históricamente viables en un momento dado, por el espesor y el empujamiento de la historia. En estos casos no expresarán una reivindicación inmediata, pero sí que señalarán un camino a largo plazo. Por esta complejidad de la situación histórica, así como por lo farragoso del estilo de la santa, renunciaremos a dar más ejemplos de sus escritos. Pero puede ser útil citar todavía un texto más, para ver la libertad con que le habla al papa:*

- 7** «Espero por la bondad de Dios, venerable Padre mío, que ahogues tanto amor propio y no te ames por ti, ni ames por ti al prójimo y a Dios, sino al revés... Quiero que seas verdadero y buen pastor... Si hasta el presente no has sido bastante firme, te ruego y te conjuro a obrar desde ahora como hombre valeroso, y a seguir a Cristo, cuyo Vicario eres. No temas nada de los tormentos que amenazan ni de las rebeliones que rugen..... Vela por las cosas de la Iglesia, pon buenos pastores, y en las ciudades buenos gobernantes... Vuelve a Roma. No tardes más: tu lentitud ha producido ya muchos trastornos. Valor, Santo Padre, no más negligencia.»

*La que calificó al papa como «dulce Cristo de la tierra» se dirige a él así: «a ti te lo digo, Cristo de la tierra, de parte del Cristo del cielo». No es extraño el comentario del biógrafo de quien están tomadas estas últimas citas: «cuando se conoce el lujo de fórmulas que emplean en nuestros días para escribir a la Santa Sede los fieles e incluso los obispos, se debe encontrar desconcertante esta carta de Catalina» (J. LECLERQ, Santa Catalina de Siena, pp. 90-93).*

*No fue Catalina la única mujer que, en aquellos tiempos difíciles, encontró en el evangelio la libertad para hablar claramente a los papas, aun a pesar de sus propias limitaciones. Santa Brígida es un caso aún más*

*extraño en la historia de la Iglesia. Sueca, residente en Roma, en el campo Marcio, desde 1350, escribe en su lengua natal y sus consejeros (sobre todo un tal Maestro Matías) traducían sus palabras al latín para que ella revisara las traducciones. Brígida pretende que lo que escribe son visiones y que sus palabras son dictadas por la Virgen, y seguramente no hay que ver en esto más que la desesperación en que ponía a las almas buenas de entonces la situación de la Iglesia: a veces la misma dureza e injusticia de algunas palabras concretas basta para desmentir el carácter sobrenatural de la visión. Pero queda la palabra de una santa, que es una palabra crítica, desesperada y que, aun sin ser plenamente matizada, produjo su efecto.*

*Hacia 1371, en sus visiones, le habla la Virgen para el papa Gregorio XI, quien la conocía personalmente:*

- 8** «Yo le avisé al papa Gregorio que debía trasladar su sede a Roma; pero el diablo y algunos consejeros le han persuadido a quedarse donde está, y esto por amor carnal a sus parientes y amigos y por delectación y consolación mundana. Y puesto que desea ser plenamente certificado de la voluntad de Dios, oiga lo siguiente: si quiere tenerme por Madre, debe retornar a Roma inmediatamente, sin dilación alguna y con rapidez, de modo que en marzo, o lo más tarde a principios de abril, tiene que estar personalmente en la urbe o a lo menos en Italia. Y si en esto no obedece, sepa que nunca más volverá a gozar de mis palabras ni de otra visitación y consolación mía.» (Revelación IV, 140)

*Quizá las cosas eran más complicadas, como lo es siempre la política, y quizás había algo más que «amor carnal» entre las cosas que retenían al papa fuera de Roma. Pero es muy importante saber reconocer la justicia de una causa, más allá incluso de la falta de matices con que a lo mejor se la defiende. Gracias a ese reconocimiento volvieron los papas a Roma.*

*En otra visión, es el mismo Cristo quien habla:*

- 9 «Escucha, papa Gregorio XI, las palabras que te digo... ¿Por qué me odias tanto?; ¿por qué eres tan audaz y tan pretencioso contra Mí? Pues tu Curia de la tierra saquea a mi curia del cielo. Y tú, soberbio, me despojas de mis ovejas, ...te apropias y recibes injustamente los bienes de mis pobres para repartirlos indecentemente entre tus ricos... ¿Por qué haces esto? ¿Por qué han de reinar en tu curia la mayor soberbia, la insaciable codicia y la lujuria que abomino, y hasta ese rostro invertido de la horrible simonía? Y por si fuera poco, todavía me robas y me arrebatas innumerables almas, enviando al Infierno a casi todos los que se acercan a tu curia... Comienza ya a renovar mi Iglesia, ...porque ahora más se venera en ella a un lupanar que a la Santa Madre Iglesia. Y si no obedeces firmemente a la voluntad mía que te he manifestado, sábetelo con seguridad que quedarás condenado ante toda mi curia celeste por esta sentencia y por la justicia espiritual.»  
(Revelación IV, 142)

\* \* \*

*Al leer el primero de los fragmentos de san Bernardo con que hemos abierto esta antología, pudo llamar la atención que palabras tan críticas para con la Iglesia se encontrasen precisamente en un Sermón sobre el Cantar de los Cantares. Será bueno comentar que nos hallamos ante una práctica frecuente en la historia de la teología. Con ella tiene que ver también esa célebre expresión eclesiológica de la «casta meretrix», la cual ha nacido por la aplicación simultánea a la Iglesia de la Jerusalén-prostituta de los profetas y de la Esposa del Cantar; y esta aplicación simultánea viene avalada por la coincidencia geográfica de la Roma pagana (a la que el Nuevo Testamento llama Babilonia) y la Roma cristiana, sede de Pedro; este detalle geográfico se vuelve, para los Padres, de profunda significación teológica. Por eso*

*no es infrecuente, como ahora veremos, que las críticas a la Iglesia aparezcan en comentarios al Cantar de los Cantares.*

*Buen ejemplo de ello es el siguiente texto de Guillermo de Auvernia († 1249), que había de llegar a obispo de París y que fue uno de los teólogos más importantes del s. XIII. En su comentario al Cantar (escrito en 1228 en su época de profesor) aplica a la Iglesia el pasaje en que se compara a la esposa con la caballería de los carros de combate del Faraón (1, 8ss.). La fuerza de esta caballería es el Espíritu Santo. Pero de pronto Guillermo mira hacia su época y cambia el tono de su lenguaje:*

- 10 «Pero es evidente que todo eso se ha transformado hoy en lo contrario: la Iglesia parece más bien un carro de batalla del Faraón que no de Dios, pues marcha hacia el abismo de las riquezas y placeres e incluso de los pecados. Las ruedas de los doctores de la Iglesia han caído del eje, quedando por su desemejanza muy lejos de Cristo, que es el eje de la vida... Hoy el carro de la Iglesia no camina ya hacia adelante, sino que retrocede, pues los caballos reculan y lo arrastran hacia atrás. No se eligen fuertes caballos para los ministerios de la Iglesia, sino jóvenes potros de pequeños nepotes, que no poseen ni pecho ni hombros para tirar del carro. Y además, corceles brutos que han degenerado cayendo en una insoporrible indisciplina, testarudos, impacientes y llenos de ira, que rompen las bridas y destrozan el yugo...»

«Y hay que notar que, así como los collares, por su belleza y elegancia, brillan en la parte superior de la túnica y la adornan, así los doctores —por el oro de su saber y la pedrería de sus virtudes— deben superar a todos los demás tanto como los collares a la parte del vestido a que se unen. Y en todo esto aparece la pobreza de Cristo y la bajeza o vejez de sus vestidos: en que los collares de la Iglesia son hoy sólo de estaño y de hojalata, y de vidrios teñidos en lugar de piedras preciosas. Pues

hoy en la mayor parte de los doctores y predicadores no se encuentra la verdad de la sabiduría ni de la doctrina ni de la virtud... Y ni siquiera desempeñan el oficio de los collares, pues callan cuando deberían avisar; y no sólo no adornan el vestido, sino que lo desgarran con rotos y, con sus peleas y capillitas, lo separan de la piedra angular... Además los collares se entrecruzan en la parte superior del vestido para que no sea fácil el acceso a los pechos y no queden abiertos a contactos lascivos y corruptores... Y en este sentido, a los prelados y doctores de hoy, en gran parte deberíamos llamarlos más bien «escotes» [*antimonilia* o «contracollares»], pues en lugar de proteger el vestido de la Iglesia de contactos ilícitos, más bien lo exponen a ellos; y, como sucios leones, prostituyen totalmente a la Iglesia con cualquier transeúnte, haciendo su propio lucro con el pecado de ella. Por eso escribe Ezequiel (23, 21): 'sus pezones están rotos y le han desgarrado los pechos'. O para decirlo con palabras de Jeremías: 'Los hijos de Menfis y de Tafen te han violado completamente, hasta el máximo' (Jer 2, 16)...

«Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna... Pero ahora más bien parece que se ha cumplido en ella la amenaza de Isaías: 'Dios ha dejado calva la cabeza de la hija' (Is 4, 17). Al quitarle la contemplación de la doctrina y de la sabiduría celestial, le quitó la frente y vemos cómo se cumplen en ella las palabras de Jeremías (3, 3): 'tienes frente de ramera, incapaz de sentir vergüenza'. Le quitó los ojos, pues según Isaías (56, 10) 'todos sus guardianes se han quedado ciegos'... Sus mejillas son del color de la tierra, sus labios sin sangre indican la rigidez de su rostro... Así se dice en las *Lamentaciones* (1, 6): 'ha desaparecido de la hija de Sión toda su hermosura', de tal forma que puede decirse verdaderamente de ella lo que está escrito en Isaías (6, 1): 'Babilonia mi amada se me ha trocado en espanto'. La amada de Dios es la Iglesia, mientras no se aparta de las

huellas de los Padres; pero ahora se ha convertido en Babilonia a causa de su fealdad y porque habitan en ella espíritus impuros que son espanto para el mismo Dios. Pues ¿quién no se llenaría de espanto al ver a la Iglesia con una cabeza de asno, o al alma creyente con dientes de lobo, hocico de cerdo, mejillas pálidas y atemorizadas, nuca de toro y, en todo lo demás, una figura tan salvaje y terrible que todo el que la ve se queda paralizado de terror? ¿Quién no diría y creería, ante tan horrible degeneración, que se trata más bien de Babilonia que de la Iglesia de Cristo? ¿Quién no diría de ella que es un desierto, más bien que la ciudad de Dios? ...A causa de ese monstruo horrible, de los cristianos depravados y carnales, que llenan de tal manera la Iglesia que dejan ocultos e invisibles a sus demás miembros, los herejes dicen que la Iglesia es una prostituta, que es Babilonia. Y ciertamente, teniendo en cuenta a los cristianos depravados y los que lo son meramente de nombre, tienen razón para pensar y hablar así, con tal de que no apliquen también ese nombre vergonzoso a todos los cristianos. Pues esto ya no es una Esposa, sino un monstruo de figura terrible y salvaje... Y es evidente que, hallándose en tal estado, no podemos decir de ella: 'toda hermosa eres y no hay en ti mancha alguna'.

(Texto en H. RIEDLINGER, *Die Makellosigkeit der Kirche in den lateinischen Kommentaren des Mittelalters*, BGPTMA XXVIII, 3; Münster 1958, pp. 244.246-247. 249-50).

*Añadamos que a lo largo de la historia de la teología se ha repetido también la aplicación a la Iglesia de la figura bíblica de Rahab, la prostituta «hospedera de santos» (en expresión de Gregorio de Elvira), la cual acogió en su casa y protegió a los exploradores que buscaban la tierra prometida, y fue salvada por ello. La aplicación se hace al principio en un sentido más bien cronológico (primero es ramera y luego virgen), aludiendo al paso del paganismo a la Iglesia; pero más tarde pasa a hacer-*



se en un sentido también simultáneo. Igualmente es figura de la Iglesia Tamar, la prostituta que cohabitó con Judá (figura de Cristo para el alegorismo de los Padres) y por eso ha podido conservar en su seno la descendencia de la Promesa Divina (cf. los textos de ambas figuras en H. U. VON BALTHASAR, Ensayos teológicos, II, 261-276 y 325-331).

También al leer los textos de S. Bernardo habrá llamado la atención la importancia que tiene el tema de los pobres en las críticas a la Iglesia, punto éste que se repetía en Catalina de Siena. Ese mismo tema está presente en las duras palabras de otro santo, predecesor de San Bernardo y que además fue cardenal: San Pedro Damiano (1007-1072). De este autor son más conocidos los ataques a los vicios sexuales del clero (Liber Gomorrhianus), tan duro que hasta le indispusieron con el papa. Pero Pedro Damiano fue también un fastigador incansable de la simonía, de las dignidades eclesiásticas y del mal uso de los bienes de la Iglesia. El primero de los textos que vamos a citar ha de entenderse en el contexto de una situación económica primitiva, donde se desconoce la noción de un Estado con responsabilidades sociales. Precisamente por eso, tales responsabilidades (a modo de «suplencia» y por imperativo evangélico) recaen sobre la Iglesia. S. Pedro Damiano no hace más que aplicar su principio de que la riqueza no es un derecho de posesión para sí, sino una obligación de administrar para los demás. En cuanto al segundo de los textos que citaremos, combate la obsequiosidad de los eclesiásticos para con los príncipes, dirigida a obtener honores y poder mundano. Ese servilismo es para el santo una forma de simonía.

11 «Cada día comida con príncipes o banquete de bodas, cada día preparativos para ellos; y el resultado es que aquello con lo que deberían aliviarse los pobres lo disfrutaban los portadores de bandejas apetitosas. Y mientras el obispo tendría que ser el repartidor y la despensa de los pobres, son otros los que eructan en sus bien surtidas mesas, mientras los verdaderos dueños son echados lejos a pudrirse de hambre y escasez... Una liberalidad tan

deshonesta les quita a los necesitados aquello con que deberían vivir, y asusta a los diocesanos para que no paguen sus diezmos, con lo cual se hace daño al cuerpo de los unos y al alma de los otros.»  
(*Opuscula varia*. PL 145, 445)

12 «Aunque hay muchas cosas que me desagradan en los obispos de hoy, lo que me parece más intolerable es que algunos, a la vez que desean los honores eclesiásticos con un anhelo más ardiente que los vapores del Etna, luego se meten en la clientela de los poderosos tan vergonzosamente como si fueran esclavos vendidos a ellos. Es decir: ambicionan iglesias y luego abandonan los asuntos eclesiásticos, y para poder mandar sobre los ciudadanos pierden su dignidad de conciudadanos... ¿Quién puede soportar que hoy los cargos eclesiásticos se entreguen a uno que, para hacer carrera en la Iglesia, abandona su iglesia<sup>5</sup> y no se digna valorar el obsequio de la propia para arrogarse el gobierno de la ajena?...»

«¿Quién duda de que este tal, en cuanto tenga ocasión, se dedicará a embetunar a sus señores con palabras halagüeñas, para acariciarlos con fáciles adulaciones? Y como observador astuto, explora qué es lo que más puede gustarles, para ganarse su voluntad. Impone con los ojos, insinúa con los ademanes y pretende con las palabras una alegría tranquila de corazón; pero está pendiente del más mínimo ademán para anticiparse a la voluntad del señor, como si la recibiera por boca de algún oráculo de la Sibila. Si se le manda que vaya, vuela. Si se le dice que se quede, parece de piedra. Si el señor tiene fiebre, él suda; si aquél tiene calor, éste pasa bochorno. Pero si el señor pasa el más mínimo frío, a éste le tiritan

<sup>5</sup> *Ut Ecclesiam nanciscatur, ecclesiam deserit*. El original de Migne mantiene también la diferencia entre mayúscula y minúscula las dos veces que escribe la palabra «iglesia». Con ello parece distinguir entre Iglesia universal e iglesia particular.

todas las vísceras. Si aquél quiere dormir, éste se cae. Si está saciado, éste siente en seguida necesidad de eructar. Y así, no dice ni hace nada suyo, sino lo que sospecha que agrada al otro. Como dijo Isaías a propósito de algunos parecidos a éstos:

'Se les dice a los videntes: no veáis;  
y a los que miran: no miréis lo que es bueno para nosotros;  
decidnos más bien cosas agradables, engañosas,  
quitadme de delante el camino, apartadme la senda,  
no me pongáis ante el Santo de Israel...'

«Y que no digan que no han cometido simonía los que por ambición de un cargo se portan como clientes de los príncipes...»

(Op. 22 *Contra clericos aulicos ut ad dignitates provehantur*. PL 145, 463-65)

\* \* \*

*También durante el pontificado de Eugenio III (a quien ya se dirigiera S. Bernardo), Gerhoh (1093-1169), canónigo de S. Agustín y luego abad de Reichersberg, a quien algunos consideran como el mejor conocedor de la tradición entre los teólogos alemanes, escribe un tratado sobre la corrupción de la Iglesia que está igualmente dedicado al papa. El tratado es un comentario al salmo 64: «oh Dios, Tú mereces un himno en Sión». Ese himno lo aproxima nuestro autor a la crítica que él hace a obispos que salen constantemente de sus diócesis, o que se dedican a intrigas y negocios económicos o militares; o a monjas que duermen fuera del convento (y retrasan la profesión hasta el final de su vida), alegando que eso mismo hacen los canónigos regulares. He aquí algunos párrafos de este aburrido tratado:*

13 «Escribimos este tratado para que lo lea el papa, con la intención de que la curia romana, que —según testimonio de Pedro (1 Pe 5, 13)— es la iglesia en Babilonia

(donde Babilonia es una forma metafórica de designar a Roma), ponga cuidado y procure separarse de la confusión babilónica y presentarse sin ruga ni mácula tanto ella como la iglesia toda a la que debe regir. Pues no está precisamente limpia de manchas, esa que hoy llamamos curia romana y antes se llamaba iglesia romana...»

«...Los reyes y gobernantes lo que quieren es mandar, no ser enseñados. Por eso asesinan a veces a los testigos de la verdad. Y también algunos pastores (que sólo lo son de nombre y vestido, pero por dentro son lobos rapaces), contrariando la doctrina de Pedro, el pastor supremo, asesinan a los testigos de la verdad y se portan con ellos como Herodes: primero los meten en la cárcel para que no les puedan argüir públicamente, y luego los hacen degollar, procurando que no caiga sobre ellos la acusación de homicidio, aunque no podrán evitar la de testicidio: pues una cosa es matar a un hombre y otra matar a un testigo. Mata al hombre quien le quita la vida. Mata al testigo quien le quita la facultad de estudiar y dar testimonio, con la intención de quedarse libre para seguir cometiendo cosas ilícitas lícitamente, ya que nadie se lo echará en cara...»

«Vemos a muchos que se portan como Herodes y Herodías, pero a muy pocos que se lo echen en cara. O —para poner buenos ejemplos—: muchos reyes y príncipes pecan como David, pero pocos se arrepienten como él... Hasta los iletrados buscan ya administradores que sean fieles (1 Cor 4, 2), pero muy pocos de estos administradores se atreven a decir con Pablo: 'que los hombres sólo vean en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios' (1 Cor 4, 1), o aquello otro: 'portémonos en todo como servidores de Dios para que no se vitupere nuestro ministerio' (2 Cor 6, 4). Muchos de ellos se preocupan de que no sea vituperado su ministerio, pero sólo con palos y amenazas, cosa que

lo vuelve aún más vituperable a los ojos de Dios y de los hombres.»

(PL, 194, 9, 48a y 112b, c)

*De este mismo autor, y de otra obra sobre El estado de la Iglesia, procede el siguiente texto:*

14 «El estado y el rostro de la Iglesia son hoy tan miserables que debemos reflexionar sobre qué pasaje de la Escritura podemos aplicar razonablemente a ella. Y entonces le viene a uno a la memoria aquella mujer israelita de la época de los jueces que fue violada durante toda la noche por los varones de Gueba, hasta que la mataron... ¿Qué mujer es ésta que abandonó a su padre para ser esposa de un israelita, sino la santa Iglesia, que abandona a su padre, el demonio o el mundo, para desposarse con Cristo? Esta mujer deja al marido con frecuencia y vuelve a su padre; lo mismo hace la Iglesia cuando permite que se enfríe en ella el amor de Cristo y se reúne con este mundo o con su príncipe, el diablo, en la casa de la incredulidad o de las malas costumbres. Pero su marido, Cristo, vuelve a llamarla a sí con la misma frecuencia cuando, por boca de sus pastores y doctores y por la infusión del Espíritu de su amor, revivifica en ella el ardor y, atrayéndola, le dice: 'oye, hija, mira, inclina tu cabeza y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, que el rey está prendado de tu hermosura' (Sal 44, 18). Pero mientras la Iglesia mora acá abajo, en la tierra, entre hombres soberbios y perversos, es corrompida por las soberbias y perversas ideas y costumbres de éstos. Y si bien la Iglesia ha sufrido esto una y otra vez de hombres malos y corruptos, me parece sin embargo que nunca fue sometida a una fornicación tan vergonzosa como hoy: pues la caterva de los simoníacos la asalta sin freno alguno, para aplacar en la castidad de aquella sus malos instintos... Así podemos decir de la Iglesia que

sus corruptores la maltrataron de tal forma durante toda la noche (la hora de las tinieblas) que murió, es decir, se encuentra en el máximo riesgo de morir. Más aún, en muchas comunidades el fuego de la vida sacramental, del que podrían alimentar su vida, se ha extinguido completamente; de igual manera que también se apagó el fuego del altar del Señor, que había sido mantenido a salvo durante los años de la cautividad babilónica. Y se apagó, según se nos cuenta, cuando Jasón y Menelao se apoderaron del sumo sacerdocio comprándolo con dinero.»

(PL 194, 1485-59)

\* \* \*

*Pocos escritores ha habido en la historia con más amor a la Iglesia que el poeta Dante (1265-1321). Y pocas obras literarias serán más eclesiásticas que La Divina Comedia. Se la ha comparado a una catedral o a una de esas «summas» teológicas de la Edad Media. Y además, según muchos comentaristas, y tal como sugiere la presencia de Beatriz y de Virgilio, la Divina Comedia tiene una cierta clave autobiográfica, en la que infierno y purgatorio no son meramente situaciones escatológicas, sino momentos de la vida del autor. Y ésta es otra vez la paradoja: que nadie ha hablado con más fervor de la Iglesia, ni con mayor dureza de algunos de sus jefes e instituciones. Todas las partes del poema son ocasión para una protesta a la que en algunas ocasiones se la considera hoy injusta, en otras verdadera, y en todas fruto de un amor incuestionable a la Iglesia. Dante pobló el infierno y el purgatorio de cardenales «a quienes hay que llevar, de tanto como pesan», de lobos rapaces con hábito de pastores y de clérigos inmundos. Y si las críticas personales pueden estar condicionadas por las luchas políticas de la época, a nosotros nos interesan más los ataques a la situación y a la estructura misma de la Iglesia. Roma es el lugar:*

15 «donde todos los días se comercia con Cristo» (là dove Cristo tuto dí si merca, *Paraíso* 17, 51). Puesto que...

«Hoy la Iglesia de Roma, por confundir en sí los dos regímenes de gobierno, ha caído en el fango y se ha manchado a sí misma y a sus poderes» (*Purgatorio* 16, 127-129).

*Por eso Dante pinta a la Iglesia como un carro arrastrado por Cristo. La Iglesia es atada a un árbol por la lanza de su carro. Lanza y árbol son de la misma madera: la lanza es la sede romana y el árbol el poder terreno. Entonces se sienta en el carro la corte romana:*

«Segura como una torre en lo alto del monte, vi sentada sobre el carro a una desvergonzada prostituta, dispuesta a mirar siempre en torno. Y para que nadie se adueñase de ella, vi a su lado a un gigante en pie [la monarquía francesa], con el que se besaba de vez en cuando. Y porque volvió hacia mí su ávida mirada errante, aquel amante feroz la azotó de la cabeza hasta los pies y luego, lleno de sospechas y de ira cruel, desató el carro y lo arrastró por la selva hasta que me ocultó a la prostituta y a la nueva fiera» (*Purgatorio* 32, 148-160).

*En el Infierno, Dante increpa así al papa Nicolás III:*

«Dime, ¿cuánto dinero le pidió Nuestro Señor a San Pedro para ponerle las llaves en la mano? No le dijo más que: 'sígueme'. Y ni Pedro ni los demás recabaron de Matías oro o plata para elegirlo sustituto del alma traidora [= Judas]. Quédate aquí, que bien castigado estás, y guarda tus mal ganados dineros. ... Y si no fuese porque me lo prohíbe la reverencia hacia las llaves soberanas que tuviste en tu frívola vida, aún usaría palabras más graves. Porque vuestra avaricia entristece al mundo oprimiendo a los buenos y elevando a los malvados. A vosotros, Pastores, se refería el evangelista cuando vio a aquella que se sienta sobre las aguas, prostituyéndose con los reyes; aquella [= Roma] que nació con siete cabezas

y cobró vigor por sus diez cuernos, mientras su Esposo se complace en la virtud. Habéis hecho a Dios de oro y plata. ¿Qué diferencia hay entre vosotros y los idólatras, sino que ellos adoran a uno y vosotros a ciento? ¡Ay Constantino, de cuántos males fue madre no tu conversión, pero sí aquella dote que de ti recibió el primer papa rico!» (*Infierno* 20, 29-120).

*Y ya en el Paraíso, es el propio San Pedro quien habla al poeta con estas palabras:*

17 «No te maravilles si mudo de color, que, mientras hable yo, verás también cambiar de color a todos éstos. El que usurpa en la tierra mi lugar [= Bonifacio VIII], que está vacante en la presencia del Hijo de Dios, ha convertido mi tumba en una cloaca de sangre y podredumbre... Mi sangre, y la de Lino y la de Cleto no alimentaron a la Esposa de Cristo para que se dedicara a adquirir oro, sino para que adquiriese esta vida feliz... No fue nuestra intención que a la derecha de nuestro sucesor se sentara una parte, y a la izquierda la otra parte del pueblo cristiano; ni que las llaves que me fueron concedidas se convirtieran en pendón de guerra para combatir contra los bautizados; ni que yo fuera imagen de sello en privilegios vendidos o mendaces, por los que me irrito y me avergüenzo con frecuencia. En traje de pastores se ven desde aquí lobos rapaces por todos los prados...» (*Paraíso* 27, 19-27; 40-56).<sup>6</sup>

<sup>6</sup> El nombre de Dante evoca inevitablemente el de Petrarca (1304-1347). Los versos de Petrarca, tan bien tallados como tantas y tantas de las maravillosas piedras de Italia, suenan aún más estremecedores:

«Fontana di dolore, albergo d'ira,  
scola di errori e tempio d'eresia,  
già Roma, or Babilonia falsa e ria  
per cui tanto si piange e si sospira» (*Canz.* 138)

\* \* \*

*En las palabras de Dante hemos encontrado una alusión que es casi tópica: el rechazo de la situación «constantiniana» o de poder mundano de la Iglesia. Puede ser bueno dejar constancia de que este tema ni es exclusivo de los textos de Dante, ni es tampoco invención de las demandas contemporáneas de reforma. Al revés: es un tema tan antiguo como el mismo Constantino. Y esto es lo que ponen de relieve las siguientes palabras de san Hilario de Poitiers, que datan del año 364. Hilario se ha encarado primero con el emperador Constancio, al que dedica un largo escrito en el que acaba comparándolo con cualquiera de los emperadores que persiguieron a la Iglesia (Nerón, Decio, etc.), porque, para san Hilario, el poder hace a la Iglesia más daño que la persecución. Por eso dice del Emperador que:*

- 18 «No nos apuñala por la espalda, pero nos acaricia el vientre; no confisca nuestros bienes (dándonos así vida), sino que nos enriquece para la muerte; no nos encarcela (metiéndonos así en el camino de la libertad), sino que nos honra en su palacio, apresándonos de esa manera... Honra a los sacerdotes para que no haya buenos obispos; construye iglesias para demoler la fe.»  
(PL 10, 580ss)

*Pero, además de encararse con el emperador, san Hilario le habla también a la Iglesia de su tiempo, en un libro contra los arrianos, dirigido al obispo Auxencio y*

---

Pero en las palabras de Petrarca es aún más difícil distinguir la crítica eclesialística de la actuación política (hecho este que venía además favorecido por la ambigüedad de la soberanía política de los papas). Por este motivo, y por las razones que diremos más adelante al hablar de Erasmo y otros autores de la literatura (cfr. *infra*, pp. 58ss.), preferimos renunciar aquí a las palabras de Petrarca. El lector encontrará algún texto más en la *Historia de la Iglesia*, de la BAC (tomo II, p. 134).

*que comienza prácticamente con los siguientes párrafos:*

- 19 «Dan pena los crecientes esfuerzos y opiniones de estos tiempos, con los que muchos se imaginan ayudar a Dios mediante recursos humanos o trabajar por defender a la Iglesia de Cristo mediante ambiciones mundanas. A vosotros, obispos que pensáis así, os pregunto: ¿de qué medios se valieron los apóstoles para anunciar el evangelio?; ¿qué poderes les ayudaron a predicar a Cristo y a trasplantar casi todo el mundo desde la idolatría al Dios verdadero? ¿Acaso se atribuían alguna dignidad palaciega los que cantaban himnos a Dios en la cárcel tras haber sido azotados? ¿Le congregó Pablo una iglesia a Cristo mediante edictos imperiales, cuando él no era más que un espectáculo en el teatro? A lo mejor se defendía con el patrocinio de Nerón, o quizá de Vespasiano o Decio, con cuyos odios fue regada la fe que ha florecido en nosotros. ¿Y pensáis que es que no tenían las llaves del Reino de los cielos todos aquellos que se alimentaban con sus manos y su trabajo, que entraban en reuniones clandestinas, que visitaban los pueblos y las fortalezas y las gentes de casi toda la tierra, contraviniendo las leyes del senado y de los emperadores? ¿O pensáis que no se hizo patente entonces la fuerza de Dios contra todos los odios humanos, en el hecho de que Cristo era tanto más predicado cuanto más prohibido?»

«Mientras que hoy, ¡qué pena!: la protección humana es lo que recomienda a la fe divina, y se acusa de impotencia al poder de Cristo, mientras la ambición de poder engorda amparándose en Su nombre. La Iglesia, que fue creída cuando estaba en las cárceles y en el destierro, obliga hoy a creer en ella mediante amenazas de cárcel o destierro... Se alegra con el aprecio del mundo la que sólo podrá ser de Cristo si el mundo la odia. La

comparación entre esa Iglesia tradicional, hoy perdida, y la que estamos viendo ahora, clama al cielo.» (PL 10, 610.611)

\* \* \*

*En el año 1307, con ocasión del concilio de Viena que comenzaría cinco años más tarde, el obispo Guillermo Durando escribe un tratado «sobre el modo de celebrar el concilio y de reformar la Iglesia», que es casi una inacabable lista de propuestas, y que presenta una imagen bien concreta de la vida de la Iglesia en aquel siglo, puesto que habla de todas las cosas y personas posibles: de laicos, frailes y monjas; de la edad de los cardenales; de que no se permita a los obispos ausentarse de su diócesis más de tres semanas; de que no se construyan lupanares cercanos al domicilio del papa o de gentes de la curia, para evitar la sospecha de que el dinero va a parar a ellos... Propone también que, de acuerdo con el concilio de Cartago y con el uso de algún papa anterior, al romano pontífice se le llame sólo 'obispo de la primera iglesia', y no Sumo Sacerdote o Príncipe de los sacerdotes. Sugiere también que en la cuestión del celibato sacerdotal se adopte la costumbre de la iglesia oriental, por ser más cercana al uso de los apóstoles. El autor es un hombre piadoso, convencido de la importancia del buen ejemplo de la jerarquía para la credibilidad de la Iglesia.<sup>7</sup> Por eso no teme encararse a veces con la curia romana:*

20 «La burra de Balaam, que habló con voz humana, puso de relieve la insensatez del profeta. Y esto se está repitiendo hoy, por la cantidad de tonterías y de inmoralidades que cometen en la Iglesia de Dios las personas eclesiásticas, las cuales deberían ser luz para los demás. Por eso, hasta los no versados en las cosas divinas les des-

<sup>7</sup> Y. CONGAR escribe expresamente sobre él: «Durando no es un galicano. Pero quiere un poder papal respetuoso de la autoridad de los obispos»: *Eclesiología desde San Agustín hasta nuestros días*, Madrid 1976, p. 189.

precian, y muchas veces, con mejor sentido que ellos, les corrigen de sus caminos ajenos a Dios, cumpliéndose aquello de Agustín: que el indocto enseña al docto y el laico al clérigo» (*Pars I, titulus 1*).

«Es verdad que tanto los reyes como los pontífices son hombres y, como tales, pueden caer fácilmente... Pero hay que decir que al papa no se le ha dado licencia para pecar al otorgarle la sede de Pedro, como tampoco se le concedió a éste... Además, dice el refrán que quien mucho abarca poco aprieta: por eso los papas, aunque tengan más dignidad que los demás, no siempre tienen más seguridad sobre lo que conviene hacer o juzgar, supuesta la información detallada que exigen los negocios, como ya decía san Gregorio...» (*I, 3*).

«Por muy sabio que sea uno, no se desdeña de escuchar lo que los pequeños pueden decir con sensatez. Pues ya escribe San Pablo que, si al más pequeño se le revela algo, el más grande que se calle» (*Pars II, Praefatium*).

«Habría que considerar si, en el colegio cardenalicio y en los colegios episcopales y otros en que parezca conveniente, no estaría bien guardar este uso [de la iglesia primera], que se apoya en el derecho natural, según el cual todas las cosas son comunes. Así se eliminaría todo afán de acrecentar sus riquezas. Y también estaría bien que no puedan tener varios beneficios, dando mal ejemplo a otros y ocasionando un dispendio pernicioso, tanto a sus almas como a las iglesias» (*II, 2*).

«La simonía ha corrompido en grado sumo a la iglesia universal y a todos los pueblos. Y los medios puestos contra ella no sirven, porque en la curia romana se practica en público, como si no fuese pecado cometer simonía, o como si el recibir el dinero después no fuese lo mismo que hacerlo antes» (*II, 20*).

La Iglesia de Roma está puesta para espejo y ejemplo de todos. Y como el espejo no debe tener mancha ni arruga, así ella no debe tener nada reprehensible. Porque

cuando duele la cabeza, duele todo el cuerpo... y cuando sacudes las columnas, se cae el edificio. Recordemos aquellas palabras del Señor contra los escribas y fariseos [sigue una larga cita de Mt 23]. Pues, según san Juan Crisóstomo, eso mismo puede aplicarse a los prelados y sacerdotes de nuestros días, que imponen al pueblo una moral enorme, y ellos no la guardan ni mediana. Con lo cual aparecen como justos por lo que dicen, pero no por lo que hacen; mientras que el salmista afirma que los ojos de los siervos —es decir, de los súbditos y de los laicos— están puestos en las manos —las obras— de sus señores —es decir, de los obispos y superiores—. Y los ojos de la esclava están puestos en las manos de su señora, que es la iglesia romana... Y esto vale sobre todo del papa, porque ocupa el lugar de Aquel que 'empezó a actuar y hablar' y que, a la muchedumbre que le seguía, le dio alimento corporal y no meramente pábulo doctrinal» (III, 1).

(Edit. *Apud Franciscum Clusier*, Parisiis 1671)

\* \* \*

*Mucho más vigor, por lo concretas que son, tienen las palabras de Enrique de Langenstein (1325-1397), Vicedecano de la universidad de París y que trabajó con J. Gerson y otros autores conocidos para acabar con el Cisma de Occidente. Precisamente en una obra titulada Concilium Pacis, fustiga así algunos usos concretos de la Iglesia de su tiempo:*

21 «Una vez más, ¿para qué sirve y qué aprovecha a la Iglesia una gloria tan magnífica de sus príncipes y una pompa tan soberbia de obispos y prelados, como si ella no supiese que son hombres? ¿Y para qué esa aberración de que uno tenga 200 ó 300 beneficios eclesiásticos? ¿No es cierto que con eso disminuye el culto, se empobrecen las iglesias, se privan de hombres valiosos y se da mal ejem-

plo a los fieles?... Prestad atención: ¿es que hoy los perros, los caballos, los pájaros y toda esa superflua familia de los eclesiásticos se han de comer el patrimonio de la Iglesia en lugar de los pobres de Cristo?... Juzgad si es justo que de vez en cuando se vendan los libros de las iglesias o sus tierras o edificios para pagar los tributos que imponen los obispos al clero...» «¿Y por qué la espada de la Iglesia —la excomunión— es desenvainada tan levemente para la corrección propia, pero se la usa tan cruelmente contra los pobres, en cosas pequeñas como deudas y otras parecidas? ¿Por qué un pleito sobre un asunto pequeño dura tanto? ¿Por qué no se acaba esta prolijidad en los procesos, que poco a poco van expoliando a los pobres?...»

«¿Cómo es que algunos Prelados alquilan su jurisdicción temporal y espiritual a tiranos prepotentes por una suma de dinero, con daño de la Iglesia, perjuicio de la justicia y opresión de los pobres? ¿Cómo es que hoy los obispos, los abades, los monjes son más oficiales del fisco que de Cristo, militando con todas sus fuerzas en el mundo de las curias de los príncipes y de los jueces y parlamentos seculares?»

«¿Qué significa también el que hoy casi todos los obispos, prelados y párrocos sean nombrados por el papa, en lugar de elegir a las personas más aptas y más conocidas de cada patria, para que no presidan a las iglesias hombres ajenos a ellas en costumbres, lengua y usos? ¿Por qué los niños de los nobles y de los poderosos son puestos al frente de las dignidades eclesiásticas, y clérigos famosos por su vida y su doctrina son puestos bajo ellas? ...¿Es que la Iglesia ha de ser gobernada según el mundo y no más bien contra los usos mundanos, tal como dice la Escritura: 'no os amoldéis a los usos de este mundo'?...»

(Apéndice al volumen *J. Gersonii Opera omnia*. Amberes 1706, tomo 2, col. 837-838).

*En el mismo volumen de donde está tomada la cita anterior, también en los apéndices (col. 885) encontramos un texto del Cardenal de Cámara Pedro de Aliaco, que nos muestra cómo todo ese sentir había llegado ya hasta muchos obispos y miembros del colegio cardenalicio. Así se lee en el primer capítulo de su obra «Avisos sobre la necesidad de reforma de la Iglesia»:*

- 22 «Frecuentemente rezamos a Dios en la Iglesia, que nos enseñe a despreciar las cosas terrenas y amar las del cielo. Despreciar significa postponer en el afecto lo terreno y mirar sobre todo a Cristo. Así pues, ¿qué significa el que Cristo sea de tal modo despreciado en la curia Romana y se prefiera el oro a él? ¿Por qué se olvida el bien de la unión en la Iglesia universal, que es el que todos deberían buscar, tanto más intensamente cuanto más dignidad tienen?...»

\* \* \*

*En 1417, con ocasión del concilio de Constanza, el archidiacono y doctor en teología por París, Nicolás Cle-mango, publica otro tratado, «Sobre el estado de corrupción de la Iglesia», que explica la situación de cisma a que se ha llegado, y que tiene su causa principal —según el autor— «en los vicios de los ministros de la Iglesia, cuya dote y cuya posesión debería ser Cristo». Este es, sin duda alguna, el más duro de todos los escritos que estamos presentando, porque ataca muy concretamente la política real de los papas, que para el autor era simplemente mundana, ambiciosa, egoísta y hasta tirana. Cada una de sus páginas es un verdadero trallazo, bien difícil de soportar. Pero el autor sostiene que Dios necesita humillar primero a su Iglesia, para poder corregirla después:*

- 23 «¿Quién podría describir toda su insaciable avaricia, que supera el afán de lucro de todos los laicos negociantes y que es una verdadera provocación y una incitación a cometer injusticia para todos los seglares...? Veamos el

origen y el progreso de esta peste infame que se va extendiendo desde la cabeza hasta los pies, porque no han podido servir a la vez a dos señores tan opuestos como Dios y el dinero, y ha sido inevitable que toda la diligencia que ponían en servicio del uno, se la fueran quitando al otro (2)... El ánimo de los eclesiásticos quedó invadido por una gran abundancia de cosas mundanas y una avaricia inmensa... y entonces tuvieron que servir a tres tiranos: al Lujó... al Fausto... y a la Ambición... Y como, para cumplir las órdenes de estas tres arpías rapaces, no hay renta que sea suficiente, tuvieron que buscarse otros ingresos con que darles satisfacción» (3).

«Y así los papas (para comenzar por ellos), toda la superioridad que tenían por su primado y su autoridad, la convirtieron en una superioridad de poder y en una pasión de dominar sobre los demás. Y pensando que las rentas de la sede romana y el patrimonio de Pedro (que era más grande que el de muchos reyes, aunque ya lo han menguado ellos) eran insuficientes para su afán de ser más que nadie, comenzaron a quedarse la leche y la lana de los rebaños ajenos (4)... y a regar su curia con ríos de oro procedentes de todas partes. Y así (además de cuanto acabamos de decir sobre las elecciones), quitaron a sus diocesanos y patronos la facultad de presentar y la libertad de conferir beneficios y de disponer de ellos, prohibiendo bajo pena de anatema que otorgaran un beneficio a nadie, cuando aspiraba a él alguien a quien ellos lo habían prometido... Y así han aparecido en todas partes tantos sacerdotes inmorales e ignorantes, cuyo modo de vivir es un escándalo para los suyos. Y por eso hay en la boca del pueblo tanto anticlericalismo; por eso tanto desdoro del orden eclesiástico, y por eso se dicen tantas cosas que les harían enrojecer si fueran capaces de sentir vergüenza; pero su duro rostro ya no sabe sonrojarse... Antaño nada había más venerable que el estado



sacerdotal, hoy no hay nada más abyecto y despreciable» (7).

«Y además, los papas añadieron a todo esto una serie de impuestos y tributos sobre las personas y las iglesias... y establecieron recaudadores por todas las provincias, duros y expertos en sacar el dinero... incapaces de perdonar a nadie, pero capaces de sacar oro de las piedras. Y hasta les dieron autoridad para anatematizar a los preladados y excomulgar a los fieles, si no pagaban con puntualidad en los plazos prefijados... De ahí tantas quejas de los pobres ministros de la iglesia, a los que oímos y vemos llevar su ministerio bajo un yugo insoportable, hasta casi morir de hambre. De ahí esas 'suspensiones a divinis' y esos entredichos y todos esos anatemas exageradísimos, puesto que no deberían imponerse sino muy raras veces y por crímenes horribles... Pero hoy se han hecho tan frecuentes que ya se dan por delitos mínimos o inexistentes. Y con ello han conseguido que ya nadie les tema y que todos se burlen de ellos» (8-9).

«Tengo que omitir muchas cosas si quiero salir de este abismo. Por ejemplo: cuántos fraudes se cometen en la curia romana, cuántos dolos, cuántas calumnias, cuántos procesos son corrompidos por aquellos cazadores de dinero, cuántos atropellos contra los derechos de inocentes, cuántos jueces venales, cuánto puede allí el oro para derribar la justicia, cuán difícilmente verá un pobre que se le hace la deseada justicia si su adversario es un rico... Ya no vemos al pastor entrar por la verdadera puerta, sino al ladrón por cualquier otro lugar. Y si un observador neutral pudiese separarlos, se encontrarían en la iglesia muchos más ladrones que pastores, de modo que se les aplica con verdad la frase de Cristo: mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones» (10-12).

«Y por lo que toca a los cardenales que rodean al papa, si un artista quisiera levantar un monumento a la

soberbia, no podría hacer nada mejor que contemplar y reproducir la imagen de un cardenal: tan hinchadas son sus palabras y tan insolentes sus gestos. Proceden del clero más bajo y se han hinchado tanto con la pompa de la sede apostólica... han dilatado de tal modo sus filacterias que desprecian y hasta casi se hacen adorar por los Primados, por los Patriarcas y por los obispos (a los cuales suelen llamar obispillos)...» (13).

«Y en fin, antes de salir de esta curia, no puedo pasar por alto el abominable adulterio del papa y sus hermanos con los príncipes de este mundo. Pues, para poder asegurar y dar estabilidad a sus dominios o, mejor, a su tiranía, que ya es mal vista —y con razón— de todo el mundo, ...se han espabilado para captarse los favores y las amistades de todos los príncipes temporales, luego que se habían acostumbrado a imitarles en su comportamiento y en su mentalidad...» (18).

*Del papa, los cardenales y la curia, pasa el autor (20-28) a los obispos («¿para qué tanto acusarles de que están ausentes de sus diócesis si, en el caso de estar presentes, les harían más daño que bien?»), a los capellanes y canónigos, a los monjes, a las órdenes mendicantes, a las monjas... Para concluir:*

24 «Compara esta forma de vida con la de los padres primeros, y será como comparar el lodo con el oro. Parece que estemos llegando al final, como a los pies de aquella estatua de Nabucodonosor, que tenía cabeza de oro y poco a poco iba degradándose en plata, hierro y unos pies de barro débil, adonde hemos llegado ya... Y nadie piense que, con todo lo que he dicho de los eclesiásticos, los acuso a todos sin excepción. Sé muy bien que no mintió ni podía mentir aquel que dijo: 'he rogado al Padre por ti, para que tu fe no desfallezca'. Y no ignoro que en todos los estados podrán encontrarse algunos, y

hasta quizá muchos buenos, justos e inocentes, ajenos a todos los males descritos. Pero es tan grande la abundancia de los malvados en todos los cargos que no sé si habrá uno entre mil que cumpla con sinceridad todo lo que su profesión exige... (37-39).

(Ed. Fco. Clousier, París 1671)

*Puede que la dureza del lenguaje de este último autor esté también condicionada por la tragedia del cisma de Avignon. Pero tampoco cabe ignorar que, unos años más tarde, la palabra crítica que muchos de estos autores habían levantado contra la Iglesia —la palabra «reforma»— se convirtió en bandera que amparó la separación de Lutero. Las críticas del s. XII fueron escuchadas y contribuyeron al esplendor de la Iglesia en el s. XIII. Las críticas de los siglos XIV y XV no fueron oídas, y su rechazo preparó el ambiente para la ruptura de Lutero.<sup>8</sup> Por eso, en opinión de muchos historiadores, el concilio de Trento llegó demasiado tarde: no logró evitar la fractura de la Iglesia, sino que sólo pudo contener la hemorragia. Pero todavía cabe preguntarse cuán-*

<sup>8</sup> Las descripciones de la vida romana contenidas en la «Relazione» de Bernardo Navaggero, que fue embajador de Venecia en Roma de 1558 a 1560, son espeluznantes y vale más no citarlas. Tampoco son difíciles de imaginar.

Pero sí que puede ser de interés citar el comentario que suscitó su lectura a uno de los «padres de la patria» catalana, Francesc Cambó: «Més que el tràfec de les indulgències, més que els escàndols dels papats altrament brillants i gloriosos d'Alexandre VI i Lleó X, és aquest període de la decadència romana que descriu Bernardo Navaggero el que explica l'empenta i el vigor del protestantisme. Relaxament general, corrupció sense brillantor ni grandesa, havien d'estimular que s'apartessin de Roma els sants per natural repulsió, i els corromputs, com Enric VIII, per no consentir que un poder que no sabia mantenir la propia dignitat volgués imposar-li a ell.

El que apareix como un miracle és que l'Església catòlica i, sobretot, l'autoritat humana i pontificia pogués salvar aquest període que amb colors tan vius explica Bernardo Navaggero en la seva 'relazione'» (F. CAMBÓ, *Meditacions*, Vol. II, p. 332).

*do habría llegado (o simplemente si habría llegado) ese Concilio, de no haber sido por muchas voces proféticas que se arriesgaron a pedirlo públicamente y en voz alta, contra una curia romana que se resistía. Eran los tiempos en que un hombre tan fiel al papado como san Ignacio de Loyola declaraba que «sólo hacían falta tres cosas para que un papa cambiase el mundo: que reformase su propia persona, que reformase su casa y familia, y que reformase la corte de los cardenales» (Fontes Narrativi, III, 677 y I, 719). Pues bien, hacia 1530, al editar las obras menores (Opuscula) de Dionisio el Cartujano, el prior de los cartujos de Colonia Pedro de Leyde les añade un prólogo inesperado, en forma de carta abierta al papa Clemente VII. He aquí algunos párrafos de ella:*

25 «Me dirijo a ti no sólo en mi nombre, sino en el de muchos de tus hijos, por no decir todos. Lo que te pedimos se llama 'reforma de la Iglesia'. Muchas cosas hay que deberían no sólo invitarte, sino estimularte a ella. Pero quizás hay que añadir qué nos mueve a pedírtela a nosotros y a todos los que queremos ser piadosos, y por qué nos atrevemos a pedirte un concilio ecuménico para rehacer la integridad de la Iglesia...»

«Es oficio tuyo ciertamente evitar el escándalo del pueblo pequeño. Pero ¿qué es lo que hoy repiten constantemente, sino que el papa no se atreve a reunir un concilio?, ¿que 'su santidad' no quiere la conversión?, ¿que el Vicario de Cristo se niega a abandonar las pompas y las fulanas?, ¿que el pontífice no corrige la lascivia del clero?... ¿Cómo piensas que nos hieren todas esas calumnias a los que tenemos otra opinión de ti? ¿Cómo piensas que escandalizan a los que, por no conocerte, se creen todo eso? Aunque nada más se eliminase este escándalo concreto, demostrando con hechos y no con palabras que es injusto pensar eso de ti y que es mentira que la curia sea tan avara y tan lujuriosa, sólo con eso ya se daría bastante gloria a Dios...»

«Se extrañarán muchos de que un monje particular se dirija así a Vuestra Santidad, pero pienso que, en este punto, ni a mí me mueve una presunción de grandeza, ni a ti una hinchazón de soberbia. Y así como la excelencia de Tu Santidad no desprecia a un hijo, así también la humildad de mi pequeñez no teme acercarse a un padre. ¿Quién se atrevería a impedir a un hijo el acceso a su padre? ¿Quién se enfadaría con un hijo porque ame a su padre, porque le sugiera cosas o porque le aconseje en un asunto que interesa a ambos? ¿Cómo voy a temer que se enfaden conmigo si todos somos hijos tuyos y miembros de la Iglesia, y lo que te pido es la salud para el cuerpo, para los hermanos y para tus hijos enfermos?»

«¿Qué hay en la Iglesia que no esté contaminado, corrompido, vuelto del revés? Está enferma desde la planta de los pies hasta la coronilla... Vamos a dejar las calumnias de los herejes; piensa nada más en el daño de tantas almas, la seducción de tantos sencillos, la falta de obediencia, la poca virtud de las gentes, las corrompidas costumbres de las clases altas, el lujo desatado de los curas, el fausto detestable de los obispos, la petulancia de los monjes, las arrogancias de la plebe, y la vida ociosa, corrompida y hasta peligrosa de los ricos... Y estas cosas dan motivo a muchos hombres de buena voluntad para apartarse de la obediencia a Roma y de la verdad de la Iglesia: crece el anticlericalismo, los monasterios son aborrecidos, y entretanto la vida de todo el clero es tan escandalosa que no merece estima alguna...»

«¿Y qué haría [el emperador] si viese que el vicario de Cristo, por reformar a la Iglesia, es capaz de despreciar el dinero y la gloria y se humilla y se somete a un concilio ecuménico a sí mismo y a los cardenales, tan necesitados de reforma? ...Que si no se pueden cambiar las cosas de fe sobre las que ya se ha pronunciado la Iglesia, sin embargo —conforme cambian los tiempos y los hombres— se hace necesario cambiar o retocar o

quitar del todo muchas cosas ya establecidas, aun cuando se observen religiosamente...»  
(*Opera Dionisii Cartusiani* (editio Coloniensis) vol. 33, 9-12)

\* \* \*

*Acabamos de aludir hace un momento a San Ignacio. Lo cual nos lleva a evocar que en 1503, y romanizada por Fray Ambrosio de Montesinos, apareció en Alcalá la Vita Christi del Cartujano, obra famosa porque fue el libro que convirtió a Ignacio de Loyola, quien lo leyó para combatir el aburrimiento durante su larga convalecencia en su casa natal, junto a Azpeitia. La obra del Cartujano tiene un capítulo (el 68) acerca «de la ambición y codicia desordenada de honra y otros defectos de los clérigos y religiosos». Ignacio de Loyola se debió de sentir alcanzado por esa crítica, puesto que era clérigo (hacia los 12 años había recibido la tonsura, probablemente como modo de asegurar su futura estabilidad económica, según una nefasta costumbre de la época). Y aunque la vida posterior del «gentilhombre Iñigo» evidenció un absoluto olvido de su condición de clérigo, Ignacio era consciente de ella, puesto que en una ocasión —ante un proceso en Azpeitia— había tratado de apelar a ella para escapar a la jurisdicción civil. Es lógico, pues, suponer que se sintió alcanzado por las denuncias del Cartujano. ¡Magnífico fruto el de una crítica que llega a convertir de esta manera, aunque sea a un solo hombre! He aquí las palabras del Cartujano:*

26 «...Algunos desordenados amadores de estas honras, como apasionados consejeros de sí mismos, determinan de las procurar so color de ganar ánimas y que puedan mejor entender en la salud de los otros...»

«Otros males lleva consigo la ambición. El primero es que procuran muchas veces ser promovidos y tomados para los regimientos eclesiásticos, por sí mismos y por otras personas, antes que sean llamados por la gracia de Dios.»

«El segundo mal es que muchas veces los amigos carnales son tomados y habidos por mejores que otros más virtuosos y más dignos, en la colación de los beneficios...»

«El cuarto mal es que ninguno apenas se contenta con un beneficio solo, lo cual es en perjuicio y daño de los otros clérigos... El Maestro Filipo tenía varias prebendas, y ni en el lecho de muerte quería dejarlas. Pero poco después de morir se apareció al obispo Guillermo y le dijo que por eso Dios le había condenado...»

«Ansí que, por las cosas ya dichas, parece algún tanto en cuál y cuánto peligro está hoy el estado de los clérigos y cuántos escándalos vienen por ellos. Del patrimonio de la Cruz de Cristo sustentan mancebas, ceban perros y enjaezan caballos... Y cuánta persecución levantan y despiertan en la Santa Iglesia...»

«Jamás ha perseguido el diablo a la Iglesia tanto como hoy, ca nuestro adversario Lucifer persiguió la iglesia primitiva por mano de tiranos; y persiguióla cuando fue creciendo, por mano de los herejes. Mas agora que permanece sobre la cumbre de su prosperidad, persíguela por ilícitos movimientos y desordenadas cobdicias y torpes gastos y malos deseos. Esto es lo que hoy muestra el estado de la Iglesia. En ninguna parte hay tanta soberbia, tanta ambición e inmoralidad como entre los clérigos y prelados. Donde San Jerónimo dice: 'Como la soberbia sea vicio muy propio a los demonios o a las mujeres, y los vicios carnales a las bestias brutales, y la avaricia a los mercaderes, de todos estos tres vicios se fizo un monstruo de espantosa fealdad, que es el mal clérigo'...»

(Cita tomada de LUIS DE DIEGO, *La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros*, Caracas 1975, pp. 61-62).

\* \* \*

*Y si fuese cierto que el juicio de que la impresionante reforma de Trento llegó tarde,<sup>9</sup> esto sería aún más triste por cuanto textos como el que acabamos de citar llegaron a producir su efecto hasta en la misma cumbre de la Iglesia. En 1522, el último papa no italiano anterior a Juan Pablo II, Adriano VI, enviaba a la dieta de Ratisbona al legado Chiericati, con unas instrucciones impresionantes en las que se ve a un papa asumir los tonos más duros, pero también más sinceros, sobre la situación del papado y de la Curia:*

27 «Decid que reconocemos libremente que Dios ha permitido toda esta persecución de la Iglesia por los pecados de los hombres, y especialmente de los sacerdotes y de los prelados... La Escritura nos muestra en todo momento que las faltas del pueblo tienen su raíz en las faltas del clero; por eso Nuestro Señor, cuando quiso purificar la ciudad de Jerusalén, enferma, fue primero al Templo. Sabemos bien que aun en esta Santa Sede vienen ocurriendo, desde hace ya algunos años, muchas cosas dignas de reprensión; que se ha abusado de las cosas santas, se han quebrantado los mandamientos y se ha pervertido todo. Así, no hay que maravillarse de que la enfermedad se haya propagado desde la cabeza a los miembros, desde el papa a los prelados.»

<sup>9</sup> Ese juicio se apoya, sobre todo, en diversos textos de Lutero, que en 1528 escribía: «Durante mucho tiempo se ha clamado por un concilio, para que la Iglesia fuera reformada por él» (WA 26, 530). Y en 1539 comentaba: «Porque el papa se ha negado a celebrar un concilio y no quiere reformar la Iglesia, no nos ha quedado más remedio sino buscar una reforma junto a Nuestro Señor Jesucristo» (WA 50, 512), rechazando los pequeños retoques que se habían hecho hasta entonces, como «cuestiones de vestimenta y calzado» (WA 44, 171). Véase también el siguiente texto de Möhler: «En la primera parte del siglo XV, algunos reformadores, en el interior de la Iglesia, intentaron arrancarle los cambios necesarios. Se hizo mofa de estos intentos. Desde entonces se dieron a reformar fuera de la Iglesia» (*L'unité dans l'Église*, p. 231).

«Nosotros todos, prelados y eclesiásticos, nos hemos apartado del camino derecho, y hace ya mucho tiempo que no ha habido uno que practicara el bien... Por eso debéis prometer, en nombre nuestro, que estamos resueltos a emplear toda diligencia para que, en primer lugar, se reforme la Corte romana, de la cual quizás han nacido todos estos daños; y así sucederá luego que, como por aquí comenzó la enfermedad, también la salud comenzará por aquí...»

«Queremos ejercer el papado no por ambición de mando ni para enriquecer a nuestros parientes, sino para restituir a la Santa Iglesia, Esposa de Dios, la antigua hermosura, para prestar auxilio a los oprimidos, elevar a los varones sabios y cristianos y hacer todo aquello que pertenece a un buen pastor y verdadero sucesor de san Pedro...»

(L. PASTOR, *Historia de los papas*, t. IV, vol. V, 107-108).

*Adriano VI no pudo llevar adelante su reforma por la brevedad de su pontificado y por la oposición de la Curia. Pues, aunque en el documento anterior pide paciencia porque sabe que no puede hacerse todo de golpe, y hasta cita a Aristóteles («toda mudanza súbita es muy peligrosa para una comunidad»), a pesar de todo eso, la Curia Romana se le enfrentó, agravándose la situación por el mal conocimiento que tenía el papa del italiano. Los cardenales consideraban como una crueldad intolerable la falta de nepotismo del papa, y hasta hicieron circular un refrán que se hizo famoso en la época: «Roma ya no es Roma». Y sin embargo, la semilla germinó. Años después, en 1537, una comisión de cardenales (con nombres como Contarini, Caraffa, Sadoletto y Pole), junto con algunos obispos, dirige un memorial a Pablo III, exigiéndole la reforma de la Curia y recogiendo todos los acentos que ya conocemos. La comisión asigna,*

28 «como principal causa de todos los males eclesiásticos, la desmedida exageración de la autoridad pontificia, por la

adulación refinada de canonistas sin conciencia...» «De ahí [del excesivo poder papal], como del caballo de Troya, se desprenden en la Iglesia una serie de males y abusos que nos han conducido a un estado de salud desesperado. Y esta situación es conocida por los infieles, que por eso toman a broma nuestra religión y por eso el nombre de Cristo es deshonrado».

*Luego trata de la excesiva familiaridad en admitir a las órdenes, en conferir y renunciar a los beneficios, del descuido en la cura de almas, de los religiosos... Y concluye:*

«Hemos cumplido con nuestra conciencia, no sin grandes esperanzas de ver en tu pontificado a la Iglesia de Dios purificada, hermosa como una paloma, concorde y unida entre sí para gloria eterna de Su Nombre. Ya que has tomado el nombre de Pablo, esperamos que imites la caridad de Pablo, que fue elegido como instrumento para llevar el nombre de Cristo a los gentiles. Y esperamos que reavives ese santo nombre, olvidado ya no sólo por los gentiles, sino por nosotros los clérigos, en nuestros corazones y en nuestras obras; que cures las enfermedades, vuelvas a unir las ovejas de Cristo en un solo redil y apartes de nuestras cabezas la ira de Dios y su ya inminente venganza que tenemos merecida.»

(L. PASTOR, *Historia de los Papas*, t. V, vol. XI, 160-161. Más A. RAVIER, *Ignace de Loyola fonde la Compagnie de Jésus*; París 1974, p. 34)

*Estos acentos perduran, por ejemplo, en el discurso del Cardenal Pole al comienzo de la segunda sesión de Trento:*

29 «Si no reconocemos todo esto, en vano entramos en Concilio y en vano invocamos al Espíritu Santo, cuya primera entrada en el alma humana se hace por la con-

denación del hombre 'para convencer al mundo de pecado' (Jn 16, 9). Mientras este Espíritu no nos haya condenado a nosotros mismos ante nosotros mismos, no podemos decir que haya entrado en nosotros, y no entrará si nos negamos a estar atentos a nuestros propios pecados.»

(*Acta Conc. Trid.* t. IV, 1, ps. 550-51)

*Y con los mismos acentos críticos y nada triunfalistas, cerró el Concilio el Cardenal de Lorena:*

«Tenéis derecho a preguntarnos la causa de toda esta borrasca. ¿Y a quién acusaremos, hermanos obispos? ...Por nuestra causa ha nacido esta tempestad, reverendos Padres... Que comience el juicio por la casa del Señor (1 Pe 4, 7), que se purifiquen los que llevan los vasos del Señor (Is 52, 11).»

(*Ibid.* t. IX, 163)

*Aunque tarde, pues, la crítica acabó por germinar.*

\* \* \*

*La historia misma nos cierra aquí una etapa. Por eso será bueno alargar un poquito nuestras reflexiones, como balance de todos estos siglos agitados.*

1) *Los autores de casi todas las críticas citadas eran eclesiásticos irreprochables; varios de ellos santos canonizados. Nuestra selección ha prescindido deliberadamente de otras muchas páginas de la literatura. Como, por ej., las del Elogio de la locura, de Erasmo, cuya expresión es infinitamente más brillante, más aguda y menos aburrida que alguno de los párrafos citados por nosotros. O la Antapodosis de Liutprando sobre los papas del s. X, en cuya picaresca gruesa puede haber mucho de revancha, pese a que su autor era un obispo. O —por poner algún ejemplo hispánico— unos cuantos versos ingenuos y punzantes del Rimado de Palacio, de*

*Pero López de Ayala, que servirían para cualquier canción de Paco Ibáñez. Esta exclusión ha sido deliberada, porque a nosotros no nos interesa ahora la brillantez, a veces ni siquiera la exactitud total, sino más bien la legitimidad y la intención, que está bien reflejada en una carta de Petrarca a Francesco Bruni: «nec homines accusare propositum fuit, sed Ecclesiae statum flere» (no he pretendido acusar a personas, sino llorar el estado de la Iglesia).<sup>10</sup>*

2) *Puede ser útil notar que en ninguno de nuestros autores se encuentra un temor a escandalizar al pueblo con sus críticas que les lleve a abstenerse totalmente de éstas; al revés: varios de ellos reconocen que el pueblo está escandalizado ya por los hechos. La pretensión de que «las gentes sencillas no sospechan esas cosas y es mejor no decírselas para no hacerles daño en su fe» se convierte muchas veces en una excusa para desautorizar una crítica, dispensándose así de examinarse —y quizá corregirse— de ella. Y esto lo decimos sin negar que haya «estómagos» y momentos muy diferentes en las personas, y que sería inhumano desconocerlos. Pero convencidos también de que nuestra reflexión multiplica por mil su fuerza en un mundo plagado de medios de*

<sup>10</sup> En cambio, puede haber llamado la atención del lector la ausencia de textos del que tal vez sea el más popular de los críticos de la Iglesia: San Antonio de Padua (1195-1231), canonizado ya al año de su muerte y declarado Doctor de la Iglesia por Pío XII. Esta ausencia no se explica más que por falta de tiempo y de medios. Pero en el libro de J. M.<sup>a</sup> DIEZ ALEGRIA: *Teología frente a sociedad histórica* (Barcelona 1972, pp. 171-179) puede encontrarse una selección de esos textos, todos ellos de sermones del santo (y esto es lo más llamativo para nuestro estudio, como comentaremos en la reflexión siguiente). Aparte de eso, merece notarse la gracia y el socarrón sentido del humor con que habla San Antonio: «El Señor dijo 'apacienta mis ovejas', pero no 'ordeña' o 'trasquila'; José vendido por sus hermanos es Jesucristo vendido por los arzobispos y prelados; los obispos son como Balaam montado en su burra (=la Iglesia): la burra sí que veía al ángel de Dios, pero Balaam no podía verlo... O la repetida comparación de obispos con novias y mujeres, por su refinado modo de vestir.

comunicación de masas, donde el pueblo ya no puede vivir en la candidez, sino que más bien tiene acceso a mil imágenes de la Iglesia, muchas veces unilaterales y distorsionadas, provenientes de fuera de ella.

3) Y finalmente, es oportuno subrayar que todos estos hombres hablaban en una época histórica anterior a los derechos del individuo, a la democracia y a la libertad de expresión. El hecho de que bajo regímenes tiránicos y feudales se pudiera hablar así en el seno de la Iglesia, cuando fuera de ella la crítica sólo cabía en el humor de los bufones, convertía a la Iglesia en un oasis de libertad evangélica y hacía creíble su Evangelio, a pesar del contratestimonio de muchos eclesiásticos. La crítica en la Iglesia la vuelve más creíble cuando se convierte en señal de ese «reparo escatológico» del que la Iglesia es depositaria, de ese «todavía no» que impide a la Iglesia instalarse en ninguna situación como si fuera el «ya», el presente del Reino. Es la señal del Evangelio que no deja vivir tranquila a la Iglesia. Pero si, después de la conquista de la Ilustración y de la conciencia crítica, resultase que los papeles se invertían y que la palabra libre se hacía imposible precisamente en la Iglesia, cuando ya era posible fuera de ella, esto supondría un escándalo que impediría captar en ella la fuerza del Evangelio y haría su testimonio difícilmente creíble.

Al margen de todas estas consideraciones, y volviendo a nuestro tema, la mejor prueba de la seriedad de la reforma católica —al menos por lo que toca a conductas personales— es cómo cambia el panorama de las críticas luego de Trento. Por discutibles que resulten para nosotros muchas formas de piedad barroca, el hecho es que los santos de esta época no sufren las desazones que hemos encontrado en varios santos de la Edad Media. Perduran, no obstante, problemas estructurales, así como de falta de libertad de los obispos, por las diversas formas de «galicanismo» que perseguían todos los monarcas absolutos. Pero se ven compensados por una necesidad de autodefensa, o de afirmación de identidad, ante los ataques y la escisión del protestantismo. Estos ataques de «otras iglesias» producen a los mismos santos y hombres de iglesia más ganas de defenderse que preocupación por reformar. Y éste es uno de los saldos

más negativos de la ruptura de Lutero. Porque, por supuesto, en los siglos posteriores a Trento perdurarán también esa inercia de los tiempos que, a la larga, vuelve a reclamar reformas. Y, sobre todo, perdurarán el pecado del hombre, que dará sobrados motivos a san Vicente de Paúl para exclamar en algún momento que «el mayor enemigo de la Iglesia es el clero» (por su pereza), y que «temo que este maldito tráfico de obispos atraiga la cólera de Dios sobre este Reino».<sup>11</sup> Más aún; quizá hasta pudiera decirse que el impulso renovador de conductas que había dejado Trento, conservó energía como para actuar en algún momento; como ocurrió con la famosa bula de Inocencio XII, «Romanum decet pontificem», en la que el papa hizo su pequeña autocritica y se reformó a sí mismo. En esta bula se aplicó el papado a sí todos los cánones que prohibían a los obispos enriquecer a sus parientes a costa de los bienes eclesiásticos, suprimiendo todos los empleos (civiles, militares o eclesiásticos) que habitualmente eran entregados como sinecuras a los parientes del papa reinante. Si el papa tiene parientes pobres, no podrá ayudarlos más que como a los pobres ordinarios. Incluso, para el caso de que un pariente del papa llegase a cardenal a causa de sus méritos y no por nepotismo, se establecen de antemano unos emolumentos que no podrán ser superados. Vale la pena citar al menos la introducción de este aburrido documento, porque en ella se insiste en un principio que hoy llamaríamos de «ortopraxis papal», es decir: ya no basta con lo que decía el clásico argumento apologetico: «hubo papas inmorales, pero no dijeron nada contra la ortodoxia de la fe». Ahora el magisterio del papado comienza con su propio ejemplo, con su propio servicio y con su sometimiento a lo mismo que los demás obispos:

30

«Le toca al Romano Pontífice, como siervo fiel y prudente puesto por el Señor sobre su familia, portarse a los ojos de toda la Iglesia de tal manera que agrade al Señor, aparezca como justo y sea visto como modelo...

<sup>11</sup> Ambos textos en D. ROPS, *La Iglesia de los tiempos clásicos I*, pp. 32 y 78.

y que los demás obispos y los fieles aprendan de su ejemplo... a despreciar lo falso de este mundo y a escapar a los lazos familiares y nacionales [carnis et sanguinis]... Por eso, desde el comienzo de nuestro pontificado nos propusimos someternos (y ahora queremos someternos) a la misma disciplina que obliga a los obispos... Y aunque esperamos que nos sucederán papas tales que perfumarán a toda la Iglesia con el aroma del Espíritu, sin embargo queremos indicar a los otros lo que no nos permitimos a nosotros mismos, y decretamos..., etc.» (*Bullarium Romanum*, XX, 441)

\* \* \*

*La sana libertad de palabra crítica que había reinado durante la Edad Media, desaparecerá en la Iglesia del s. XIX: una Iglesia que todavía no se ha repuesto del susto ocasionado por la sangría de la Reforma; una Iglesia asustada también por las humillaciones a que la ha sometido Napoleón; una Iglesia desconcertada ante la aparición del mundo moderno, al que no comprende y en el que sólo sabe ver maldades de Satán, en lugar de esa precariedad original del hombre que corrompe siempre todos los proyectos más santos... Una Iglesia así no está capacitada para permitir una palabra libre en su seno. Y mucho menos si se encuentra además sitiada por las presiones y los chantajes de las diversas cancillerías y de los contrapuestos intereses políticos de la Europa decimonónica. El hecho es que la imagen de la Iglesia —en el punto que andamos examinando— cambiará radicalmente respecto a cuanto llevamos visto. Y cambiará con daño a largo plazo para la Iglesia. A lo largo del s. XIX van a repetirse episodios como el del P. Curci, antiguo fundador y director de la Civiltà Cattolica y que acabó escribiendo un libro contra el Vaticano «real», en el que reclamaba reformas indispensables, pero sólo consiguió ver puesta su obra en el Índice de libros prohibidos.*

*Esta falta de libertad será tanto más nociva cuanto que, a partir de la Ilustración, la crítica a la Iglesia co-*

*mienza a aparecer ya no simplemente fuera de los santos o los eclesiásticos, sino fuera de la Iglesia misma, en los que entonces se llamaban «librepensadores» o «descreídos». La Iglesia estaba obligada a responder a esas críticas con la reforma y la corrección de todo aquello que fuera justo. Porque tales críticas podrían ser muchas veces fruto del odio o excusa para la voluntad de no creer; pero otras veces comenzaban a ser obstáculo sincero y causa de dudas contra la fe. Cuando, a propósito de la administración vaticana, se comentaba por las cancillerías europeas que «el papado es la vergüenza de Europa»,<sup>12</sup> parece claro que la obligación del papa no era encumbrar su poder, sino corregir esa vergüenza.<sup>13</sup>*

<sup>12</sup> Citado por D. ROPS, *La Iglesia de las Revoluciones I*, p. 426.

<sup>13</sup> A todo lo dicho en el texto hay que añadir el hecho de que muchas de estas críticas procedían de gentes que poseían una innegable ejemplaridad ética, porque encarnaban muchos de los valores éticos de racionalidad, humanidad, etc., a los que más sensibles eran los hombres de la Ilustración. Un ejemplo de lo que decimos podría ser el fabulista de nuestra infancia, Tomás de Iriarte, cuyas fábulas y moralejas alimentaron el sentido ético de varias generaciones burguesas. Lo que entonces no se decía es que Iriarte tiene una fábula menos conocida que la de los galgos y los podencos o la mona vestida de seda, la cual lleva por título *La barca de Simón*, y cuyo texto habla por sí solo:

*Tuvo Simón una barca / no más que de pescador  
y no más que como barca / a sus hijos la dejó.  
Mas ellos tanto pescaron / e hicieron tanto doblón  
que ya tuvieron a menos / no mandar buque mayor.  
La barca pasó a jabeque, / luego a fragata pasó;  
de aquí a navío de guerra, / y asustó con su cañón.  
Mas ya roto y viejo el casco / de tormentas que sufrió,  
se va pudriendo en el puerto / ¡lo que va de ayer a hoy!  
Mil veces lo han carenado, / y al cabo será mejor  
desecharle, y contentarnos / con la barca de Simón.*

Este poema le costó a Iriarte problemas con la Inquisición, aunque al fin no fue adelante el proceso. En su *Historia de los heterodoxos españoles* (libro VI, cap. III), Menéndez Pelayo lo considera «la poesía heterodoxa más antigua que yo conozco en lengua castellana».



Quizás el más famoso de los episodios a que antes hemos aludido es el de la obra de Rosmini *Las cinco llagas de la Iglesia*. Un libro escrito en 1832 y que su autor no se atrevió a publicar hasta los comienzos del pontificado de Pío IX, que parecían augurar unos aires más liberales. Un libro que hoy no deja ninguna sensación de ser desafortadamente «progresista», sino más bien demasiado teocrático, aunque se adivina en él a un hombre apasionado simplemente por la libertad de la Iglesia. Y un libro que acabó también por ser puesto en el Índice de los libros prohibidos. Rosmini, ante ello, escribió en su diario: «Me fue ocultado enteramente todo este trabajo [de investigación contra él]. Y no se me dio a conocer motivo alguno de tal prohibición. Yo mandé mi plena sumisión. Sit nomen Domini benedictum».

Y las cinco llagas de la Iglesia, a las que Rosmini alude, eran en su opinión éstas:

a/ la división entre pueblo y clero en el culto público (con alusión a todo el problema del latín en la liturgia);

b/ la insuficiente educación del clero (con alusión al escolasticismo de la teología a comienzos del s. XIX, en contraste con el conocimiento de los Santos Padres que el autor demuestra tener);

c/ la desunión de los obispos;

d/ el nombramiento de obispos por poderes civiles, que repercute mucho en el punto anterior. Una práctica brutal tanto de la Francia napoleónica como de la Austria josefinista, y que se defendió trabajando lo indecible por conseguir la condena del libro. El embajador de Austria ante el Estado Vaticano escribía en una de sus cartas que Rosmini era «nuestro más formidable enemigo»;

e/ la esclavitud de los bienes eclesiásticos. Punto este sobre el que damos a continuación una cita de lo que Rosmini escribe:

31 «La Iglesia primitiva era pobre, pero libre. La persecución no le robaba la libertad, ni la ponía en peligro el

despojo violento de sus bienes. No tenía ni vasallaje ni protección; menos aún tenía tutela o abogados defensores. Bajo estas denominaciones traidoras se introdujo la esclavitud de los bienes eclesiásticos. Pues desde entonces le resultó imposible a la Iglesia mantener sus antiguos principios morales relativos a la adquisición, al gobierno y al uso de los bienes materiales. Y la Iglesia fue llevada a un peligro extremo por el olvido de esos principios morales, que son los que privaban a los bienes terrenos de su poder lisonjero o corruptor.» (n.º 133, p. 320, de la reedición a cargo de Clemente Riva, en ed. Morcelliana, Brescia 1967)

\* \* \*

Esta falta de opinión pública no significaba, sin embargo, que en la Iglesia no existiera opinión. Y una opinión que hubiera podido ser de no pequeña ayuda en los difíciles avatares que la Iglesia hubo de afrontar a lo largo del s. XIX. La posterior solución al problema de los estados pontificios —que más tarde ha sido cantada por algunos papas como una bendición del Señor para la Iglesia— era sugerida ya entonces a media voz por no pocas personas, si bien trataba de ser acallada inmediatamente por Pío IX. Cuando J. I. Döllinger (todavía en el seno de la Iglesia) declaró que en la cuestión de los dominios temporales del papa no había nada ni de «dogmático» ni, quizá, de «históricamente necesario», fue tachado de «Judas» por el obispo de Luxemburgo. La consecuencia de esta situación es que la opinión crítica se expresaba sólo a niveles privados, como lo muestra entre otros ejemplos la siguiente carta, dirigida a Montalembert en marzo de 1859, por el P. Meignan, que más tarde llegaría a ser arzobispo de Tours y cardenal:

32 «Yo creo que las actuales condiciones tienen graves inconvenientes para la religión. Se dice que aseguran la independencia espiritual del Papa. No quiero negarlo absolutamente. Sin embargo, hallo aún dependiente al Papa;

e imagino que tal vez Dios le aseguraría una independencia mejor que la de un sacerdote que está siempre rodeado de bayonetas extranjeras, siempre obligado a defenderse contra poblaciones que le obedecen de mala gana. Cuando estuve en Roma en 1846, Gregorio XVI bendecía y fusilaba sucesivamente a sus súbditos. Pío IX los encarcela. Todo esto es necesario para mantener al Papa en Roma. Y son duras estas necesidades: hago votos para que la Providencia ponga fin a un escándalo que, si dura mucho, arruinará al catolicismo en Europa y en otras partes.»

(citado en D. ROPS, *La Iglesia de las revoluciones*, I, p. 434)

*Otros más (bastantes más) pensaban así, como p. ej. el abad de Montecasino Don Pappalettere. Pero no existían posibilidades de manifestación de esos modos de pensar: la política asustadiza de los papas creía más eficaz un cierre total de filas entre los católicos, como medida defensiva contra el ataque del mundo. Y la consecuencia de esta situación eran las manifestaciones «patológicas» de esa opinión demasiado reprimida. Folletos anónimos (uno de ellos obra del exjesuita Passaglia, que en 1854 había sido nada menos que miembro de la Comisión que preparara la Bula de la Inmaculada Concepción), o detalles pintorescos como el hecho de que, entre los conjurados que en 1853 preparaban en Roma el asesinato del Papa se encontrase un sacerdote, son algunos de los ejemplos de esas manifestaciones «patológicas» de la opinión.*

\* \* \*

*En el segundo cuarto del s. XX comenzó a cambiar este estado de cosas. Se hacía cada vez más desazonante lo que Y. Congar describiría como «el sentimiento que desde hace mucho tiempo se halla enquistado en nosotros», y al que definía como un sentimiento de «inadecuación entre lo que se espera de la Iglesia (a saber, el Evangelio) y lo que se encuentra concretamente cuando uno*

*se dirige a esa misma Iglesia». Un sentimiento que fue dando origen a todo un movimiento renovador y reformista que —también según Congar— «procede mucho más de la pureza de la Iglesia que no de su impureza». No es exagerado afirmar que a este movimiento de opinión que —entre mucho dolor— fue abriéndose paso en la Iglesia, se le debe el momento del Vaticano II, que ha sido una de las horas de la historia en que los hombres han mirado a la Iglesia como más cercana y más parecida al Evangelio. De este largo movimiento entre-sacamos sólo unos pocos ejemplos cronológicamente ordenados.*

*El primero fue publicado en 1946 y procede de la pluma de una mujer. El escrito («Carta sobre la Iglesia») se presenta como respuesta al comentario de un no-creyente que alababa nostálgico a la Iglesia por muchas de las cosas que los no-creyentes inseguros esperan a veces de ella: una sensación de orden y de seguridad, una liturgia solemne y estética que cumple una función social de evasión, sin entrar en conflicto con la vida... La autora responde que se cree en la Iglesia porque posee la verdad que da sentido a nuestras vidas, pero no por esos halagos esteticistas o tranquilizadores. Y compensa las alabanzas del incrédulo con algunas críticas:*

**33** «El que está fuera, difícilmente se hace idea de cómo los de la casa padecen hambre en medio de almacenes repletos, de cómo vegetan en cámaras de tesoros... ¿Cree usted que nuestros predicadores aprovechan su única posibilidad verdadera: la de dar algo de pan para vivir a todo ese público bien dispuesto, a todos esos cristianos pobres y apaleados, hambrientos de escuchar algo real e inmediato que afecte a sus necesidades y a sus problemas? Se quedaría Vd. aterrado si pudiera comprobar el charlataneo ajeno a la vida, tan carente de rigor como de peso, que se nos ofrece con frecuencia... Y pregunte Vd. a empleados o maestros que han trabajado en establecimientos religiosos lo que han experimentado allí de compromiso social, o simplemente de justicia en los ne-

gocios... ¡Como si la vida «espiritual» y la vida «práctica» fuesen dos esferas distantes como el cielo de la tierra y de las que ninguna se refleja en la otra! ...¿Por qué encontramos tanta vigilancia y tanto celo por la defensa de las posiciones eclesiásticas de poder, y tan poco por el crecimiento del reino de Dios en las almas? ¿Por qué tanta desconfianza y tantos celos frente a la autonomía y la iniciativa de los laicos, a pesar de todos los discursos sobre la acción católica y el apostolado laical?... Y la larga coalición de la Iglesia con los 'conservadores' es decir, con los verdaderos mantenedores y responsables de los estados, no es un 'rasgo esencial', pero es un hecho histórico... que ha producido esa vinculación con círculos 'reaccionarios' tantas veces imputada a la religión...»

«Toda nuestra crítica no es más que la queja y la ira del amor. Un amor que no quiere ser enamoramiento adolescente y ciego, que no teme las distancias frente al ideal, que quiere ser sereno, vidente, lúcido y que puede permitirse el mirarlo todo con agudeza, sin engaños, sin escapatorias y sin excusas, precisamente *porque* es un amor que lo espera todo, lo cree todo, lo tolera todo y lo supera todo... ¿Acaso no sería más fácil esa forma de 'no conceder nada' y de 'justificarlo todo', que a muchos les parece ser la esencia de la fidelidad a la Iglesia, aunque no es más que una conducta muy cuestionable y muy semejante a esa 'vanidad colectiva' y autojustificación que se puede sentir ante la propia raza o la propia nación, y que son una pura autocomplacencia del yo en lo propio y que por eso mismo aparecen como ejemplares e intachables a todos los aliados de la misma cuerda?...»

(IDA GÖRRES, *Brief über die Kirche*; en *Frankfurter Hefte* 1 [1946], pp. 719.720.721.726.727.730)

\* \* \*

*Casi contemporáneo de esa voz de una mujer, otro laico, Giovanni Papini, puso su pluma críticamente al servicio de la Iglesia. Sus Cartas del papa Celestino VI a los hombres aparecieron también en 1946 y tuvieron una difusión impresionante. Rechazadas de momento, contribuyó mucho a su aceptación la reseña positiva que les dedicó La Civiltà Cattolica (diciembre 1946, pp. 369-376). En esa reseña se citan unas palabras de Papini según las cuales las cartas han brotado directamente del dolor y la desesperación (acababa de concluir la segunda guerra mundial), junto a la fe y la esperanza en que el mensaje de Cristo puede salvar a los hombres de su torbellino actual. La figura de Celestino VI está hecha para Papini de ese contraste «de vivísimo dolor y amor inagotable, de desesperación y esperanza (p. 370). Y el libro va introducido por dos expresivos textos evangélicos: «los últimos serán los primeros» (Mt 20, 16) y «si callan éstos, hablarán las piedras» (Lc 19, 40). Ambos parecen una alusión a la condición de laico del autor, en aquella iglesia de Pio XII.*

*Para nuestro objetivo son importantes las cuatro primeras cartas, dirigidas al pueblo, a los sacerdotes, a los frailes y a los teólogos. Tomamos el texto de la traducción castellana que apareció en la Editorial Aguilar en 1947.*

*Como hemos dicho, la primera carta se dirige a todo el pueblo de Dios, única Iglesia verdadera: «Al pueblo que se llama cristiano», la titula Papini:*

34 «Nos apresuramos demasiado a creer, por ignorancia y por pereza, que basta con oír misa, cumplir los ritos sagrados, hacer de cuando en cuando un simulacro de penitencia, poner unos céntimos en la mano extendida del pobre y respetar, por miedo a la cárcel o al infierno, tres o cuatro mandamientos...»

[La iglesia romana] «por defenderse contra las autoridades seculares, por protegerlas contra la insolencia de los herejes, por mantener la disciplina de los súbditos, por sostener su soberanía casi cesárea, ha disminuido su impulso, ha querido conjugar su misión —toda espiri-

tual— y la política, y esto la ha llevado a menudo a dar la impresión de haber quedado reducida a un gobierno de comunidades y ministerios, a la simple administración de los sacramentos, a la diligente manutención de un monumento oficinesco poblado de escribanos. La Iglesia se ha transformado, un poco por culpa de sus asaltantes y otro poco por culpa de sus defensores, en una fortaleza doctrinal, disciplinaria y litúrgica... Dios quiso que fuese una hoguera en la cima de un monte, y nosotros hemos distribuido esa llama divina en innumerables lucillas que humean y chisporrotean en el fondo de las naves solemnes y vetustas de donde están ausentes los más...»

«Con excesiva frecuencia, los Pontífices, en vez de Vicarios de Dios, eterno espirante e inspirador, han sido simples continuadores de aquel Pedro demasiado humano que quería erigir los pabellones en el monte de la Transfiguración; no del Pedro impetuoso y generoso que fue el primero en reconocer en el Profeta sin casa al Hijo de Dios, sino del Pedro que necesitó la mirada del prisionero y el canto del gallo para encontrarse a sí mismo, de aquel Pedro que no supo velar la última noche en el huerto de los Olivos y alzó la inútil espada contra un actor secundario del drama de la Redención...» (pp. 32. 35.38).

*La segunda carta está dirigida a los sacerdotes. En realidad, y como vamos a ver a continuación, Papini será más duro con los frailes. Pero hay algo que le merece palabras muy duras: la mediocridad en aquellos a quienes debería quemar lo que llevan entre manos:*

35 «Cristo os llamó la sal de la tierra. ¿Por qué, pues, la tierra es aún tan desabrida, tan estúpida, desabrida hasta la insipidez, estúpida hasta la locura? Si las desgracias actuales de los hombres son debidas al abandono del cristianismo, al no cristianismo de los cristianos, a la no con-

versión de los cristianos, ¿quién sino vosotros deberá asumir la mayor parte de culpa? Y no puedo menos que preguntaros: ¿creéis verdaderamente en Dios? ¿Conocéis de veras a Cristo? ...Demasiados de entre vosotros parecen simples empleados de la Iglesia —ujieres, bedeles, escribanos y contables—, en vez de apóstoles insomnes, impacientes, imperiosos. Demasiados de entre vosotros son adormilados y mecánicos administradores de sacramentos, en vez de testimonios, confesores, modelos irradiantes de la verdad que brotó de los labios del Redentor. Deberíais ser árboles vivos en el viento de las alturas, refugios de los pájaros del aire, generosos de hojas, de flores, de frutos y de sombra, y en cambio no sois, las más de las veces, sino palos descortezados y cepillados, bien barnizados en ocasiones, pero que ya no ahondan sus raíces en el mantillo de la Humanidad, que ya no dan yemas ni racimos: palos bajos, palos muertos que sirven, todo lo más, para construir empalizadas y barreras, para sostener carteles con prohibiciones y reglamentos...» (44.46).

«No me duelo de vuestra corrupción, sino de vuestra mediocridad. Vuestra vida, hoy, es bastante más dura que en siglos anteriores. Ya no se podría escribir de vosotros, como hizo san Pedro Damiano, un *Liber Gomorrhianus*. Han desaparecido de entre vosotros, casi por completo, los usureros, los amancebados, los sodomitas, los simoníacos, los heresiarcas... Es más, recuerdo haber encontrado en mi largo camino sacerdotes jóvenes en quienes la voluntad de servir a Cristo se transparentaba en amorosa palidez, cual llama viva tras el alabastro de una lámpara. Recuerdo haber conocido viejos sacerdotes, más venerables por la luz de su caridad que por la albura de sus canas, que se consumían en Dios como el cirio anónimo del pobre ante el Altísimo. Pero he visto también sacerdotes más apasionados por bancas y cacerías que por su ministerio, más deseosos de buena mesa que de

buena fama, más preocupados por el politiquero o el manejo de los bienes materiales que por cuidar su rebaño, más expertos en platicar que en edificar. Muchos, más que sacerdotes de Cristo, parecían administradores bien alimentados, señorones rústicos, procuradores concienzudos de negocios mundanos, cautelosos burgueses caídos por azar en el ramo de los asuntos espirituales.»

«Pero están también entre vosotros los doctores, los doctos, los doctísimos, los archidoctísimos, esos que saben escribir el soneto para el obispo, la plática para la primera comunión, el manualito para ejercicios espirituales, la monografía sobre los fastos de la diócesis, el tratado científico rebosante de sanos principios, henchido de doctrina sólida. Algunos de vosotros saben escribir predicaciones más floridas que jardines de presbiterio; homilias más ricas en unción que una almazara, sermones más asiduamente armoniosos que un armonio. Dispensáis desde el púlpito, a veces, oraciones tan sabias en persuasivos conceptos que vuestros mismos oídos escuchan a vuestros labios con deleite inefable, pero visible. Pero vuestras palabras raramente brotan del corazón para ir, como saetas, a clavarse rectas en los corazones, trastornándolos. Apestan a candil más que oler a sol. Y hoy, para retorcer y prensar las almas, se necesita franqueza de caridad y sencillez, antes que taraceas y aparatos de elocuencia mendigada» (48.49).

«No pensáis que quizá vuestra frigidez aleja a los espíritus ardientes, que vuestra pobreza de corazón rechaza a los ánimos generosos, que vuestra acompasada mediocridad repugna a las almas sedientas de lo sublime, que la angostez de vuestra mente demasiado cautelosa desalienta a los ánimos libres?... Descuidad por algún tiempo las innumerables devociones que las multitudes aún semipaganas prefieren y que vosotros toleráis con demasiada condescendencia; es más, que vosotros mismos estimuláis y cultiváis. Nadie venera más que yo a la Vir-

gen Madre, a la regia sierva del Rey de Reyes, la cual está por encima de todas las mujeres. Pero no hagáis que pueda parecer a los profanos malignos que el catolicismo, aun cuando no sea más que en la devoción más ordinaria del pueblo, es un culto a la Virgen más que a la Trinidad. Poco recordáis al Padre, y menos aún al Espíritu Santo. Si no estuviesen el *Pater* y el *Credo*, os acordaríais bastante menos del Creador del cielo y de la tierra, del Consolador que bautizó con el fuego a los apóstoles, que de María y los santos...» (51.52).

*La tercera carta, «a los monjes y frailes», es quizá la que merece más atención, porque puede decirse que en algunas de sus críticas profetizó Papini muchos de los rasgos que han caracterizado a la vida religiosa luego del Vaticano II:*

36 «Los frailes, que hubiesen debido ir entre las gentes a combatir la herejía y a llevar el ejemplo viviente y parlante del Evangelio, se han encerrado en sus residencias, donde, a pesar del voto de pobreza, no carecen de las más comunes comodidades de la vida, y no salen más que para celebrar alguna misa, para pronunciar algún sermón, para ayudar a algún párroco, para dar alguna lección 'conforme a los programas vigentes' en algún colegio automatizado y equiparado... Se han convertido en aves que ya no vuelan, sino que se contentan con escarbar entre cartapacios, revolver entre librotos, cacarear en el coro y picotear en el refectorio... No os mezcláis bastante en la mezcla de la vida. No buscáis bastante la compañía de los hombres, incluso de los disolutos, de los que viven de mala manera. No os cuidáis bastante de acudir en auxilio de las almas en peligro, de presentaros incluso donde no os llaman, de participar con vuestro tormento en las torturas de los hermanos. Estáis demasiado separados en vuestros conventos, demasiado retirados en vuestros santuarios, demasiado abrigados en vuestras celdas... Cier-

tas órdenes ya no son sino máquinas adaptadas únicamente a la fabricación interna de frailes de la misma Orden...» (58.59).

«Dejad alguna vez, en nombre de Dios y del hombre, los documentos doctos y los paseos apacibles; arremangaos los hábitos, empuñad la cruz —que tiene forma de espada— y bajad a la palestra a ayudar a los hombres de buena voluntad que trabajan porque se instaure en la tierra, después de tanta desolación, el reino de los cielos... Quien vive en la oración y el renunciamiento para conseguir la propia salvación, no es aún un santo. Es el más puro de los egoístas, pero es también siempre, a los ojos de los abandonados, uno que piensa solamente en su propia alma, en su propia salvación. Hoy el mundo entero está cubierto de montes de ceniza, es un inmenso hospital, un enorme manicomio. Vosotros no podéis permanecer tranquilos en vuestras basílicas, en vuestras aulas escolásticas, en vuestras residencias. Dios os llama a veces, con toda la potencia resonante de su amor infinito, para que salvéis a su pueblo» (64).

«En esta hora de inminente barbarie, no hay nada superior a la caridad... Ha llegado el día de la prueba suprema para vosotros y para todos. O los hombres se deciden a practicar leal y cotidianamente el cristianismo —aun cuando sólo sea en sus preceptos más elementales— o se condena a la más horrenda agonía, a las torturas de un infierno terrestre al que sólo pondrán fin la destrucción y el suicidio universales. A vosotros... corresponde un papel principal en esta gigantesca obra de conversión... Será un gran día para la Humanidad el día en que salgáis de los claustros para emprender la marcha por todos los senderos del mundo... Quizá el Espíritu Santo, como ya hizo en otras épocas, haga surgir a un predestinado que funde una Orden nueva, una Orden más conforme a las necesidades del momento, la Orden que no encerrará a los suyos en la sombra de los con-

ventos, sino que hará que sean pueblo entre el pueblo...» (65.66).

*Y finalmente, también la carta a los teólogos denunciaba unas incomodidades que luego confirmaría la evolución posterior de la teología:*

**37** «¿Por qué la divina Teología es hoy tan poco popular entre los hombres? ¿Por qué la ciencia suprema, la ciencia de Dios, es ignorada hoy incluso por los no ignorantes? ¿Por qué la vemos quedar relegada, sobre todo en nuestra Iglesia, a las clases de los seminarios y a los estudios de los monasterios? ¿Por qué parecen fabulosos los tiempos en que los panaderos y los mercaderes, los espíritus cultivados y los caballeros, se apasionaban, en mercados y salones, por los problemas de la Encarnación y de la Gracia?... ¿No se presenta jamás a vuestro ánimo la duda de si tan funesta falta de interés no será, en su mayor parte, culpa vuestra?...»

«La verdad, dolorosa verdad, es que la vida ardiente y creadora del pensamiento se ha retirado de vosotros... Solamente las grandes herejías han logrado, y aun sólo por poco tiempo, encender los ánimos y agitar las mentes. Luego, la iniciativa ha pasado a vuestros enemigos los filósofos, y no hay hoy, puede decirse, un laico de los que están al día, bien pertrechados de conocimientos, que se ocupe de vosotros y se apasione por vuestras obras y opiniones... Pisoteáis, desde hace siglos, el camino real de la Tradición, y lo habéis puesto tan incómodo y oscuro que los caminantes más intrépidos prefieren encaramarse por los senderos rocosos de las montañas o perderse entre las malezas de la selva... Vosotros la habéis depositado y la habéis dejado descomponer en el féretro tenebroso de la repetición. Desde hace siglos, los teólogos sois sólo compiladores de sinopsis, manipuladores de manuales, registradores de lugares comunes, tediosos comentaristas, glosadores, exhumadores, apostilladores y

remasticadores de antiguos textos venerandos. Probos, diligentes, sapientes, repetidores pero nada más que repetidores. ¿No habéis pensado nunca que los manjares recalentados acaban por ser aborrecidos hasta por los menos golosos, que los alimentos cocinados y recocinados en las viejas ollas y con las mismas salsas terminan, a la larga, por hastiar a los paladares más pacientes?...» (69.70.71).

«No es verdad que todo esté dicho y que sólo nos quede ser portavoces de los muertos. Cada siglo inicia de nuevo el camino del espíritu... Salid alguna vez al aire libre, escuchad las voces que se alzan de las almas que padecen hambre de certeza, no creáis rebajaros por aprender algo incluso de los no teólogos. He nombrado antes a los poetas: seréis grandes teólogos si no desdenáis algunas virtudes poéticas... San Agustín, teólogo, fue poeta, como Dante, poeta, fue teólogo. Pero vosotros os horrorizáis ante la audacia, la belleza, la música del pensamiento... teorizáis sobre el alma humana y no advertís que, junto a vosotros, hay almas que anhelan y se estremecen, almas que quizá esperan una sola palabra vuestra para precederos en la escala que conduce a lo eterno. Dios es un tema tal que me parece señal de soberbia, por parte vuestra, el no buscar y aceptar toda colaboración humana, incluso la de esos niños divinos que son los poetas, esos niños que Dios llamaba a sí, imagen de los poetas, que son, sí, inferiores a los santos, pero indeciblemente superiores a los filósofos... Mis predecesores os aconsejaron la prudencia, porque los más de entre vosotros eran, en tiempos, audaces en demasía. Hoy que estáis agonizando en el muerto mar de la indiferencia y la monotonía, os exhorto a la audacia...» (73-76).

\* \* \*

*Como ya comentaremos en la última parte de esta antología, salta fácilmente a la vista que, en los escritos*

*modernos de crítica a la Iglesia, se insiste normalmente no sobre pecados personales, sino sobre pecados del sistema; no se denuncian conductas particulares, sino procedimientos y, por consiguiente, se lleva a cabo una crítica institucional más que personal. Así aparece, por ejemplo, en este importante pasaje de Yves Congar:*

38 «Cierta reclutamiento del personal de la administración central llega en realidad no a reforzar el poder papal, sino sencillamente a aislarlo. Si, en efecto, se escogiera siempre este personal entre hombres de un determinado tipo de cierta tendencia (por ejemplo: dentro de una línea generalmente conservadora y tuciorista, sin ver en la tradición y en la fidelidad a ella más que el aspecto estático; entre los hombres que, planteando la menor cantidad de problemas, reservan las menores sorpresas y no corren riesgo de ninguna aventura), es evidente que se llegaría a interponer, entre el núcleo central y la periferia, un órgano aislante: algo así como un 'partido'. Tal organismo respondería sin duda a algunas de las exigencias que se refieren a la seguridad y a la moderación; pero dejaría sin respuesta otras exigencias igualmente sagradas, que pertenecen a un cuerpo en conquista continua, que trata de adaptarse y progresar. Varios de los pensamientos o aspiraciones que bullen en la Iglesia y, sobre todo, en sus elementos más dinámicos, jamás podrían ser escuchados en realidad. El problema es lo bastante serio como para que me haya parecido lícito el plantearlo con todo respeto, aunque con toda franqueza, porque me sentía obligado a ello.»

*(Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia, Madrid, 1953, pp. 222-223)*

*Esta denuncia de procedimientos institucionales, más que de comportamientos personales, es lo que se refleja también en el texto siguiente de K. Rahner que, más que una crítica, es una queja personal, vinculada a una serie*

*de experiencias vividas por su autor. Pero, precisamente por eso, es una queja que sólo se eleva muchos años después, cuando ya no puede servir a la reivindicación personal, sino sólo a la reforma del rostro de la Iglesia. Por eso la incluimos en esta antología, porque, a pesar de haber sido publicada en 1975, alude a hechos anteriores al Vaticano II. Se publicó en la revista Orientierung con el expresivo título de «Erlebtes» («Lo que yo he vivido») y como apoyo dado por su autor a una serie de propuestas de reforma hechas por la revista:*

39 «En el tiempo anterior al Concilio recibí de Roma, a través de mi P. General, una prohibición de hablar, provocada por un obispo alemán ya difunto. También a través de mi P. General recibí de Roma la prohibición de escribir nada sobre la concelebración. Igualmente a través del P. General me impuso Roma la obligación de someter a una censura romana todo cuanto escribiera. Luego del Concilio, todo esto pertenece al pasado y, en sí mismo, carece de interés. Pero todas estas medidas procedían del Santo Oficio, y todas tuvo que mandármelas el P. General de mi Orden. Ni uno ni otro me dieron justificación escrita alguna para esas medidas, ni siquiera juicios anónimos. En una conversación privada, me dijo el P. General de entonces, a pesar de su ortodoxia y de su angustiosa lealtad frente al Santo Oficio: 'ya ve Vd., Padre, yo no sé nunca cuándo ni contra quién ni cómo va a caer un rayo desde allí'.»

«Y aunque el propio cardenal Ottaviani, durante el Concilio, me confesó una vez que la censura antedicha procedía del Santo Oficio, nunca se me ha comunicado ni por escrito ni de forma expresa la retirada de esa medida. Tales detalles de cortesía frente a un pobre fraile no eran, por lo visto, usuales en la Roma de entonces.»

«Y aunque desde entonces se han mejorado muchas cosas, me parece que todavía no marcha todo bien. A los Generales de las órdenes religiosas se les sigue obligando con demasiada frecuencia a ser simples carteros de los

organismos romanos y a actuar como si tales medidas procedieran de ellos mismos. Y me parece que dichos Generales, a pesar de su obligación de obedecer, también tiene, en según qué casos, el derecho a decir que su conciencia les impide hacer suyas determinadas medidas, y a pedir al superior romano que dé la cara y sea él quien se ponga en contacto con la persona afectada...» (Orientierung, 15.I.1975, p. 4)

\* \* \*

*Hemos dicho que Rahner no hizo nunca de la crítica en la Iglesia una cuestión de reivindicaciones personales. En una entrevista concedida a Vida Nueva, al cumplir sus 80 años, le preguntaron de qué cosas se arrepentía en su ya casi completa trayectoria. Rahner deseaba, en segundo lugar, que hubiese habido en su vida «más valentía respecto a los que tienen autoridad en la Iglesia» (Vida Nueva, 24-marzo-1984, p. 29). Por eso, y porque esta antología se redacta precisamente en el año de la muerte del gran teólogo, presentamos un segundo ejemplo, unas palabras de la época del Concilio que pueden parecer duras, pero cuyo contexto (que aquí ya no podemos citar) enmarca la intención con que están dichas: corregir el daño que hace a la credibilidad de la Iglesia (no sólo sus defectos, sino) la falta de reconocimiento de estos defectos por los hombres de Iglesia. Rahner reconoce que muchos hombres sienten hoy así:*

40 «Ahí está la Iglesia que se declara como necesaria para la salvación, que se presenta como en nombre del Dios santo, que afirma estar en posesión de toda verdad y gracia, que quiere ser el arca única de salvación en el diluvio del pecado y de la corrupción, que se cree en el deber de convertir y de salvar a todos. Y precisamente la misma Iglesia que se alza con semejantes pretensiones —dicen muchos— miradla cómo parece medir con dos medidas: a los pobres llenos de plagas les proclama el Sermón del Monte con sus 'imposibles' exigencias, pero sus represen-



*tantes oficiales han acomodado para sí dichas exigencias a muy bajo precio. ¿No parecen vivir todos ellos tan gratamente? ¿No son muy frecuentemente avaros, engraídos, presuntuosos? ¿No se repiten los escándalos hasta en las filas de sus órdenes religiosas, cuya tarea consiste en aspirar a la santidad y a la perfección? Los malos papas ¿son sólo un vocablo o son además un hecho histórico? ¿No ha hecho uso de pecado de sus cosas más santas: del confesionario y de los sacramentos en general? ¿No ha desviado el papado sus aspiraciones hacia evidentes fines políticos?»*

*(Escritos de teología, VI, 296-97. Subrayado nuestro)*

*Por último, vamos a concluir este ramillete de ejemplos con un texto solemne y muy famoso, que procede también de la pluma de K. Rahner y que desarrolla más ese elemento característico de la moderna crítica a la Iglesia: la crítica como defensa precisamente de la credibilidad de la Iglesia, una credibilidad que la misma Iglesia ha puesto en juego ante el mundo con sus modos de proceder menos evangélicos. Está tomado de una conferencia pronunciada por vez primera en Barcelona, en 1962, sobre la posibilidad de la fe hoy. La Iglesia constituye precisamente la última de las tres grandes dificultades que, para el autor, obstaculizan el acceso a la fe de los hombres del siglo XX:*

41 «Pero además de la tremenda amargura de la existencia y de la multiplicidad de las concepciones del mundo, queda todavía un último impedimento y peligro para la fe; me refiero a la misma comunidad de creyentes: a la Iglesia.»

«Es cierto que, para la mirada sin prejuicios del historiador, también ella puede aparecer como la Iglesia santa, la señal que —levantada sobre las naciones— da un testimonio de su ser divino por su inagotable fecundidad en todos los sentidos. Pero también es la pecadora Iglesia de los pecadores. Es Iglesia pecadora porque nosotros,

miembros de ella, somos pecadores. Y esta pecaminosidad de la Iglesia no alude solamente a la suma de las insuficiencias que podríamos llamar 'privadas' de todos sus miembros, incluidos los portadores de los más altos y santos ministerios. La pecaminosidad e insuficiencia de los miembros de la Iglesia opera también en toda esa acción y omisión que, en el ámbito de la experiencia humana, ha de ser designada como acción y omisión *de la Iglesia misma*. La pecaminosidad humana y sus insuficiencias (la miopía, el quedarse rezagada con respecto a las exigencias de cada hora, la falta de comprensión de las necesidades de los tiempos y de sus tareas y sus gérmenes de futuro), todas esas particularidades tan humanas son también particularidades de los portadores del ministerio y de todos los miembros de la Iglesia, y Dios permite que repercutan en lo que la Iglesia es y hace. Si se pretendiera negar esto, o si se intentara paliarlo o minimizarlo, o si se opinase que este lastre es lastre sólo de la Iglesia de tiempos pasados que hoy le ha sido retirado, todo ello no sería más que obcecación insensata y orgullo clerical, egoísmo de grupo y una forma de culto a la persona propia de los sistemas totalitarios; cosas todas estas que no convienen a la Iglesia en cuanto comunidad del Jesús manso y humilde.»

«No. La Iglesia es la Iglesia de los pecadores, es la Iglesia que con frecuencia carece del coraje suficiente para afrontar el futuro como futuro de Dios, igual que ha experimentado el pasado como también de Dios. Es la Iglesia que con frecuencia glorifica su propio pasado y mira con ojos torcidos al presente, condenándolo con demasiada facilidad cuando no ha sido hecho por ella misma. Ella es con frecuencia la que, en cuestiones de ciencia, no sólo avanza con lentitud y circunspección, con sumo cuidado por la pureza y la integridad de la fe, sino que espera demasiado, y ha dicho con demasiada rapidez que no, a lo largo del s. XIX y del s. XX, cuando hubiese

podido decir ya antes un sí, aunque desde luego matizado y distintivo. Ella ha estado con mucha frecuencia de parte de los poderosos y se ha hecho demasiado poco abogada de los pobres; ha producido sus críticas contra los poderosos de este mundo demasiado suavemente, de tal modo que más bien parecía que quisiera procurarse un 'alibi', sin entrar de veras en conflicto con los grandes de esta tierra. Muchas veces se mantiene más con el aparato de su burocracia que con el entusiasmo de su espíritu, y otras ama más la calma que el temporal, lo acreditado ya desde antiguo que lo audazmente nuevo. En la persona de sus ministros ha cometido frecuentes injusticias contra santos, contra pensadores, contra los que preguntan dolorosamente, contra sus teólogos que sólo querían servirla incondicionalmente. No pocas veces ha reprimido la opinión pública en la Iglesia, aun cuando, según Pío XII, ésta es indispensable para el bien de la Iglesia misma. Ha confundido reiteradamente la ilustración de una buena tradición de escuela con la árida mediocridad de una teología y una filosofía de medias tintas.»

«Y frente a los que están fuera, frente a los protestantes y los ortodoxos, se ha mostrado mucho más a menudo en el papel de un juez que anatematiza que en el de una madre que ama y que, con humildad y sin sentimientos egóticos, sale al encuentro de su hijo hasta las fronteras mismas de lo posible. Al Espíritu que, en el fondo, es su propio espíritu, más de una vez ha dejado de reconocerlo como tal, cuando sopla —como suele hacerlo— 'donde quiere', por entre las callejuelas de la historia universal y no por las galerías de la Iglesia misma. Frecuentemente, y en contra de su auténtica esencia y de la plenitud de su verdad (aunque sin negarla, desde luego), se ha dejado manipular por herejías y otras tentativas, rebajándose al mismo nivel de unilateralidad que sus adversarios y exponiendo su doctrina como un *no* meramente dialéctico y no como un *sí* de mayor amplitud

al elemento válido que está escondido y que es el 'propiamente pensado' en cada herejía.»

«Y si se mide su historia con medidas humanas, ha despreciado con frecuencia momentos estelares decisivos para su propia tarea, o ha querido percibirlos cuando la ocasión (el *kairós*) había pasado ya. En no pocos casos, creyendo representar el señorío inexorable de la ley divina (lo cual es ciertamente un santo deber), ha hecho el papel de una gobernanta pequeño-burguesa y refunfuña, o se ha valido de un corazón estrecho y de una comprensión demasiado mediocre de la existencia para reglamentar la vida con unas pautas de confesionario dignas de la famosa Lieschen Müller<sup>14</sup> en la pequeña y bien temperada ciudad del s. XIX. Ha buscado en demasía esa decencia bien ordenada que no permite que llegue culpa alguna hasta ella, y no tanto ese aliento entusiasta y de corazón amante, por una vida esforzada. Son demasiados los espíritus ante los que no ha sido capaz de acreditarse fidedignamente para que tenga derecho a pensar que la culpa y la catástrofe están solamente del otro lado.»

(*Posibilidad de la fe hoy*. En *Escritos de Teología*, volumen V, pp. 24-26. N.B.: Hemos corregido la traducción de Ed. Taurus, que resulta demasiado dura).

\* \* \*

---

<sup>14</sup> Personaje ficticio del mundo alemán con el que se designa paradigmáticamente la mediocridad del pequeño-burgués. Podría ser comparable al «senyor Esteve» de la literatura catalana.

## **2.ª PARTE: LAS RAZONES**

---

**NO ME AVERGÜENZO DEL EVANGELIO. ¡AY DE MI,  
SI NO LO PREDICO!  
(Rom 1, 16; 1 Cor 9, 16)**

**EL ESPIRITU SOPLA DONDE QUIERE... PORQUE DIOS  
ELIGE LO DEBIL PARA CONFUNDIR A LO FUERTE.  
(Jn 3 8; 1 Cor 1, 27)**

## **Sección primera:**

### **ASPECTOS ECLESIALES**

LA PIEDRA CON QUE NOS GOLPEAMOS EL PECHO ES  
LA QUE NO NOS TIRARAN NUESTROS ENEMIGOS.

**G. PAPINI, Cartas del Papa Celestino VI**

*Antes de reflexionar expresamente sobre la fundamentación y las condiciones de la crítica, los santos las vivieron ellos mismos en su propia praxis. Y de esta praxis podemos arrancar nosotros para buscar una reflexión más explícita. Hacia el año 600, San Columbano, el célebre monje irlandés, abad de Luxeuil, perseguido por la reina Brunequilda por razones muy semejantes a las del Bautista, escribe una carta al papa Bonifacio IV sobre algunos problemas de unidad de la Iglesia en asuntos pastorales y dogmáticos. Añadamos, a fuer de imparciales, que no siempre contribuyó san Columbano a facilitar esa unidad, por su insistencia en conservar en Europa algunas costumbres de origen irlandés (aunque entre esas «costumbres» estaba la forma de la confesión privada). Pues bien, el prólogo de esta carta a Bonifacio IV merece citarse aquí, por la actitud que refleja:*

42 «A la primera cabeza de todas las Iglesias de Europa... al más alto, de parte del más bajo... al primero de parte del último... a un poderoso (¡cosa extraña!) de parte de un pobrecillo.»

«¿Quién me escuchará? ¿Quién no preguntará en seguida a ver quién es este charlatán presuntuoso que se atreve a escribir todo esto sin que nadie se lo pida? ¿Quién no me dirá lo que dijo a Moisés aquel hebreo que maltrataba a su hermano: 'y a ti ¿quién te ha nombrado juez sobre mí?' (Ex 2, 14)?»

«Pero yo responderé que no hay intemperancia allí donde existe la *necesidad de edificar la Iglesia*. Y si mi persona le parece poco, que no atienda al que escribe, sino a lo que escribe. Pues ¿por qué va a callarse un peregrino cristiano lo que ya hace tiempo que va comentando por ahí su vecino arriano? No hay por qué [callarse], dado que son mejores las heridas del amigo que los besos engañosos del enemigo (Prov 27, 6). Y si otros murmuran alegres en secreto, yo hablaré triste y dolorido en público... No son, pues, la vanidad ni la precariedad las que mueven a este pobre hombre para que escriba a varones tan excelsos: es el dolor, más que la

hinchazón, quien me lleva a decirnos que por vuestras contiendas 'el nombre de Dios es blasfemado entre las gentes' (Rom 1, 22).»  
(PL; 80, 274)

\* \* \*

*Al hablar de Catalina de Siena en la 1.ª parte, señalá-  
bamos una razón existencial que la movía a levantar su  
voz, aun en aparente contradicción con sus propósitos  
doctrinales. Esta misma razón se halla formulada de  
manera teórica por san Jerónimo: precisamente porque  
el pecado de la Iglesia (si se da y cuando se dé) procede  
de una mayor responsabilidad, precisamente por eso es  
mucho más grave que cualquier otro y no puede quedar  
sin ser combatido. Así escribe san Jerónimo en su  
comentario a Ezequiel:*

43 «Samaría y Sodoma, es decir, los herejes y los gentiles, cometen con frecuencia pecados más leves que aquellos que se presentan como Jerusalén, es decir, los hombres de Iglesia. Así se dice a los corintios, que sin duda creían en Cristo, pero a los que se reprende por sus malas acciones: '...hay entre vosotros tal impureza como ni entre los gentiles' (1 Cor 5, 1)... Y si bien Sodoma y Samaría son malas, con todo, si se las compara con Jerusalén, no han pecado ni la mitad: 'pues el siervo que conociese la voluntad de su amo y no la hiciera, recibirá muchos azotes' (Lc 12, 47)... ¿Cómo puede dudarse de que, entre tres pecadores, más aún, entre tres criminales: un gentil, otro hereje y otro eclesiástico, merece, con mucho, los castigos más rigurosos aquel cuya dignidad es la más elevada? Mientras que el más pequeño merece misericordia... Y esto mismo dice también san Pedro: 'ha llegado el tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios' (1 Pe 4, 17). Y en el profeta que comentamos, se les dice a los que van armados con hachas: 'comenzad por mis santos' (Ez 1, 6)... Y lo mismo leemos en el evange-

lio: 'en el día del juicio lo pasará mejor el país de Sodomá que aquellos que no recibieron a los apóstoles' (Mt 10, 15).»

(PL 25; 153.155.157)

\* \* \*

*Y esta mayor responsabilidad de la iglesia no es exclusivamente de carácter personal (= porque ha recibido más), sino que es, sobre todo, de carácter «social» o servicial: se da porque la Iglesia está llamada a hacer posible la fe del mundo, porque ella, como «Sacramento» de Cristo y de la Salvación, no existe para sí, sino para las dos cosas que debe poner en contacto: para que la salvación de Dios pueda llegar hasta el pecado humano y para que la promesa del hombre pueda llegar hasta su verdad, que está en la Palabra de Dios. La amenaza o peligro para la fe juega un papel muy importante en este texto de Tomás de Aquino, porque es una responsabilidad de la que nadie en la Iglesia puede sentirse totalmente descargado:*

44 «Parece que nadie debe meterse con su obispo... Porque, comentando aquello de Pablo en Gálatas 2: 'le planté cara en público', la glosa añade: 'como igual a él que era'. Ahora bien, el súbdito no es igual que su Prelado. Luego no debe corregirle.»

«Y además, san Gregorio dice: 'que nadie se meta a corregir la vida de los santos, a menos que se sienta mejor que ellos'. Pero nadie debe sentirse superior a su prelado. Luego no hay que meterse con los prelados.»

«Pero en contra está lo que dice san Agustín: 'tened misericordia de vuestro superior, que cuanto más superior sea, en mayor peligro está puesto'. Ahora bien, la corrección fraterna es una obra de misericordia. Luego hay que corregir a los Prelados...»

«Lo de plantar cara en público delante de todos supera los límites de la corrección fraterna. Y por eso Pa-

blo no habría criticado así a Pedro si, de algún modo, no fuese igual a él en la defensa de la fe... Pero ha de quedar claro que, allí donde amenace un peligro para la fe, los prelados pueden ser corregidos por sus súbditos *también en público*. Y por eso, aunque Pablo era súbdito de Pedro, le criticó públicamente porque había un peligro de escándalo...»

«En cuanto a lo de tenerse por mejor que el prelado, sería una soberbia presuntuosa si uno se tuviera por mejor en todo. Pero tenerse por mejor en algún punto particular no es, sin más, presunción, puesto que en esta vida nadie hay que no tenga algún defecto. Y además hay que tener en cuenta que, si alguien sacude a un prelado con caridad, ello no significa que se sienta superior a él. Simplemente le ayuda porque, cuanto más alto es el lugar en que está, mayor es el peligro en que se encuentra, como decía san Agustín.»

(*Summa Theologica*, 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup>, 33, 4, 2 y 3)

*Este lúcido texto de Tomás no puede, evidentemente, responder a la cuestión de cuándo se da el peligro de escándalo y amenaza para la fe. Quizá cabe añadir que, en una sociedad pluralista, donde la Iglesia ya no coincide con el conjunto de los ciudadanos ni éstos pertenecen a ella por el hecho de haber nacido, esa amenaza y ese escándalo pueden hacerse mucho más frecuentes que en una sociedad de cristiandad. Pero en cualquier caso, esta doctrina de Tomás tiene un considerable influjo en muchos teólogos de la Edad Media, principalmente dentro de su orden dominicana. Así Juan de Torquemada, en una de las obras cumbres de la eclesiología medieval, plantea una serie de cuestiones (71 y 72) sobre la autoridad del romano pontífice. Y dentro de ellas surgen estas dos preguntas: si la corrección fraterna se extiende hasta el mismo papa; y si en algún caso hay que criticar públicamente al papa. Y siguiendo a Tomás, responde afirmativamente en ambos casos (Summa de Ecclesia. Salamanca 1560, pp. 630-631). Asimismo,*

también Juan de París escribe en el capítulo XXII de su tratado sobre la potestad regia y papal:

45 «Allí donde el papa procede mal claramente, como podría ser no respetando los derechos de las iglesias, o dividiendo el rebaño del Señor, o escandalizando a la Iglesia por alguna conducta suya, puede ser juzgado, persuadido y reprendido por cualquiera que, aunque no tenga oficio para ello, tenga el celo de la caridad; pero no imponiéndole castigos, sino exhortándole con respeto. Pues el afecto que se debe a cualquier persona, se le debe más al papa por razón de la mayor responsabilidad (*status*) a que ha sido elevado.»

«Y por tanto, así como el papa por razón del puesto que ocupa no está menos obligado a la caridad, sino al revés —aunque guardando su autoridad, como enseña Agustín—, así también a la inversa: si a cualquier delincuente se le debe una corrección fraterna por celo y obligación de caridad para con él, mucho más ha de prestarse este servicio de caridad al papa, aunque con humildad y reverencia. Por eso, según Gal 2, cuando Pedro fue a Antioquía, Pablo le criticó en público porque era censurable. Y no hay que decir que todo eso es tocar las alturas o poner el grito en el cielo, pues está bien claro que el cielo no está allí donde un papa se porta claramente mal, ni se habla contra él cuando se le corrige, sino más bien en favor suyo.»

«Y tampoco hay que temer que el papa se escandalice por ello, pues no es propio de varones perfectos el escándalo pasivo, sino sólo de los imperfectos. Por tanto, temer que el papa se escandalice es juzgarle como más infantil y menos perfecto que cualquier otro delincuente al que uno se atrevería a reprender. Más bien, los que ofenden al cielo son los que piensan que el Santo Padre es vengativo y que soporta mal a los que juzgan sus hechos como quiera que sea. Y esto no debe pensarse, puesto que

el papa no es pequeño en virtud, sino más perfecto que otros.<sup>1</sup>»

(*Tractatus de potestate regia et papali*. Ed. por DOM LE-CLERQ: *Jean de Paris et l'ecclésiologie du XIII siècle*; Paris 1942, pp. 249-250)

*También deja claro el texto de Tomás que la crítica en la Iglesia nunca puede convertirse en una cuestión de forcejeos personales o de enfrentamientos por el poder. Únicamente puede ser asunto del peligro para el Evangelio, que «quema» en cualesquiera manos esté. Así*

<sup>1</sup> Reproducimos el texto en el original latino, dado que a veces la traducción ha de elegir entre claridad y literalidad:

«Ubi papa manifeste errat ut privando ecclesias iure suo, dispergendo gregem Domini, scandalizando ecclesiam ex quocumque facto suo, potest de facto suo iudicari, persuaderi et reprehendi a quocumque, quod si non ex officio, tamen ex caritatis zelo, non poenam imponendo, sed cum reverentia exhortando quia affectus qui personae debetur non minus ei debetur ratione maioris status ad quem assumptus est. Et ideo, sicut papa ratione status ad quem assumptus est non tenetur minus ad caritatis affectum, sed auctoritate servata, secundum Augustinum, ita e converso, cum alicui delinquenti teneatur quilibet ad correctionem fraternam ex caritatis zelo et debito ipsi facto, papae non minus tenetur quilibet impendere caritatis affectum, licet cum humilitate et reverentia. Unde Gal II cum venisset Petrus Antiochiam in facie restitit ei Paulus quia reprehensibilis erat, nec ideo quis dicitur tangere montem vel ponere os in coelum cum de hoc loquitur, quia ubi papa manifeste offendit non est coelum, nec os ponitur in eum, id est contra eum, quando corrigitur, sed pro eo. Nec debet aliquis timere de papa quod propter hoc scandalizetur, quia scandalum passivum non cadit in viris perfectis, sed in pusillis tantum. Unde timere in hoc scandalum papae est tenere de papa quod sit pusillus et minus perfectus quam quilibet alius quem aliquis audet corrigere delinquentem, et ideo tales secundum veritatem ponunt os in coelum qui talia predicant de sanctissimo patre quod est vindicativus et quod graviter portat omnem hominem facta sua qualiterumque iudicantem, quod certe tenendum non est, cum non sit pusillus, sed perfectus et aliis perfectior.»

*lo intuye con razón aquel otro Tomás que fue «hombre para la eternidad» y forjador de «utopías»: Santo Tomás Moro:*

- 46 «¿Es que hace falta guardar un respetuoso silencio sobre todos los abusos? ¿Se llamará novedad, absurdidad, impertinencia a toda crítica de los males engendrados por la maldad humana? Renunciemos, pues, a llamarnos cristianos si hemos de callar lo que Cristo enseñó. Casi todos los preceptos de Jesús condenan las costumbres del día mucho más que mis críticas.»

(Citado por E. DERMENGHEIM, *Erasmé et Thomas More contre Machiavel*, Paris 1926, p. 235).

*Y en ese párrafo apasionado, Sto. Tomás Moro no hacía más que poner en práctica los consejos de San Agustín sobre un problema de todos los tiempos. Muchas veces se arguye con que la verdad es peligrosa, porque quizás hay gente que no está preparada para ella y a quienes les haría daño la verdad. Es entonces tentación de muchos espíritus pensar en el recurso a la mentira para hacer el bien. Y Agustín, en su tratado sobre la perseverancia, plantea ya una pregunta parecida: para que la gente haga más oración, ¿será acaso mejor el decir que Dios no sabe lo que necesitamos? Pues si decimos como Jesús que Dios ya lo sabe antes de que se lo pidamos, algunos se sentirán movidos a orar menos... El santo reconoce que «hay una manera de decir que puede lograr que lo dicho haga como de leche para los que son infantes, y de alimento sólido para los que son adultos». Pero también sabe que ésta será a veces una solución ideal ¿Qué hacer en los casos más difíciles o más conflictivos?:*

- 47 «Hay que decir la verdad, sobre todo cuando una dificultad hace más urgente que se diga. Y que la entiendan los que puedan. No sea que, al silenciarla en consideración a los que no podrían entenderla, no sólo se frustre la verdad, sino que se deje en el error a los que podrían

captar lo verdadero y, con ello, evitar el error... Cuando las cosas son de tal manera que, si las decimos como son, se volverá peor el que no puede entenderlas y, si las llamamos, se volverá peor el que podría entender, ¿qué hacemos entonces? Más bien hay que decir la verdad (y que entienda el que pueda), en lugar de quedarse callado. Pues con esto segundo no sólo no entenderán ni el capaz ni el incapaz, sino que el más inteligente se volverá peor. Y en cambio, si el más inteligente escucha y comprendiera, él podría a su vez enseñar a otros muchos... ¡cuántas veces tememos que si hablamos se ofenda el que no puede entender la verdad, y no tememos en cambio que si callamos se quede engañado el que podría entenderla!»

(*De bono perseverantiae* XVI, 40; PL 45, 1017-1018)

\* \* \*

*Y esta concepción de Agustín perdura hasta nuestros días: precisamente porque es «sacramento de salvación» para la humanidad, la Iglesia es también, en cierto modo, «paradigma» del pecado de esa humanidad. La Iglesia viene a ser así como un «concentrado» de toda esa humanidad, en la que pecado y Espíritu de Dios, maldad original y gracia de Cristo, están a la vez en acción. Así parece entenderlo E. Mersch, uno de los grandes eclesiólogos del Cuerpo Místico en este s. XX:*

- 48 «La humanidad es pecadora: lleva el peso de los pecados ya cometidos y lo aumenta con sus nuevas prevenciones. De esta manera se va formando, al intervenir la gracia, un inmenso anhelo de justicia y de amor en toda la humanidad. Pero ese anhelo permanece tan vago, tan lleno de malentendidos que se parece a la tragedia de un gigante ciego que durante la noche se devorase furiosamente a sí mismo».

«Y de esta humanidad está hecha la Iglesia, sin embargo. Aquí radica la dificultad, aquí comienza el increíble



asombro, el escándalo. Pues que la Iglesia tenga mártires, que los inocentes hayan de ser perseguidos, es algo que podría comprenderse en todo caso. Pero que la Iglesia de Cristo, elegida por El para ser santa e inmaculada, sin mancha ni arruga de ningún tipo, esa Iglesia elegida por Dios desde la eternidad para recibir la fe como un niño en santidad y pureza, que esa Iglesia sea un cuerpo de pecado, manchada, tan mísera y perversa que incluso en sus manifestaciones más auténticas aparezca ampliamente su miseria moral: esto, decimos, es incomprensible. Y sin embargo, es verdaderamente así. El santo cuerpo místico de Cristo es un cuerpo en el que se está realizando la redención sin haberse realizado ya completamente; el pecado permanece, pues, siempre presente y activo.»

(Theologie du Corps Mystique, 1944, I, p. 365)

\* \* \*

*Se argumenta otras veces que la crítica no puede tener cabida en la Iglesia por el hecho de que la Iglesia es santa. El mero ejercicio de la crítica parecería negar esa santidad, y sólo podría tener lugar como atentado contra la santidad y dignidad de la Iglesia. San Agustín va a responder a esta dificultad señalando el carácter escatológico de esa santidad de la Iglesia, que, si bien ya está presente, sin embargo todavía no está realizada. Este principio sirve también para comprender cómo debe entenderse la verdadera «dignidad» de la Iglesia:*

49 «Es en el día del juicio cuando la Iglesia será 'sin mancha ni arruga ni nada semejante', porque sólo entonces será verdaderamente gloriosa. Pues cuando la Escritura no dice sólo: 'prepararse una Iglesia sin mancha ni arruga', sino que añade además: 'y gloriosa' (Ef 5, 27), da a entender con suficiente claridad que sólo será limpia y tersa cuando sea gloriosa. Pues bien, ahora, en medio de las actuales maldades, de escándalos tan grandes y de

la libertad de hombres perversos, no se puede decir que la Iglesia es gloriosa por el hecho de que la sirvan los reyes, sino que ahí radica más bien su mayor tentación y la más peligrosa... El Señor, como Mediador, se unió a la Iglesia bajo la forma de Siervo, y no fue glorificado hasta el día de la Resurrección (cf. Jn 7, 39). Y si esto es así, ¿cómo vamos a decir que la Iglesia es gloriosa ya antes de su resurrección? Ahora Dios la limpia con el agua de la Palabra y borra sus pecados pasados para alejar de ella el dominio de los malos espíritus, y luego completará su curación haciéndola que llegue a ser esa figura gloriosa sin mancha ni arruga.»

(AGUSTIN, *De perfectione iustitiae hominis*, 35; PL 44, 310)

*Estas y otras palabras parecidas las repite infinidad de veces S. Agustín encarándose con los donatistas, que pretendían que la Iglesia sólo estaba constituida por los santos y los puros. De acuerdo con ellas, pues, hay que afirmar que una jerarquía que no tolerase la crítica, apelando a la santidad de la Iglesia, caería en una especie de «donatismo invertido».*

*Pero para esa constante purificación de una Iglesia cuya santidad todavía no es la escatológica, Dios se vale siempre de los medios humanos. Y así es como debe ser mirado todo aquello que interpela a la Iglesia, aunque pueda hacerla sufrir por otro lado, dado que el Evangelio nunca es cómodo, ni siquiera para la misma Iglesia. Esta necesidad de constante interpelación es una de las lecciones que más claramente arroja el estudio de la historia de la Iglesia. Yves Congar la formula de la manera siguiente:*

50 «La Iglesia está en mejor posición cuando encuentra una cierta oposición, y aun cuando padece una persecución moderada. Entonces se purifica y encuentra la pureza de sus principios de acción. Una Iglesia cebada, instalada en sus obras, sus éxitos, sus seguridades, corre mu-

cho más peligro de mundanizarse y olvidar aquello por lo que ha sido creada, y por quién y para quién existe... El régimen de autoridad que ha prevalecido en la Iglesia desde mediados del s. XVI ha contribuido, por su parte, a hacer que se percibiera toda crítica como procedente de un espíritu de oposición y de una ortodoxia casi dudosa. Una apologética un poco limitada, todavía en uso en algunos extensos círculos católicos, pensaba muchas veces que era necesario defenderlo todo, y ha extendido sobre la santidad y la perfección de la Iglesia ideas que no son siempre exactas y que, muchas veces, no se pueden sustentar sino cuando en realidad se ven las cosas como no son.»

*(Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia, Madrid 1953, pp. 122 y 124)*

*Lúcida y repetida lección de la historia, que puede ser apostillada con unas viejas palabras de San Columbano, en el texto que hemos citado al comienzo de esta segunda parte: en la Iglesia «la seguridad de una prosperidad ciega es causa de todos los males» (omnium maiorum causa est caecae prosperitatis securitas). Por todo lo expuesto, la crítica evangélica no necesariamente destruye la santidad de la Iglesia: sólo el pecado la destruye. Y la crítica, si es evangélica, más bien reconstruye la santidad de la Iglesia, haciendo ver que esa santidad no consiste en que la Iglesia no tenga pecado, sino en que está obligada a aceptar todas las críticas que broten del evangelio. Así lo entendía San Agustín, en una carta a Jerónimo que comienza rechazando la postura de algunos, para quienes «sería mejor decir que el Evangelio miente antes que decir que Pedro negó a Cristo, o decir que la biblia miente antes que reconocer que David adulteró con Betsabé». ¡Dios nos libre!, comenta S. Agustín. Y al final de la carta da la mejor razón de su postura:*

51 «Pedro recibió, con la piedad de una humildad benigna, lo que Pablo hacía con la libertad provechosa del

amor. De este modo, Pedro dio ejemplo a la posteridad, para que todos se dejen corregir aun por los que van detrás, si alguna vez se desvían del camino recto. Y este ejemplo es aún más raro y más santo que el de Pablo, que invitaba a los menores a hacer frente con valentía a los mayores, para defender la verdad evangélica salvando siempre la caridad fraterna... Pues más admirable y laudable es el recibir de buen grado la corrección que el corregir con audacia al que se desvía.»  
*(Epístola 82; Obras, BAC, VIII, 508-510)*

*Por consiguiente, en el campo de la santidad no son los jercas ni las instituciones los representantes oficiales de la Iglesia, sino sólo los santos. Santidad y ministerio, santidad y estructura, no están unidos por ninguna gracia automática, sino por una responsabilidad mayor y por una exigencia mayor. Por eso, ante esa posibilidad de los malos pastores o de las estructuras poco evangélicas, el reconocimiento crítico de estos hechos se convierte en la manera de perseverar además en la unidad: pues lo que también está muy claro en la tradición es que el pecado de la Iglesia no legitima ningún «cisma» o ruptura con ella.*

*En esta línea va este otro testimonio de san Agustín:*

52 «Te aviso para que no te asusten esos escándalos, que precisamente para eso están anunciados: para que, cuando vengan, no nos asombremos demasiado. Por eso anunció el Señor en el evangelio que 'es necesario que vengan escándalos, pero ¡ay de los hombres por quienes vienen los escándalos! ¿Quién te piensas que son esos hombres, sino aquellos mismos de los que dice el apóstol que buscan sus intereses y no los de Jesucristo? Pues hay unos que ocupan las sedes pastorales para preocuparse por las comunidades de Cristo. Pero hay otros que las ocupan para preocuparse de sus honores temporales y de sus comodidades mundanas. Y estas dos clases de

pastores existirán en la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Y unos morirán, pero nacerán otros...»

«Pero el Señor a nosotros nos mandó seguir unidos y se reservó para sí el separarnos. El. Porque sólo el que no puede errar es capaz de separar (lo malo de lo bueno). Y los que han querido separar antes de ahora lo que el Señor se había reservado, han acabado por convertirse en siervos soberbios, y lo que han hecho es más bien separarse a sí mismos de la unidad católica. Pues ¿cómo querían fundar una comunidad limpia si ellos mismos estaban manchados por su cisma?»

«Por tanto, y para que sepamos conservar la unidad, el mismo Señor nos avisa tanto sobre los buenos pastores como sobre los malos. Sobre los primeros, para que intentemos imitar sus obras, pero sin poner nuestra esperanza en ellos, sino en Aquel que los hizo tales: el Padre que está en los cielos. Y sobre los otros, aplicándoles el nombre de escribas y fariseos, que dicen una cosa y hacen otra.»

(S. AGUSTIN, *Carta 208*; PL 33, 950-51)

*Así, la crítica bien hecha afirma la unidad de la Iglesia, aunque la afirme de una manera dialéctica, es decir: al hacerse desde dentro, al aceptar los sinsabores que le acarrea al crítico y al ser así expresión de un afán de no ruptura. Esta crítica difiere mucho de las críticas hechas desde el exterminio, y que siempre pueden convertirse en argumento para la autodefensa. Y una crítica que fuera así, lejos de atentar contra la santidad de la Iglesia, la pondría en ejercicio, como viene a decir el siguiente par de textos:*

**53** «Nuestro amor, nuestra obediencia, nuestro silencio y el coraje de Pablo ante Pedro, para confesar donde haga falta, ante los representantes de la Iglesia oficial, la verdadera Iglesia y su Espíritu de amor y libertad, éstas son las realidades más santas en la Iglesia, y por eso serán

siempre más poderosas que toda la mediocridad y todo el tradicionalismo pasmado.»

(K. RAHNER, *Escritos de Teología*, V, 27)

**54** «El que la conciencia cristiana se escandalizase por no hallar ya en la sede de Pedro los altos ejemplos que de ella había recibido tan a menudo, prueba a la vez que la veneración hacia esa sede seguía intacta, y que subsistía exigente un ideal moral.»

(D. ROPS, *La Iglesia de los tiempos bárbaros*, p. 577)

*Esta crítica es la que permite distinguir entre «la» Iglesia y tales o cuales representantes y cargos (aun los más altos de ellos). Una distinción que absurdamente ha perdido nuestro lenguaje, lo cual es síntoma de una eclesiología no demasiado ortodoxa. Pero una distinción que ya recomendaba hace tiempo san Juan Crisóstomo, con argumentos bien domésticos y del más elemental sentido común:*

**55** «Cuando veas un sacerdote indigno, no interpretes que eso es el sacerdocio, pues no hay que condenar el ministerio, sino al que lo realiza mal. Pues también Judas fue traidor y no por eso acusamos al orden apostólico, sino a su mala conciencia personal. El mal no está, pues, en el sacerdocio, sino en la poca conciencia... Y si alguien viene y te dice: '¿has visto tal cristiano?', contéstale que tú no estás hablando de personas, sino de realidades. Pues si no, fijate: ¿cuántos médicos se han convertido en verdugos y han dado venenos en vez de medicinas? Pero no por eso se ataca la medicina, sino al que no la usa bien. ¿Y cuántos marinos hicieron naufragar la nave? Pero lo malo no es la navegación en sí, sino la impericia de ellos...»

(S. JUAN CRISOSTOMO, *Homilía IV sobre Isaías 6, 1*; PG 56, 126)

*Y una distinción que viene confirmada por estas otras palabras de un cardenal moderno:*

56 «La historia lo demuestra hasta la evidencia: hay pastores hábiles y los hay incapaces; hay pastores buenos y los hay también malos. Pertenezca o no a la jerarquía, un católico acérrimo puede ser un cristiano mediano; y aunque pueda discutirse la terminología, el hecho es que viene impuesta por una experiencia demasiado frecuente. Lo mismo que facilita la santidad es lo que da acceso a la más espantosa impostura... Todas las formas de la malicia humana, las que se conocen y las que se desconocen, toman en este caso un carácter mucho más odioso...»

(H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p. 86)

## **Sección segunda:**

### ASPECTOS PERSONALES

UNA SOCIEDAD QUE DOMESTICA A SUS REBELDES HA  
CONQUISTADO SU PAZ, PERO HA PERDIDO SU FUTURO.

A. DE MELLO, *El Canto del Pájaro*, p. 197

*En nuestra primera parte buscábamos preferentemente conductas —o testimonios críticos— de santos o de gentes de vida cristiana y eclesial indiscutible. Hemos prescindido de todas las críticas que han brotado de otros ambientes, no por una negativa apriorística a escuchar sus razones, sino porque nos interesaba más el hecho mismo de la crítica como fenómeno cristiano: acertados o no, los autores de las críticas presentadas no eran precisamente una especie de «progresistas fáciles» o de enemigos sin amor a la Iglesia. Muchos de ellos tuvieron más bien fama de lo contrario.*

*La primera sección de esta segunda parte ha ampliado su foro con elementos de las diversas reflexiones teológicas tanto sobre la Iglesia (su santidad, su mayor responsabilidad, su necesidad de ser edificada y sus condiciones sociohumanas inherentes a toda gran comunidad, donde lo que se dice en los oídos es muchas veces mejor que se diga desde los tejados...) como sobre la condición de la verdad evangélica, que no puede ser definitivamente acallada, aunque pueda tener sus momentos oportunos.*

*Ahora bien, sobre esta problemática incide todavía en el mundo de hoy un nuevo factor que la agudiza: la aparición de la modernidad, de la razón crítica y de los llamados «derechos humanos». Por eso, uno de los mayores teólogos de nuestro tiempo, como es K. Rahner, busca dar una nueva fundamentación teológica a partir de este nuevo contexto y desde una reflexión sobre el individuo (y, eventualmente, el carisma) en la Iglesia.*

57

«La libertad del individuo no debe, de ningún modo, considerarse limitada a la esfera privada e intrascendente, sino que le corresponde un lugar esencial en la vida pública de la Iglesia... Es muy humano que reformas ineludibles necesiten a menudo de la presión de la opinión pública para que la fuerza de gravitación de 'lo tradicional' deje de ser un impedimento invencible. Y es humano también que las altas esferas de la Iglesia crean que todo va bien si no se manifiestan quejas ni deseos, o bien si se considera a éstos sólo como opiniones de

unos pocos, ya que no poseen la resonancia de la opinión pública...»

«Claro está que los criterios respecto a los límites y las formas de la opinión pública discreparán notablemente en cuanto a la *práctica* se refiere. En primer lugar, porque se diferencian también las mentalidades de los distintos pueblos y de los diferentes sectores dentro de la Iglesia. Los unos considerarán como una expresión natural de la libre opinión lo que los otros estimarán una crítica irrespetuosa e indiscreta de las disposiciones y prácticas eclesiásticas. Los unos se sentirán angustiados por el temor de que se dé largas a las discusiones y aclaraciones necesarias, postergándolas hasta que sea demasiado tarde; de que no se permitan las cosas sino cuando ya no se pueda impedir las, cuando también las esferas oficiales de la Iglesia hayan llegado a ser hijas de la nueva época (que, entre tanto, habrá vuelto a ser antigua), de modo que las cosas que se permitirán y aprobarán serán concesiones inevitables, mientras que hoy significarían una obra liberadora. Los otros, en cambio, juzgaría de la Iglesia y que, a través de una larga práctica, han gradas tradiciones que han sido ratificadas por la sabiduría de la Iglesia y que, a través de una larga práctica, han resultado buenas y beneficiosas. Más aún: en la práctica, ocurrirá también que una misma crítica para uno sea útil, o por lo menos inofensiva, mientras que en otro tenga las temidas consecuencias desfavorables de alentar a la falta de respeto y a la rebelión interior...»

«Los miembros de la Iglesia (los clérigos jóvenes, laicos, etc.) deben ser formados en una obediencia como 'de mayoría de edad' y en el uso auténtico de la opinión pública. Deben aprender que una crítica y expresión de opinión legítimas no constituyen franquicia alguna para una manía furiosa de criticarlo todo y de saberlo todo mejor. Por otra parte, frente a las instituciones eclesiásticas, ellos deben ser acostumbrados a una actitud críti-

ca en el buen sentido, que no necesita poner por las nubes y considerar como el sumo grado de toda sabiduría a todas y cada una de las cosas que están vigentes actualmente en la Iglesia. Esta actitud ha de ir unida a una obediencia humilde y sincera. Los miembros de la Iglesia deben aprender a asociar la atmósfera inevitablemente fría de una crítica opinión pública, con un amor verdadero y lleno de entusiasmo hacia la Iglesia, y con una auténtica devoción y sumisión a los representantes oficiales concretos de la misma. Deben llegar a ver que también en la Iglesia podrá existir una como 'muy fiel oposición a su Majestad', la cual, en el transcurso de la historia de la Iglesia, ha producido a menudo santos, también en las filas de esa oposición frente a lo humano de la Iglesia y de sus jerarcas: porque esa oposición es legítima y querida por Dios. Deben llegar a comprender (cosa que no es tan sencilla, sino que exige un trabajo de educación serio y cuidadoso) que en ciertas circunstancias uno puede tener hasta la *obligación* de pronunciar —dentro de los límites de lo permitido— una palabra de crítica, aunque en la 'esfera superior' no se granjee siempre en seguida elogio y reconocimiento (¡cuántos ejemplos hay de ello en la historia de los santos!). Que puede ser la voluntad de Dios que uno (usando un término de Newman) 'viva debajo de la nube', porque le mueve un espíritu distinto del habitual, pero que igualmente proviene del Espíritu Santo...»

«Hoy menos que nunca, ni hacia dentro ni hacia fuera, puede dar la Iglesia la impresión de que es uno de esos estados totalitarios en los que la fuerza externa y la obediencia de un silencio mortal lo son todo, y en los que nada valen la libertad y el amor. La impresión de que los métodos de gobierno eclesiástico son idénticos a los sistemas totalitarios, donde la opinión pública se elabora en un 'ministerio de propaganda'. Pero dado que quizá, aquí y allá, todavía estamos acostumbrados, tanto la auto-

ridad como los súbditos, a ciertas formas patriarcales de dirección y de obediencia (que no guardan una relación válida e inmutable con la verdadera esencia de la autoridad eclesiástica y de la obediencia), podrá ocurrir que una legítima y sincera expresión de opinión sobre asuntos de la Iglesia cause a los representantes de la autoridad eclesiástica la impresión de una rebeldía oculta o de un resentimiento contra ella, y dejen en otros miembros de la Iglesia —acostumbrados a las viejas formas— una sensación realmente desagradable...»

«Nadie pretenderá hoy restablecer en su forma original las prácticas antiguas de opinión pública. Pero comparadas con aquellas prácticas, las formas de intervención de la opinión pública que están jurídicamente fijadas en el Derecho Canónico actual son muy escasas, si es que no faltan totalmente...»

(*La libertad de palabra en la Iglesia*, Buenos Aires 1956, pp. 26-50)

*Como antes insinuábamos, esta página, de corte más bien profético, tiene su fundamento teológico en una reflexión sobre la misión del individuo (quizá también del carisma) en el seno de la Iglesia:*

58 «Dios no ha abdicado en la Iglesia y a favor de ella o de su administración... El día en que se nos pregunte si nosotros cristianos, si la Iglesia concreta de este tiempo ha hecho lo que debía hacer, quizá no se nos podrá demostrar que, en conjunto, hayamos obrado contra la moral; pero acaso no nos resulte tan sencillo aportar el testimonio de que hemos cumplido *la voluntad de Dios*... La dificultad principal en el proceso de canonización de Juana de Arco no fue si prestó siempre obediencia a las indicaciones teóricas o prácticas de la Iglesia, sino más bien si se apartó o no alguna vez de ese su deber individual, incluso durante su proceso.»

«Pues la conciencia tiene dos funciones: una que transmite al saber subjetivo del hombre las normas universales de la ética y de la teología moral, aplicándolas a su 'caso'. Pero otra por medio de la cual el individuo escucha la llamada siempre única de Dios; llamada que se dirige sólo a él y que no puede deducirse jamás completamente de normas generales... Hay una voluntad obligatoria de Dios que proviene directamente del 'yo' de Dios y se dirige al 'tú' irrepetible y concreto del hombre. (Y por eso) junto al ámbito de las leyes universales de lo moral, existe otro ámbito de lo 'individual-moral' y religioso: un ámbito de obligaciones y deberes morales y religiosos que no puede contradecir al anterior, pero que le sobrepasa decisivamente y no puede ser afectado por normas formulables de manera universal... Existe en cada hombre una zona de unicidad personal, sobrenaturalmente elevada; por consiguiente, existe también una esfera que podríamos llamar 'de lo privado', que no es tocada directamente en cuanto tal por la Iglesia —que no puede ni debe ser tocada por ella—...»

«Y cuando comprobamos —a veces con asombro— una gran docilidad de algunos hombres para con la Iglesia, para con sus órdenes, para con la dirección del sacerdote, el consejero juvenil, etc., al menos entre personas que todavía viven sociológicamente dentro del marco de la Iglesia, no deberíamos sólo alegrarnos de ello. Pues es posible que tal docilidad represente también un colectivismo de los corazones, que no es energía creyente ni convicción viva adquirida por una decisión personal, sino más bien debilidad de corazón que se deja arrastrar por cualquiera, acobardado y desesperado. Y no importa que ese cualquiera sea en este caso un sacerdote: esa es una casualidad debida al hecho de que, por razones sociológicas (tradicción familiar, resentimiento político, etc.), el sacerdote es la persona que casualmente se encuentra

más cerca. Sólo los corazones valientes pueden ser conquistados realmente por Dios...»

(*Peligros en el Catolicismo actual*; Madrid 1964; pp. 53. 52.35.34.40)

59 «No faltan, y precisamente entre los católicos piadosos, que quieren profesar sentimientos eclesiásticos, quienes opinan bajo cuerda y sin decirlo expresamente (pero por eso mismo con más eficacia y mayor peligro) que la Jerarquía es el único portador del Espíritu o la única puerta por la que el Espíritu entra en la Iglesia. Tienen los tales una imagen estatal y totalitaria de la Iglesia. Es necesario distinguir —si se nos permite usar estos términos— entre una concepción absoluta de la Iglesia (justificada con ciertas restricciones y dentro de sus límites precisos) y una concepción totalitaria de la Iglesia.»

«El católico tiene a la Iglesia por algo absoluto, en cuanto sabe que es la sede permanente e imperecedera de su salvación... Pero este modo de considerar a la Iglesia como algo absoluto no significa, sin embargo, una concepción totalitaria de la Iglesia. Tal concepción sería totalitaria si —expresa o tácitamente— creyese que la Iglesia no es falible en ninguna de sus actuaciones, si supusiera que todas las nociones vitales en la Iglesia sólo pueden y deben provenir de los puestos jerárquicos, o que toda iniciativa en la Iglesia sólo es justificada cuando ha sido promovida de arriba y después de haber sido autorizada; que toda dirección del Espíritu Santo radica —en todos y cada uno de los casos— en los cargos jerárquicos de la Iglesia; que Dios dirige a su Iglesia sólo por medio de sus cargos oficiales, y que toda manifestación de vida en la Iglesia es sólo ejecución de una orden o de un deseo de arriba. En semejante concepción totalitaria de la Iglesia —que es falsa— no pueden menos de equipararse el ministerio jerárquico y el carisma, en cuanto éste tiene importancia para la Iglesia. Pero inclu-

so esto es falso. En realidad, el carisma —o sea: el impulso y la dirección del Espíritu de Dios para la Iglesia— existe también junto al ministerio jerárquico y fuera de él...»

«Si existe tal estructura doble de la Iglesia, cuya garantía y armonía depende en último término sólo de su Señor, entonces la jerarquía y las instituciones de la Iglesia deben recordar constantemente que no les es lícito dominar exclusivamente en la Iglesia... Tanto los representantes de la jerarquía como los súbditos deben saber que en la Iglesia —a la cual pertenece lo carismático— el papel de los súbditos no se limita a ejecutar las órdenes recibidas de arriba. Otras órdenes les compete ejecutar también: las del Señor mismo, que dirige también inmediatamente su Iglesia, y no siempre ni en primer lugar comunica sus órdenes y sus impulsos a los cristianos corrientes por medio de los superiores eclesiásticos, sino que se ha reservado plenamente el derecho de hacerlo también inmediatamente de las maneras más diversas, que no tienen mucho que ver con una 'observancia de los trámites'... Hay acciones queridas por Dios aun antes de que la jerarquía haya dado la señal de partida, y en direcciones que no han sido previamente aprobadas o marcadas positivamente por la autoridad. Sería muy indicado formarse —en función de lo carismático en la Iglesia— una idea exacta del derecho de las llamadas 'equidad canónica' y 'costumbre legítima' *contra* o *praeter legem*. Con estos conceptos no sólo deja libre la ciencia canónica un espacio legítimo para una evolución razonable del derecho, sino también para los impulsos del Espíritu, a pesar de que todos estos puntos en el cuerpo de la Iglesia pueden convertirse en focos de infección de lo demasiadamente humano... Pero la jerarquía debe mantener la convicción de que el acoger las iniciativas de 'abajo' es sencillamente su deber y no ya una graciosa condescendencia; que no es necesario que

desde un principio tenga 'todos los resortes en la mano'; que la sabiduría más alta, precisamente la sabiduría carismática, puede también hallarse en los súbditos, y que la sabiduría carismática de la jerarquía puede consistir en no hacerse refractario a tal sabiduría.»

«...Y si por su misma naturaleza existe —y debe existir— en la Iglesia tal pluralidad de estímulos, entonces no sólo no se puede evitar de hecho una justificada tensión de fuerzas, sino que se debe contar con ella, y han de aceptarla todos como algo que pertenece necesariamente a la naturaleza misma de las cosas... En definitiva, sólo hay en el plano humano una cosa que puede establecer la unidad en la Iglesia: el amor que permite al otro ser de otra manera, aunque no logre 'comprenderlo'... El principio que se nos da en el amor afirma que cada cual puede en la Iglesia seguir su propio espíritu, en tanto no conste que va tras un espíritu falso; y que, por tanto, se deben presuponer la ortodoxia, la libertad, la buena voluntad, y no precisamente lo contrario. Estas no son sólo normas humanas naturales y obvias de toda convivencia razonable, que está basada en el respeto y tolerancia de los demás, sino que son también principios que están y deben estar enraizados profundamente en la esencia misma de la Iglesia, pues proceden del hecho de que la Iglesia no es un sistema totalitario. Paciencia, tolerancia, dejar hacer a los demás mientras no pueda mostrarse con certeza lo errado de su proceder, todas éstas son, por la naturaleza misma de la Iglesia, virtudes eclesiásticas específicas, en lugar de serlo sus contrarias, como vg. la prohibición de toda iniciativa personal hasta que no se haya demostrado su legitimidad, imponiendo al súbdito la obligación de aportar las pruebas...»

«Así pues, incluso el hombre de Iglesia debe aprender a tolerar las actitudes distintas de la suya, aunque no las llegue a 'comprender', aunque tenga la sensación de que así no se piensa como habría que pensar 'propia-mente'



(es decir: de acuerdo con su subjetividad personal)... Valdría la pena preguntarse por qué el papa infalible, aunque goza de plenos poderes para ello, no puede ni podrá acabar de un plumazo, mediante una definición infalible, con todas las cuestiones de la teología. Esta cuestión, aparentemente estúpida, dice en el fondo lo que ya dijimos antes: que los plenos poderes de la instancia suprema de la Iglesia —no sujetos jurídicamente al control ulterior de otra instancia humana— no son la única fuente y la única norma del proceder de esta instancia. Al contrario: también forman parte de ella la asistencia del Espíritu Santo —no reducible adecuadamente a términos jurídicos— y la orientación del ejercicio efectivo de estos poderes por el mismo Espíritu... Afirmar que no puede aparecer en la Iglesia tendencia alguna que no proceda de arriba, como don del Espíritu Santo, es completamente falso. Así pues, es necesario (puesto que ésa puede ser precisamente la función asignada por el Espíritu a un miembro determinado de la Iglesia) tener el valor de decir un *no* en la Iglesia, levantarse contra determinadas corrientes y espíritus, y ello aun antes de que se haya dado la alarma en el ministerio eclesiástico, puesto que ese *no* puede ser el medio empleado por Dios para estimular la actividad del ministerio jerárquico. Y es necesario tener este valor aun cuando uno —consciente de su propia limitación— deba decirse que probablemente la historia futura no le dará plenamente la razón, y que él habrá sido sólo uno de los muchos siervos del único Señor de la Iglesia que defendieron conjuntamente su causa. Tanto más cuanto que este mismo Señor obraba también en el otro, al que aquel creía tener el encargo de mantener dentro de sus debidos límites...»

«Por todo esto, el carisma va siempre ligado a cierto sufrimiento. En efecto, es un sufrimiento el que, permaneciendo dentro del mismo cuerpo, haya que cumplir el encargo del propio carisma y del propio don de soportar

la reacción —en determinadas circunstancias no menos justificadas— de la actividad del otro. Constantemente se ve limitado y humillado el propio don por el don del otro. En determinados casos debe incluso esperar a que logre su propio desarrollo, a que llegue su 'hora', su momento oportuno, cuando haya pasado o comenzado a declinar el del otro... En general, el hombre de Iglesia que lleva el peso de un carisma ordenado y destinado a la Iglesia, debe permanecer dentro del círculo de los hermanos, que le soportarán si todo va bien, o quizá le rechazarán, pero en todo caso le mostrarán poca comprensión. La genuinidad de un carisma, que, por cierto, es una misión ordenada a la Iglesia y que tiende a penetrar en ella en lugar de proceder de la misma, se manifiesta en el hecho de que el que está investido de tal misión soporta paciente y humildemente el inevitable sufrimiento que lleva consigo tal investidura carismática y no trata, para soslayar las dificultades, de edificar una iglesia clandestina dentro de la Iglesia; no se deja amargar, sino que sabe muy bien que es el mismo Señor el que infunde la fuerza y suscita la resistencia que proporcionan el vino del entusiasmo y el agua de la sobriedad en su Iglesia, y que a ninguno de sus siervos da el encargo de constituirse en su único representante... ¿Por qué —por ejemplo— procedieron bien los jesuitas al oponerse a Pío V, que trataba de imponerles el rezo solemne de las horas canónicas? ¿Por qué no faltaron contra sus propias reglas de sentir con la Iglesia?... Tales cuestiones muestran que también es un carisma el distinguir cuándo el sufrimiento de la contradicción contra la propia misión es sencillamente esa cruz con que va marcada toda misión, y cuándo —por el contrario— es una prueba de que esa aspiración no procede de Dios...»

«Y aún queríamos decir una segunda cosa sobre el sufrimiento de todo carisma... A veces hay gentes en la Iglesia que leen las palabras de Gamaliel en el libro de

los Hechos (5, 38: 'si este designio es obra de los hombres, él mismo se desvanecerá; pero si es de Dios, no podréis destruirlo') y sacan de ahí una conclusión contraria a la que sacó Gamaliel. Deducen de ahí que lo genuino del Espíritu se manifiesta en que no logra extinguirlo ni siquiera la oposición más infundada y maligna y que, por consiguiente, hay derecho a 'examinar' los espíritus de la manera más burda y 'carnal'. Es cierto que en la Iglesia no será posible extinguir el Espíritu y que Dios responde de ello. Pero es muy posible al hombre, a su inercia, a su indiferencia y a su dureza de corazón, extinguir en otros un verdadero espíritu. Una gracia no sólo puede resultar infructuosa en aquel que la ha recibido para sí, debido a la resistencia que él mismo le opone. También puede suceder que haya sido otorgada a uno para otro (entonces se la llama *gratia gratis data* y equivale al carisma) y que quede infructuosa por la repulsa de aquel para quien había sido otorgada, aun cuando el 'mediador' la hubiera acogido con fidelidad... Hay, pues, carismas que, por culpa de los hombres, no resultan eficaces para la Iglesia. Por eso la conclusión que sacaba Gamaliel es que se debe observar la máxima tolerancia frente a un espíritu cuya procedencia no se puede todavía descubrir con claridad. Por tanto, las autoridades eclesiásticas no tienen derecho a cometer errores con el pretexto de que el Espíritu —si realmente es de Dios— ya sabrá abrirse camino a pesar de la resistencia de ellos. Con esto no hacen más que añadir sufrimientos a los ya inevitables, cometiendo una injusticia contra Dios, contra los carismáticos y contra la Iglesia...»  
 (Lo dinámico en la Iglesia, Barcelona 1963, pp. 53-54 y 76-90)

### 3.<sup>a</sup> PARTE: LAS NORMAS

---

BUSCANDO SIEMPRE NO LOS PROPIOS INTERESES,  
 SINO LOS DE CRISTO.

(Flp 2, 21)

*Una vez establecido el hecho y su justificación teológica, queda un tercer capítulo por resolver: a pesar de todo lo dicho, no cualquier crítica a la Iglesia es legítima ni válida. Para serlo ha de cumplir unas condiciones que sería muy útil esclarecer, a fin de poder afrontar el hecho de la crítica no rechazándola por principio, sino midiéndola por el cumplimiento o incumplimiento de esas condiciones. Tales requisitos, aunque sólo sean aproximados, como todas las casuísticas, son absolutamente necesarios, porque no por ser legítima deja la crítica de ser seriamente peligrosa. Y su mayor peligro no sería el de intentar manipular a la Iglesia en la propia dirección, sino el de caer en aquella actitud de superioridad despectiva que formulaba así Saint-Cyran, padre del jansenismo y hombre, por otro lado, de profunda obsesión religiosa: «Dios me ha dado a conocer que, desde hace 500 ó 600 años, no hay Iglesia». Por eso, y en busca de esas condiciones, resumimos a continuación un artículo aparecido hace casi cuarenta años en una revista alemana. Su autor es un jesuita, y constituye un pequeño tratado sobre las condiciones para una crítica válida en la Iglesia.*

## 60 I. CONDICIONES PARA HACER LA CRITICA

«La justificación de una crítica a lo humano de la Iglesia en sus representantes e instituciones reside en su misma esencia, en la que se entrecruzan del modo más íntimo lo divino y lo humano. La pregunta es únicamente: ¿qué rasgos debe tener la crítica para que sea realmente constructiva de la Iglesia; ...qué presupuestos son necesarios para que una crítica a la Iglesia sea verdaderamente fructuosa y edificante para su vida? La respuesta a esta pregunta es lo que va a ocuparnos.»

«1) La primera e imprescindible condición es un amor auténtico a la Iglesia... ¿Es acaso una contradicción pedir el amor para criticar? ¿Cómo se puede amar lo que se impugna y se combate? La respuesta es bien sencilla: cualquier madre que se encara con su hijo, sabe

muy bien cómo ambos —amor y censura— se sostienen mutuamente y brotan el uno del otro. El amor celoso es el que se manifiesta en la reprensión. La imagen del hijo que la madre lleva en su corazón —es decir, la imagen de cómo debe ser el hijo— se tropieza con la imagen real que el hijo ofrece... Y de la captación de la distancia entre el deber-ser y el ser del niño brota la reprensión, que no pretende más que equiparar el ser al deber-ser.»

«Pues algo parecido le ocurre al creyente amante de su Iglesia, sólo que ahora —al revés que en el ejemplo— se siente como hijo frente a su madre. El sabe por la fe cómo debe ser la Iglesia, de acuerdo a la intención y la voluntad de Cristo; y a la vez contempla el fallo de tantos de sus miembros; la sequedad de tantas fuentes de vida, la devastación y el fracaso en tantos lugares santos —cosas todas que ya se han dado en los dos mil años de historia de la Iglesia—. Por eso el amor levanta su voz en nombre de lo divino de la Iglesia y contra lo 'demasiado humano' de ella: para sanar los miembros enfermos, salvar las fuentes y detener la corrupción. Un tal amor puede hablar todas las lenguas del cielo: puede encolerizarse, acusar, gritar y castigar, puede asediar e imprecicar. Sólo una cosa no puede hacer: negar a la Iglesia, olvidar lo que en ella es divino más allá de su aspecto humano, separarse de ella autojustificándose y con escándalo. En medio de toda su crítica a la Iglesia, el creyente católico se aferra a su actitud de niño ante ella: de respeto y agradecimiento, de entrega y obediencia, de fidelidad incuestionable, a pesar de todos los pesares. Así se comportaron los santos y los verdaderos reformadores; así cada quien que se toma en serio su profesión de fe católica...»

«2) El segundo presupuesto es *una libertad viril y auténtica*. ...[Este presupuesto] no se refiere sólo a la jerarquía eclesiástica. Cualquiera podrá levantar una voz

crítica en la Iglesia de Dios, si se cumplen en él estas condiciones, necesarias aunque no sencillas: mirado desde el ángulo de las jerarquías, la mayoría de los grandes reformadores eran realmente elementos 'marginales' que no actuaron por el peso del ministerio, sino por el poder de la personalidad...»

«Pero todo esto es menos evidente de lo que parece, como lo muestran algunas formas de crítica que tienen poco o nada que ver con la libertad de que estamos hablando. Así, en primer lugar, la crítica anónima, que no tiene ánimos para comprometer su propia persona en favor de sus reivindicaciones. A pesar de que un tal procedimiento está condenado al fracaso, sin embargo la experiencia enseña que tal forma de crítica anónima es en la Iglesia tan inmortal como la actitud espiritual de la que brota. Y, junto a ella, otra forma que tampoco puede hacer gala de mucha audacia de ánimo: el rumor, el susurro. Una crítica que va de boca en boca, pero se guarda mucho de alcanzar los oídos a los que en realidad va dirigida... Se ganaría muchísimo si cada crítico se juramentase a no decir nunca a espaldas de otro nada que no se atreva a decirle en la cara. Al menos se evitaría así ese tipo de crítica odiosa que consiste en censurar en ausencia de la víctima lo que se alaba en su presencia...»

«3) Aún más importante es el tercer presupuesto: *la justicia*. ...Con frecuencia, la crítica está expuesta al peligro de sustraerse a las exigencias de la justicia, pues brota de un celo por el bien. Y rara vez será ese celo tan controlado y tan lúcido que no golpee un poco fuera de sitio, aun con la mejor intención. Por eso hace falta una buena dosis de autodominio y de sentido de responsabilidad si se quieren evitar los daños que pueden ocasionarle a una crítica intencionalmente constructiva sus tropiezos contra la justicia... Las faltas más típicas en este campo son la generalización injustificada de observaciones

y hechos particulares... Y el sacar conclusiones precipitadas sobre algún estado de cosas, sin tener suficiente conocimiento de todos sus trasfondos y contextos.»

«4) Pero, además de la justicia, la crítica necesita de otra propiedad, si quiere conseguir su objetivo con el máximo posible de seguridad: *la sensatez...*» «En general, la tarea del talento es, considerando todas las circunstancias, saber encontrar los medios que más rápidamente conduzcan al fin que se busca: en nuestro caso, la superación de los defectos existentes. Si sólo se trata de manifestar el propio enfado o el propio desencanto sobre tal o cual punto, entonces naturalmente que se puede renunciar al talento. Pero aquel que se tome muy en serio la santidad de la Iglesia, se hará muchas preguntas a las que sólo podrá responderle una sagacidad auténticamente cristiana.»

«No es indiferente para el éxito, sino que a veces es incluso decisivo, el momento que se elige para una crítica, quién la pronuncia y ante quién, a quién se dirige, en qué forma y en qué medida. En este punto hay detalles que, mal manejados, pueden estropear muchas cosas y que, bien tratados, pueden hacer milagros. El cuidado y el tacto nunca han hecho daño a nadie, ni aun a críticas que fueran necesarias. Mientras que la falta de tacto, la carencia de formas y otras faltas de respeto y de sentido sí que resultan dañinas...»

«¿Quiere decir esto que la crítica ha de quedar ahogada por una sobredosis de prudencias y de precauciones? Ciertamente no. Pero aquel que en su crítica quiera comportarse de acuerdo con el consejo de S. Ambrosio, 'no querer ser vencedor sino médico', ese tal actuará como un buen médico y estudiará si aquí o allá hay que echar mano del bisturí, o si puede bastar un tratamiento de otro tipo.»

«5) Y por eso, toda crítica a la Iglesia que sea auténticamente católica comporta un último presupuesto que no puede faltarle: *la humildad...*»

«Allí donde se ejerza la crítica, no faltarán ocasiones para ejercer la humildad. De esto se encarga ya —para empezar— la resistencia que opone la parte afectada por la crítica, ya sea con razón o sin ella, o —como será lo más frecuente— con una mezcla de razón y sinrazón ante todos los esfuerzos de renovación (piénsese sólo en las luchas de los reformadores dentro de las órdenes religiosas, que son conocidas por la historia y que han sido tan largas y tan llenas de vaivenes). Y como es normal que también la crítica cometa sus errores y será raro que cumpla con todos los presupuestos que aquí hemos descrito en una pintura ideal, la crítica provocará horas de ataque y de opresión interna que sólo podrán superarse con una humildad sincera y con sacrificios que quizá serán tan útiles para el objeto pretendido como la misma crítica...»

## 61 II. CONDICIONES PARA RECIBIRLA

«Y ahora hemos de preguntar en segundo lugar: ¿qué presupuestos ha de tener la otra parte para que la palabra crítica no caiga en el vacío, sino que resulte verdaderamente fructuosa para la renovación de la Iglesia?»

«1) En primer lugar debemos hablar de una *apertura* para la crítica, una receptibilidad típica de la misma humildad cristiana que reclamábamos como última condición de la crítica... Cuanto más vivo sea en la Iglesia este espíritu de humildad de su Fundador, mejor le irá. Y hace falta mucha más humildad para reconocer honradamente defectos públicos, o descubiertos ante la publicidad por la crítica, que para confesárselos a sí mismo

en privado. Pero, en cambio, el reconocimiento de la verdad es la más poderosa respuesta contra las exageraciones de la acusación.»

«2) En segundo lugar, desde el punto de vista católico, hay que tener una cierta *seguridad y tranquilidad* frente al tema de la crítica, tanto en general como en casos particulares. Hay no pocos católicos —y a veces entre los mejores— que reciben con una desconfianza angustiosa toda crítica, sobre todo si es pública, y la rechazan de antemano y cerradamente, como si fuese un ataque a lo más santo de la Iglesia. Y sin duda hay casos de crítica corrosiva que reclamarán una respuesta clara de parte católica, porque invadirán lo más íntimo y santo de la Iglesia; pero incluso en estos casos no tiene el católico ninguna razón para temblar por su Iglesia. Debe saber que es indestructible por voluntad de Cristo, y tiene una prueba patente de esto en los dos mil años que hasta hoy dura su historia... Lo que se apoya en nubes, pasa con las nubes; y ninguna nube dura dos mil años... Desde hace ya cuatrocientos años, se ha enunciado con toda seriedad, y al menos una vez por siglo, la muerte de la Iglesia. Pero sigue viviendo...»

«Por tanto, no hay que pensar como si la crítica en sí misma fuera algo inaudito en la Iglesia de Dios o hubiese de dañar necesariamente a su sano desarrollo. No fueron los peores tiempos de la Iglesia aquellos en los que hubo en ella un vivo movimiento de espíritus ansiosos de su reforma, aun cuando a veces tomaran la forma de agudas luchas. Sus peores épocas fueron aquellas —como hacia el final del medioevo— en las que ya nadie se atrevía a oponer una crítica eficaz a la corrupción creciente (porque se dejaban todos llevar por la sensación de impotencia ante la realidad) o se intentó ridiculizar con ligereza críticas que estaban hechas con seriedad, hasta que la insatisfacción largo tiempo incubada estalló

en el momento de la Reforma, con una crítica fuera de toda medida.»

«Más aún: el Tercer Reich nos ha dado un ejemplo patente de hasta dónde puede llevar la falta de crítica —y en concreto de crítica pública— en cualquier entidad comunitaria. Y ojalá que este ejemplo nos baste para mucho tiempo... Ojalá que nunca se llegue en la Iglesia católica a una situación en la que nadie que tenga en su corazón algún afán auténtico, encuentre ni la más mínima apariencia de justificación para recurrir a la crítica anónima porque no le ha quedado ningún otro camino para dar cauce a sus inquietudes...»

«¿Será todo esto un juego peligroso con el que puede dañarse la imagen de la Iglesia ante los que 'están fuera'? Aunque este reparo puede estar puesto con honestidad, no creemos que haya que darle demasiada importancia. Han pasado ya los tiempos en que podía esperarse el esconder manchas reales mediante un sistema de engaños (y otra vez, la prueba más clásica de ello la tenemos en los sucesos y los estados de cosas del Tercer Reich). Al revés: donde haya creyentes que se esfuerzan con seriedad y responsabilidad por la pureza y la asimilación de su Iglesia a Cristo, una tal conducta será siempre tomada en serio por todas las personas serias, como confirma la experiencia. Y por las voces de aquellos que lo que buscan es siempre un escándalo a cualquier precio, la Iglesia tampoco necesita preocuparse.»

«3) Y en último lugar, hay que pedir la máxima *objetividad* posible y una *justicia* incluso dolorosa frente a toda crítica. Cuanto más se consiga dejar de lado lo personal y atender sólo a la cuestión de que se trate, cuanto más el tono de la respuesta trasluzca autocontrol y sentido de la justicia, en lugar de excitación y afán de victoria, mucho más cabrá esperar que se aclaren las cuestiones discutidas y se superen muchos defectos sin

que la imagen de la Iglesia sufra ni hacia dentro ni hacia afuera.»

«Sinceramente creemos que, si las discusiones sobre la vida eclesiástica se llevan a cabo sobre el terreno que hemos descrito, la Iglesia sólo podrá salir de ahí enriquecida y bendecida...»

(A. KOCH, «Kritik an der Kirche», *Stimmen der Zeit* 141 [1947-48], pp. 169-184)

\* \* \*

*Aunque el artículo que acabamos de resumir es suficientemente completo, vale la pena notar, sin embargo, que una de las características mencionadas de la crítica a la Iglesia ha sido muchas veces comentada —y vivida— por otras muchas voces. Lo que A. Koch llamaba «humildad», ha de ser ejercitado ininidad de veces en la aceptación de una radical soledad y de un rechazo al menos inicial, que son el destino de los profetas y el crisol donde se prueba y se purifica el amor a la Iglesia. La crítica es, para el crítico mismo, más dura que para nadie: no sólo porque él se incluye a sí mismo en ella, sino por la cantidad de complicaciones «innecesarias» que le acarrea. En sus homilias sobre Ezequiel, exclamaba asombrado Orígenes:*

- 62 «¿Quieres saber qué es lo que más admiro en Ezequiel? Que cuando recibió el encargo de dar testimonio y de revelar las maldades de Jerusalén, no pensó en el peligro que de esta predicación podría seguirse para él, sino que, pensando únicamente en cumplir los preceptos de Dios, dijo todo lo que se le había mandado. Ciertamente es un misterio, una revelación de visiones sacrosantas sobre Jerusalén y sobre lo que de ella se dice. Y, sin embargo, la acusa proféticamente de 'prostitución', de que 'ha abierto sus piernas a todo transeúnte'. Atestigua esto con voz condenadora y reprende a la ciudad por sus crímenes.»  
(PG 13, 356)

*Orígenes aplica a la Iglesia las palabras que Ezequiel dirige a Jerusalén: Jerusalén es salvada en último lugar, luego de Sodoma y Samaria, que son «los paganos y heterodoxos», porque «cuanto más próximos estábamos a Dios, tanto más nos alejamos de El al pecar». Y Urs von Balthasar comenta así las palabras de Orígenes:*

- 63 «Orígenes emplea aquí un lenguaje muy prudente y moderado. Habla de los hombres de la Iglesia, no de la Iglesia en cuanto tal. Pero habla de esos hombres en tanto en cuanto forman y representan a la Iglesia, y se refiere a ellos tanto más cuanto más 'hombres de Iglesia' son. Se refiere casi siempre a aquellos que, por ministerio, son representantes y manifestadores de la Iglesia, y no los disculpa, como tampoco el profeta disculpaba a la prostituta Jerusalén.»

«Pero, a la vez, Orígenes habla de modo existencial: precisamente en estas homilias tiene que hablar de sí mismo. Pues la Iglesia sería más pura si él no fuese tan impuro. Tanto aquí como en otros pasajes, ... Orígenes se coloca a sí mismo en último lugar, como el más indigno de todos, y carga con toda la culpa. Apoyándose en la fuerza de este gesto auténtico, puede convencer a los demás creyentes de que la culpa más grande, la culpa más decisiva, se encuentra en Jerusalén: en los hombres de la Iglesia. Y que éstos son tanto más culpables cuanto más se enorgullecen, como los fariseos, de su pureza y de su sabiduría eclesiásticas.»  
(*Ensayos Teológicos*, Madrid 1964, II, pp. 315-316)

*Y esta difícil situación de la voz crítica es la que es considerada como campo para un verdadero amor a la Iglesia en el comentario que hace Ratzinger a un texto de Gerhoh de Reichersberg citado en nuestra primera parte (texto 13):*

- 64 «¿Es en absoluto signo de mejores tiempos que los teólogos de hoy no se atrevan ya a hablar en ese tono?

¿O no es más bien signo de menguado amor, al que no se le quema ya el corazón en santo celo por la causa de Dios en este mundo (2 Cor 11, 2), un amor que se ha hecho romo y no se atreve ya a abrazar el sufrimiento por la amada y a causa de la amada? El que no se siente ya movido por la defección del amigo, no sufre por ella y no lucha por su retorno, ese tal ya no ama. ¿No habrá de aplicarse también esto a nuestra relación con la Iglesia?»

(*El nuevo pueblo de Dios*, Barcelona 1972, p. 290)

*Este puede que sea, efectivamente, el fondo último de la cuestión: un amor que es de tal calibre que no teme ni siquiera abrazar el sufrimiento por Aquella a quien ama, porque la ama más que a su propia tranquilidad. El autor de esta antología confiesa que tal amor a la Iglesia no es pura teoría: él cree haberlo visto en K. Rahner, cuyas palabras han ocupado buena parte de nuestra selección. Por eso, y como homenaje al gran maestro, que hace poco nos dejó, quisiera cerrar esta encuesta con un fragmento de la homilía que, en el funeral de K. Rahner, pronunció el provincial de los jesuitas del sur de Alemania, Alfons Klein. En dicha homilía hay un largo párrafo sobre Rahner, hombre de Iglesia:*

65 «El hizo teología a partir del centro del ser humano. Esto es lo que confería a su palabra tanta credibilidad. Pero esto es también lo que en no pocas ocasiones la hacía crítica, amonestadora y colérica, sobre todo cuando tenía la impresión de que ciertos procesos en la Iglesia, más que permitir la contemplación sin trabas de Dios, de su amor dirigido a los hombres y de su misericordia, la perturbaban. Pues el siguiente concepto clave para Ignacio y para el padre Rahner (*sentire cum ecclesia*) no significa aceptar acríticamente lo que viene de arriba, desplazar la responsabilidad hacia arriba, simplemente oír lo que allí se dice, sino *sentire*, esto es, sentir con la Iglesia. Y si la Iglesia existe para los hombres,

y no al revés, esto significa justamente también sentir con los hombres. Sus problemas le llegaban al corazón, y sus necesidades las expresó él también, como hombre de palabra franca y de gran sensibilidad, en nombre de los sufrientes, cuestionadores y desesperados.»

«Como Ignacio, Karl Rahner vivía también en aquella tensión fundamental:

— por una parte, un sí ilimitado a la Iglesia, también en su forma humana y con todas sus limitaciones: aceptándola tal como Dios nos ha aceptado en la encarnación de Jesús, con todos nuestros pecados y debilidades;

— por otra, la Iglesia no era para él Dios mismo, sino camino hacia Dios, medio, instancia provisional y pasajera, cuya tarea y justificación consiste en la finalidad que Jesús le ha señalado: hacer espacio a Dios y actualizar para los hombres su amor y misericordia, servir a los hombres en su camino por esta vida hacia Dios.»

«De aquí que, cuando veía a la Iglesia en peligro de vivir al margen de su misión, pronunciara animosamente una palabra franca, y en ocasiones brotó de él también la cólera del profeta, la cólera del herido en su gran amor a la Iglesia y a los hombres. Por eso fue él también un aguijón en la carne eclesial. Así se explica igualmente su sufrimiento por causa de la Iglesia.»

«A pesar de ello, nunca revocó su sí a la Iglesia concreta: permaneció fiel a ella, como cónyuge en un matrimonio a ratos difícil, lleno de tensiones. Y cualquier cosa que hiciera, la hacía por amor y sentido de responsabilidad respecto de la Iglesia y los hombres, ante quienes se sentía obligado como servidor de la buena noticia de Jesús.»

«Aun teniendo en cuenta la crítica, su interés se dirigía



siempre a la Iglesia en su dimensión total. En sus palabras nunca resonó la vanidad del sabelotodo. Siempre estuvieron alentadas por el afán de que el mayor número posible de hombres comprendieran la buena nueva de la redención de Jesucristo y la experimentaran como salvación.»

«La crítica contra él, que procedía de la Iglesia misma, le producía dolor. Especialmente en los últimos años, cuando un ambiente de 'tiro libre' a este hombre caracterizaba cada vez más la situación en determinados círculos de la Iglesia, fue atacado con frecuencia por personas que no lo habían leído en absoluto o que, si lo habían leído, no le habían comprendido en su intención; desde gente de elevada posición hasta los sencillos. Le criticaron, le difamaron e incluso le escribieron cartas injuriosas. El las leyó. Las guardó. Le afectaban y le producían dolor.»

«Podía soportar la crítica cuando se trataba de sí mismo o de un determinado punto de vista que él representara. Era suficientemente humilde como para aceptar la crítica justificada, y suficientemente piadoso como para soportar también la injustificada, como Jesús y más tarde su padre Ignacio. Pero le hacía sufrir el pensamiento de haber fallado quizá en su servicio, pues tenía a este respecto una conciencia delicada y quería solamente servir a los hombres y no inflingirles daño. La crítica le afectaba duramente, porque tenía la impresión de que se le reprochaba no amar a la Iglesia cuando se le decía que la destruía, que era un hereje, que desorientaba a los fieles. Pues no deseaba nada de eso. Quería servir a la Iglesia y a los hombres. Pero, por muy absurda que le pareciera más de una crítica, no estaba tan seguro de sí mismo ni tan dotado de un sentimiento de superioridad como para excluir que, a pesar de las mejores intenciones, no hubiera incurrido también en equivocaciones y fallos.»

«Con todo, hacia el final de su vida logró también, en una mirada retrospectiva, relativizar esa penosa experiencia. A veces se le oía decir, dirigiéndose a colegas más jóvenes que se excitaban mucho por haber sido atacados y criticados: 'la cosa no es para tanto'.»

«Otro rasgo suyo era, como en Ignacio, su capacidad para el discernimiento de los espíritus. Estando completamente orientado hacia Dios, poseía un fino olfato, un 'husmeo', como lo llamaba su hermano Hugo, para el enjuiciamiento de todo lo demás. Desde esa distancia, desde esa libertad interior que se origina cuando no se confunde a Dios con nada finito y uno se fundamenta sólo en él, le era posible ser abierto ante todo lo demás, escuchar, aprender, no enjuiciar con excesivo apresuramiento. Eso le hacía tolerante y sereno. Podía reconocer el bien y, como su padre Ignacio, lo presuponía en cada hombre incluso cuando tenía que comenzar por sacarlo a la luz por medio de una paciente escucha (*Ejercicios Espirituales*, n. 22). Por otra parte, notaba también, debido a esta orientación sólo a Dios, cuándo algo, dentro o fuera de la Iglesia, más bien obstaculizaba y falseaba el camino hacia Dios y hacia el hombre, incluso bajo terminologías religiosas y, por tanto, resultaba ser peligroso para el hombre. ¡Entonces sí que hablaba Karl Rahner!»

## **4.<sup>a</sup> PARTE: HOY Y AQUI**

---

### **LA ARRUGA DE LA AUTORIDAD Y LA MANCHA DE LA RIQUEZA**

«No debe usted olvidar que si en diversos lugares hablo yo expresamente contra el actual estado de cosas (en la Iglesia), no lo hago a la ligera, sino para mostrar que siento las dificultades que azotan a muchos espíritus.»

(J. NEWMAN, **Carta a Keble**, del 6.IX.1843)

Antes de proponer unas breves reflexiones que cierren este recorrido por páginas ajenas, puede ser útil buscar algún balance sintético de lo que dicen los textos que hemos ido comentando. A lo largo de la síntesis que sigue, remitiremos a aquellos textos, valiéndonos de la numeración que les hemos dado al presentarlos.

## 1. BALANCE

Y al tratar de hacer esta síntesis de lo que dicen los textos críticos, su misma naturaleza los agrupa en dos momentos muy diversos de la historia de la Iglesia. Dos momentos cronológicos que son: el anterior y el posterior a la Reforma de Trento. De este modo, el balance que intentamos presentar se articula aproximadamente en torno a cada una de las dos mitades de este segundo milenio de la historia cristiana.

### 1.1. Textos anteriores a Trento

#### A) *Desde dónde se critica*

Un primer rasgo que encontramos en los textos más antiguos se refiere al punto de referencia desde donde se hace la crítica, y podemos sintetizarlo con una formulación que creo muy provechosa para nosotros hoy: *la crítica a la Iglesia se hace desde el Evangelio, no simplemente desde la cultura ambiental* (nótese la cantidad de referencias a la Escritura en los primeros textos). No hay duda de que esto viene condicionado, al menos en parte, por la situación de «cristiandad». Pero puede ser que esta explicación resulte insuficiente, pues también la «cristiandad» conoce formas establecidas y no evangélicas de vida y de conducta, a las cuales se asimila la Iglesia casi por necesidad; y esto es precisamente lo que

sus profetas critican. Nótese —como único ejemplo— la teología del ministerio eclesial que late en los primeros textos citados de San Bernardo, y que podría resumirse así: el ser del ministerio eclesial *son* las ovejas, no el ministerio en sí mismo; y menos aún son las ovejas la ventaja del pastor, aunque la realidad se empeñe en decir lo contrario. Este hablar desde el Evangelio convierte la crítica en una palabra dicha muchas veces «desde la utopía», pero que precisamente por ello queda como inmunizada ante la respuesta de que «nunca se ha hecho así» (ver texto 2).

Y este hablar desde el Evangelio tiene las siguientes consecuencias:

1) En primer lugar, este punto de referencia hace *incesante* la crítica, porque la convierte en obsesión por una pureza que es escatológica y, en este sentido, imposible. Tal obsesión es desgarradora, pero no por ello cesa ni se resigna. Como tantas veces hemos dicho ya, es el Evangelio el que no deja vivir tranquila a la Iglesia.

2) En segundo lugar, este punto de referencia *justifica* también la crítica, porque el Evangelio es de todos los fieles, no sólo de la jerarquía. Cuando Sta. Catalina escribe al «cristo de la tierra», se atreve a hacerlo porque habla «de parte del Cristo del cielo» (texto 7). Con ello reconoce que cada fiel, hasta una pobre monja de veintitantos años, posee algo del Espíritu, algo del «Cristo del cielo», que ni el papa puede quitarle y que hace posible el que libertad personal y amor comunitario coincidan en una crítica, en lugar de contraponerse.

3) También por ese punto de referencia, la crítica, al convertirse en problema de responsabilidad, *no se dirige sólo a los jerarcas*, como si brotara de un sentimiento freudiano de anti-autoridad. También los fieles, también la casta de los «doctores» (¡los teólogos!) y el propio crí-

tico se ven afectados por la crítica (ver texto 10). Y al brotar de la responsabilidad, la crítica se convierte en una urgencia perenne de que toda responsabilidad no sea nunca vivida en provecho propio (ni siquiera en provecho del puesto o de la propia función), sino como «pro-existencia», como servicio a la comunidad y al Evangelio.

4) Y finalmente, también por este punto de referencia es por lo que la crítica tiene sus *posibilidades redentoras*. Una crítica hecha de este modo asume y da por supuesto que, a pesar del mal estado de lo real, el papa sigue siendo padre y está obligado a no rechazar por soberbia la crítica (texto 25). Y que el fiel sigue siendo Iglesia, es decir, responsable de ella y no observador desinteresado o manipulador exterior de ella, ni tampoco buscador de grandeza a su costa. Y asume también que papa y fiel están más unidos por la exigencia del Evangelio que separados por su hipotético enfrentamiento (ver texto 25).

Y junto a esta referencia al Evangelio (o mejor, como forma de concretarla) ha aparecido en varios de los textos presentados la referencia a la Iglesia primitiva (ver textos 2, 18, 19, 20 y 31 como únicos ejemplos). La Iglesia primitiva es momento privilegiado de la Tradición teológica, que obliga a distinguir seriamente entre lo que es Tradición (teológica) y lo que es tradicionalismo (sociológico). El tradicionalismo, a pesar de que apela formalmente a «la tradición», está casi siempre refiriéndose materialmente no a la Iglesia primitiva, sino a la de los años inmediatamente anteriores a cualquier cambio histórico: es un dato muy confirmado por la experiencia en nuestros días que la gente que más apela a «la tradición» sólo se refiere en realidad al siglo pasado o, a lo más, a los siglos inmediatamente anteriores al Vaticano II.

Esta referencia al Evangelio es una lección a aprender por los modernos críticos de la Iglesia. No es extraño

que muchas de las críticas que hoy se dirigen a la Iglesia —incluso por cristianos— nazcan de las demandas culturales de la modernidad. Esto no es censurable sin más, porque el Evangelio *siempre* es leído desde una cultura, y porque el Espíritu de Jesús «trabaja» *también* (junto con el pecado) la marcha de las culturas en la historia, llegando muchas veces a convertirlas en el lugar donde Dios hace nacer una verdad evangélica cuando el pueblo de Dios ha olvidado pecaminosamente esa verdad. (Y esto puede explicar por qué, con la aparición de la modernidad y la fractura de la «cristiandad», la referencia al Evangelio no está tan intensamente expresada en los textos posteriores a Trento que hemos citado).

Pero estas razones no significan que los valores culturales de cualquier historia no deban a su vez ser criticados desde el Evangelio antes de que un cristiano los lance como reivindicación crítica contra la Iglesia. Nos hallamos aquí, otra vez, ante eso que se llama «círculo hermenéutico», y que es peligrosísimo romper para convertirlo en una línea de dirección única. Por el hecho de ser sabiduría de Dios para nosotros, el Evangelio no deja de ser locura y escándalo para todo lo que cada uno de nosotros lleva dentro de «pagano» o de «judío» (cfr. 1 Cor 1). Así, por ejemplo, es legítimo preguntar si algunas de las reivindicaciones que hoy se esgrimen contra la Iglesia en el terreno de lo sexual brotan de la libertad evangélica o brotan de un paganismo ambiental que (como el de Rom 1, 18ss.) es inconsciente de su propio pecado y ha contaminado además a los cristianos críticos. Como también es legítimo pedir que las críticas al ejercicio de la autoridad en la Iglesia no se hagan, sin más, desde la noción moderna de democracia, sino desde la noción neotestamentaria de «comunidad» (*koinonía*). Aunque haya que añadir que la noción histórica de «democracia» encarna mucho mejor la *koinonía* evangélica que las nociones históricas de «monarquía absoluta»

o de «aristocracia». Pero esto último tampoco es obstáculo para que *la realidad concreta* que llamamos «democracia» y las mentalidades que ella genera deban ser criticadas desde el Evangelio (como desde el hombre, sin más).

### B) *Temas de la crítica*

El segundo rasgo que queremos destacar es de carácter más temático. Es fácil percibir el lugar decisivo que, en casi todos los textos citados, ocupan dos temas fundamentales. Primero, el de la riqueza, del que en seguida haremos notar cómo aparece vinculado al tema de los pobres. Y luego el tema de la autoridad y el poder. No son, por supuesto, los dos únicos temas de las críticas que hemos visto. Pero vamos a fijarnos en ellos porque perduran a lo largo de toda la cronología de nuestros textos y porque servirán de base a nuestras reflexiones para hoy.

#### B.1. POBREZA Y RIQUEZA

Las críticas en este terreno aparecen ya en los textos 1, 2, 3 y 5, de San Bernardo. Como polvo del camino que se ha pegado al convivir con una cultura para asumirla, la riqueza desfigura el tejido de la Iglesia, pervirtiendo la relación entre sus miembros: los jerarcas son ahora «repartidores de favores», en lugar de hermanos, y por eso la relación con ellos degenera en relación interesada (texto 2). Por lo general, nuestros autores ven aquí algo más que un pecado personal u ocasional. Si no siempre cabe hablar de pecados «estructurales», sí podemos decir que nuestros críticos ven aquí pecados «estructurados», es decir: usos o costumbres ya cuajados que, por eso mismo, pueden ser descritos con el lujo de detalles con que ellos los describen y pueden ser criticados incluso dejando intacta la buena voluntad de las personas. Pero

que, por eso mismo, permanecen ambiguos (quizá incluso bendecidos) o, al menos, no suficientemente condenados (texto 6).

Este tema es, además, uno de los que hacen que más se endurezca la voz de los críticos (ver textos 1-5, 6, 11, 22. Y la razón que repiten es bien clara: *los pobres son los señores de la Iglesia y su criterio de identidad*. Esto obliga a tener muy en cuenta la sensibilidad *del* pobre y la sensibilidad *por* el pobre (textos 2, 6, 20). De los pobres son los bienes de la Iglesia, se nos repite constantemente (6, 9, 11, 21), y el Evangelio no tolera que esos bienes de los pobres los dilapide la Iglesia para intereses suyos particulares o ajenos a los pobres, ni que el oro sea preferido a Cristo (22), o que la acumulación de beneficios (20, 21, 23, 26) y la falta de comunidad de bienes en la Iglesia (20) generen un desamparo en los pobres (23) que provoque el desprecio de la Iglesia por los sencillos (20) o degeneren en una especie de «lucha de clases» en la Iglesia (23). El reverso de esta medalla es que la riqueza conduce al absolutismo, y éste a una corrupción de los ministerios en forma de «favores», «carrerismo», etc. (2, 12, 23, 26...).

Esta misma realidad viene presentada por Rosmini no de manera puramente descriptiva o enunciativa, sino descubriendo el proceso que lleva a ella, tal como suelen hacer los maestros de espiritualidad para desenmascarar alguna tentación del demonio. El texto de Rosmini (31) deja traslucir un proceso insensible, cuyos pasos serían más o menos éstos: un exceso de medios ambiguos ha llevado a prácticas contrarias al Evangelio; y de ahí a una acumulación cada vez mayor de esos medios ambiguos (poder, dinero, etc.), con lo que el proceso recommendation.

Finalmente, en textos más recientes (pero anteriores todavía al post-Vaticano II) este tema va recibiendo formulaciones muy alejadas de las de un S. Bernardo (prue-

ba de que las conductas personales han cambiado) y más cercanas a las que estallarán, sobre todo, a raíz del Vaticano II. Así, se habla de falta de compromiso social y de justicia (33) o de alianza con los poderosos contra los pobres (41)... Pero el interés teológico es el mismo que en los textos más antiguos.

## B.2. AUTORIDAD

Por lo que hace al tema de la autoridad, es posible encontrar en nuestros textos un doble capítulo de críticas. El primero se dirige contra una *imagen* de la autoridad que, a través de la acumulación de riquezas, ha sido contaminada por la imagen de las autoridades mundanas.<sup>1</sup> El segundo se dirige contra un *modo absolutista de ejercerla*, que probablemente deriva del capítulo anterior. En cualquier caso, es sorprendente el paralelismo que puede establecerse entre estos dos capítulos y el célebre texto evangélico de Lucas (22, 25ss.): los reyes se hacen llamar bienhechores y, además, oprimen. Por otra parte, si intentamos formular ambos capítulos en positivo y no en negativo —como meras críticas—, podemos obtener de ellos un verdadero tratado espiritual sobre la práctica de la autoridad en la Iglesia que abarcaría estos tres puntos:

a) La autoridad no debe asumir la noción mundana de «dignidad» (texto 2), sino la noción de la dignidad de Dios que revela el Evangelio (Jn 1, 14) y que consiste en «hacerse carne» para habitar entre los hombres. Por eso, para S. Bernardo, el papado en sí y en sus relaciones con las otras iglesias es una visibilización de esa ins-

<sup>1</sup> En los párrafos siguientes, la palabra «mundano» es utilizada en su sentido neotestamentario y ascético, que no designa simplemente al mundo como creatura de Dios, sino como sede del pecado.. Véase el texto bíblico citado por Enrique de Langenstein en texto 21.

tancia utópica que marca a la Iglesia, mucho más que una pieza polarizadora de su estructura (2). Y, sin embargo, Gerhoh se atreve a presentar no el papado, pero sí la curia romana de su tiempo, como una concentración de ese proceso mundanizador de la imagen de la autoridad (13), hasta el punto de que se refiere mordazmente a ella, llamándola «antes Iglesia, hoy curia».

Esa noción evangélica de dignidad obliga a evitar todo contagio con unas imágenes mundanas de la dignidad, para las que ésta residiría en lo rico de las apariencias (1, 5, 6, 12, 21). Si la autoridad de la Iglesia entra por esa imagen falseada, será inevitable su vinculación con los poderes mundanos (13, 15, 19, 23) e incluso con las formas menos evangélicas de ese poder mundano, como son los poderes hostiles a los pobres («los conservadores» [33] y «los poderosos» [41]). Frente a ese autoencumbramiento, la autoridad eclesiástica debe esforzarse por asumir la imagen de Aquel que se presentó «como un hombre cualquiera» (Flp 2, 9), sin temer que se note su condición humana (texto 21). Lo contrario es lo que S. Bernardo llama secuestrar «la llave de la autoridad» (4).

b) Y de esa asimilación a la imagen mundana de autoridad se seguirá necesariamente una serie de usos concretos que deben ser evitados. Entre otros, encontramos enunciados los siguientes:

— La falta de libertad de esa autoridad, que en realidad estará secuestrada por aquellos con quienes se comparte esa imagen mundana. Ello dará lugar a una falta de autoridad *real* y a un aislamiento estéril en el momento en que más se proclama el propio poder (38).

— El absolutismo, como si un hombre pudiera serlo todo (20), con la consecuencia de la excesiva centralización, que hace imposible una información suficientemente válida para actuar (20).

— Los abusos en las designaciones (2, 10, 21) efectuadas, por ejemplo, por razones de «buena posición social» mundana (6) o por alianzas de intereses mundanos y política eclesiástica (31).

— La utilización abusiva del poder espiritual (21, 23), que será empleado muchas veces para acallar las mismas voces proféticas (1, 3, 13), lo cual, además, acabará por conducirlo a su propio descrédito (23).

— La fijación en muchas cosas que no son norma de fe, sino simplemente usos establecidos, pero que se defienden obstinadamente como «de fe» o, al menos, como si fueran intocables (25). Los Estados Pontificios no son el único ejemplo de esto.

— La utilización de los colaboradores o subordinados, al objeto de hacerles asumir la responsabilidad de decisiones que no son suyas, sino de la autoridad superior, la cual busca de este modo dejar a salvo la propia imagen (39)...

c) Finalmente, algunos textos señalan la raíz última de todos estos peligros en lo que Dante llamaba «confundir los dos regímenes» (15), y que suele personificarse aludiendo a Constantino o a Carlomagno, pero que tiene un alcance mucho más profundo que el mero poder temporal del papa. El peligro más radical parece residir en el uso de medios no evangélicos para servir al Evangelio, o lo que S. Hilario llamaba «ayudar a Dios mediante usos humanos» (19), donde «humanos» no tiene simplemente el sentido de «creados», sino el de «sometidos al empecatamiento de la creación» (véase en el texto 19 el paralelismo con «ambiciones mundanas» y su posterior ejemplificación en: poder, dignidad palaciega, patrocinio imperial, etc.).

Lo fundamental de este uso es que se ve *erigido en principio* estructural, teórico, en lugar de brotar de puras situaciones ocasionales o situaciones-límite y, por

eso, excepcionales. De esta manera, dichos medios no pueden ya ser criticados al ser asumidos (2, 26). Y a partir de aquí se señalan dos consecuencias muy serias de la aceptación teórica de estos medios:

— Se falsifica a Dios («idolatría», «comerciar con Cristo [15, 16] o «creer impotente el poder de Cristo» [19]).

— Se contamina o se corrompe aquel que los usa (la avaricia de Nicolás III, criticada por Dante, o la «ambición de poder» censurada por S. Hilario en los mismos textos de antes).

Y esto genera una división inevitable en el pueblo cristiano (17) entre los que disfrutaban de esos medios (teóricamente para servir a Cristo, pero en la práctica como «adictos» a ellos) y los que no disfrutaban de tales medios. En el lenguaje literario de Dante, las llaves se convierten entonces en «pendón de guerra», y el poeta llega a decir —equivocadamente (cfr. Mt 23, 1)— que la sede de Bonifacio VIII está vacante ante Cristo (17).

## 1.2. Textos posteriores a Trento

Nuestra antología ha puesto de relieve cómo, tras Lutero y la Revolución Francesa, muchas de las críticas anteriores desaparecen. Lo cual no se debe únicamente a la reforma postridentina de costumbres. Se debe también al uso que hizo Lutero, en provecho propio, de determinadas críticas sinceras, como la de Adriano VI, cosa que fácilmente genera desconfianza y afán apologético. Y se debe, finalmente, a que, a partir del siglo XVIII, la Iglesia se siente más atacada; y aunque tal vez la Iglesia nunca se preguntó qué parte tenía ella en esos ataques, el hecho es que ahora la crítica brota desde el exterior de ella.

Pero, curiosamente, este supuesto sosiego interior tampoco resultó benéfico, pues poco a poco fue llevando

a la Iglesia a replegarse sobre sí misma, cuando no a dormirse. Por eso en el siglo XX comenzó a sentirse lo que ya habían pre-sentido algunos profetas del siglo XIX: la necesidad de una reforma profunda y estructural de la Iglesia.

Ya hemos podido constatar que en esta crítica moderna resuenan algunos de los temas antiguos (y en concreto, los dos que más han aparecido en nuestro balance: el de la predilección por los pobres y el del ejercicio de la autoridad). Con todo, y como no podía ser menos, la crítica moderna encuentra acentos más propios, dado que —como también hemos notado varias veces— se dirige más a fallos estructurales que a conductas personales.

Y tal vez el capítulo más recurrente en esta época es lo que, con expresión más tardía, se ha dado en llamar «eclesiocentrismo»: la imagen de una Iglesia centrada en sí misma y que parece vivir pensando sólo en sí y obsesionada por su propia supervivencia; de modo que, incluso cuando dice anunciar la Palabra, parece más atenta al brillo y a la autoridad que proporciona el hecho de anunciar que a la comprensión y aceptación de lo anunciado. Este eclesiocentrismo es lo que I. F. Görres describía como «prestar mayor atención al poder eclesiástico que al Reino de Dios» (33) y que, en definitiva, brota de un miedo al futuro y de la tentación de la seguridad a toda costa, aunque se pretende que es seguridad *para la misión*. El texto 32 es un ejemplo paradigmático de esa tentación de seguridad, que se vuelve ciega para ver *los precios* a los que es adquirida («bayonetas», «escándalo que arruina»<sup>2</sup>...) y olvida que el Evangelio no se

<sup>2</sup> Y otros que el texto no cita, como era el derecho de veto de las potencias políticas en el Cónclave; veto que elevó al Pontificado a Pío X (porque Austria excluyó al cardenal Rampolla) y que el papa Sarto tuvo —¡por fin!— el valor de abolir.



propagó en virtud de la seguridad de las plataformas de su anuncio, sino en virtud del contenido del anuncio mismo. Una tentación de seguridad que Rahner definía como «miedo al futuro, triunfalismo del pasado y sospecha del presente cuando no ha sido hecho por ella» (41) y que también está en la base de las cálidas diatribas de un Papini (34-37), las cuales siempre reinciden en la misma intuición: una Iglesia oficial que ya no es de misioneros, sino de funcionarios; funcionarios no corrompidos, pero sí instalados y, por ello, mediocres.

Este capítulo resume, en mi opinión, todo lo que dicen los textos modernos, pues todas las demás acusaciones parecen brotar de él. De esa tentación de seguridad surgirán deficiencias en el interior mismo de la Iglesia (desconfianza en el laicado o una predicación vacía y que no es anuncio de Buena Nueva [33], lentitud científica y peso de la inercia burocrática [41]...); surgirán deficiencias también en las relaciones con las demás iglesias cristianas (falta de pasión por los que se han ido, falta de reconocimiento de la obra del Espíritu en ellos, absolutización unilateral de la propia verdad [41]); y deficiencias, finalmente, en la relación de la Iglesia con el mundo (que estará hecha más de vulgaridad cómoda que de riesgo amoroso y no sabrá, por ello, captar sus «horas» y sus momentos [41]). Pero la impresión que arrojan nuestros textos es que todos estos otros capítulos son derivados y brotan de esa enfermedad más radical que hemos intitulado como «eclesiocentrismo».

Así tenemos muy rápidamente sintetizados los contenidos de las críticas, tanto pretridentinas como postridentinas. Pero, además de estos contenidos, nuestros textos encierran suficientes elementos para esbozar una reflexión *teológica* sobre el hecho mismo de la crítica en la Iglesia. Y a ella dedicaremos la última parte de nuestro rápido balance.

### 1.3. Elementos teológicos

Estos elementos que vamos a recoger se refieren, unas veces, a la Iglesia misma, y otras a la voz crítica. Y aunque sea muy sumariamente, podríamos sintetizarlos en esta única tesis: *la Iglesia no deja de ser santa por el hecho de ser criticada, sino que su santidad la obliga a escuchar la crítica. Y el crítico no es santo por el hecho de hacer la crítica; pero, por ser Iglesia, está obligado a hacerla santamente.* Huelga decir que en esta reflexión incorporaremos también los textos de la segunda y tercera partes de la antología, que son los que mejor material suministran para ella.

#### A. La santidad de la Iglesia

a) Por lo que toca a la santidad de la Iglesia, son varios los textos que insisten en esa dualidad desgarradora y muchas veces comentada: la Iglesia es «de este mundo» y, por tanto, corrompida; pero es Esposa de Cristo, y Este no la deja en paz hasta que El vuelva. Ese es el misterio del «Espíritu en la carne» que todo hombre y todo el mundo lleva dentro, pero que la Iglesia encarna e intensifica precisamente como «signo de la salvación». Podríamos reformular nuestro texto 14 diciendo que lo que en cada hombre es ser *simul iustus et peccator*, se agudiza en la Iglesia como *casta meretrix*. De modo que la dualidad le viene a la Iglesia del hecho de ser «paradigma de la humanidad» y, por ello, paradigma de gracia y de pecado (48). La crítica legítima es la expresión de este hecho, no otra cosa. Mientras que negar la legitimidad de toda crítica, apoyándose en lo sobrenatural de la Iglesia, sería una herejía de tipo «doceta» (60): la observación de S. Agustín de que siempre habrá jerarcas que usarán sus diócesis para honores y comodidades propias (52), o la de Durando de que al papa no se le ha dado licencia para pecar al otorgarle la sede de Pedro (20),

no son una mera constatación psicológica, sino un principio teológico; quieren decir que Dios no ha dispensado a su Iglesia de ese riesgo, ni es ésa la santidad que le ha dado. Como tampoco quiere Dios dispensar a la Iglesia de las leyes de funcionamiento de todo gran cuerpo social. De modo que si, con Pío XII, es la naturaleza misma de los cuerpos sociales la que hace necesaria una cierta crítica, entonces negar su legitimidad sería, otra vez, una concepción doceta o monofisita de la Iglesia (57) que negaría la realidad de la Encarnación: se pretendería que la Iglesia es un espíritu sin cuerpo. Y este tipo de negaciones, como sabe cualquier psicólogo, constituyen la mejor ocasión para que, luego, ese «cuerpo» negado o tenido por inexistente acabe comiéndose secretamente al Espíritu en la Iglesia. Por eso, en cuanto que es a la vez principio teológico y observación de experiencia, el hecho que comentaba Agustín en el texto 52 debe ser simultáneamente aceptado y combatido: aceptada la Iglesia así, *esta* Iglesia; pero combatidos los hombres concretos que sean así. Y por eso la crítica puede convertirse, en cuanto que expresa ambas cosas a la vez, en testimonio de unidad (52), pero de esa unidad misteriosa que, entre lo santo y lo pecador, se da en la Iglesia.

b) Derivada de esa dualidad entre santidad y pecado, o entre Espíritu y «cuerpo» (aunque no necesariamente identificada con ellos), aparece en la Iglesia otra dualidad, que es la dualidad entre el poder y el carisma. Si en cualquier sociedad totalitaria puede decirse que el portador del poder es el portador del espíritu de dicha sociedad, Rahner insistirá en que, en la Iglesia, poder y Espíritu no coinciden necesariamente (59, 60). Esto supone, para Rahner, una serie de cosas: supone la posibilidad del error en la Iglesia oficial; supone la posibilidad de verdades o iniciativas válidas que son voluntad de Dios y que no brotan de arriba, sino de abajo; supone

una gran amplitud del concepto de «vida de la Iglesia», el cual es algo más que obedecer. Pero supone, sobre todo, que tal dualidad es estructural en la Iglesia y querida por Dios; y que la unidad de la Iglesia es una *koinonía* de lo tenso, en lugar de ser una supresión de la tensión mediante la eliminación de uno de los dos polos (el jerárquico o el carismático). Y todo esto lleva a Rahner, amparándose en la misma definición de la infalibilidad, a sostener que los poderes impositivos son en la Iglesia para situaciones de excepción, no para la actuación ordinaria. Y lo que es para casos excepcionales no puede ser la única fuente de actuación (59). A lo cual añadiríamos nosotros que la situación excepcional no puede darse únicamente allí donde se vea amenazada la unidad, sino también allí donde amenace la uniformidad que destruye toda pluralidad.

Pero si ésta es la santidad de la Iglesia, entonces es ella misma la que exige la crítica, en lugar de hacerla imposible. La posibilidad de la crítica en la Iglesia brota primariamente de esta paradoja que la constituye: es santa y está formada por hombres pecadores. Que la Iglesia es santa, significa precisamente que *se le debe exigir más*, aunque esté formada por hombres (49), no que se la deba alabar más. Y así es como el hecho de la crítica debería establecer la distinción más radical entre la Iglesia y otras instituciones: con éstas se puede transigir más, porque ya se sabe lo que dan de sí los hombres. Hay, pues, en la crítica a la Iglesia, algo de asombroso, de loco, ante la lógica del mundo. Algo que esta lógica calificaría como «insolencia» («que el último hable al primero, o el pobre al poderoso» [42]) o como «intromisión» (y que es lo que haría preguntarle a S. Columbano quién le nombró juez: ver texto 42). Pero esa sabiduría del mundo se quiebra (según el mismo texto 42) por estas razones: por el Evangelio, donde no hay primero ni último, y por la realidad de la Iglesia, que es *de todos*

y en la que nadie está excluido de la responsabilidad de edificarla. Precisamente por ser tan de todos, todos la aman más que al puesto que ocupan en ella: el papa ama a la Iglesia más que a su papado, y el fiel la ama más que a su propia tranquilidad. Ambas razones son las que dan fuerza a S. Columbano, aunque luego no se dispense de añadir una tercera, de sabiduría humana o de sentido común: cuando la crítica está ya fuera (entre los «arrianos» o los enemigos), el que la haga alguien de dentro puede ser no insolencia ni intromisión, sino amistad (42). Aunque amistad con dolor.

Son varios los textos que insisten en esta misma argumentación: que lo que a veces se esgrime como razones *contra* la crítica (santidad, dignidad, etc.) son precisamente las razones que fundamentan teológicamente la crítica, con sólo que se las entienda escatológicamente. Los autores de los textos 49 y 50 (fin) no conocían la expresión moderna del «reparo escatológico». Pero su forma de argumentar no hace más que aplicar a la Iglesia esa misma «reserva escatológica» que la Iglesia esgrime ante las realizaciones de esta historia. Si se quita esa nota escatológica, entonces la santidad, la dignidad, etc., se convierten en mundanización. La crítica puede impedir esto; y por ello insisten S. Agustín y Juan de París en que es la propia santidad de la Iglesia la que obliga a escuchar la crítica (51, 45). Y es la misma santidad de la Iglesia la que hace que no se la pueda amar sino exigiéndole lo que, por su santidad, le compete (33). Al hombre particular, que no tiene de sí más que el pecado, Dios le ama perdonándole (Rom 5, 8ss.). Pero no exigir a la Iglesia sería tanto como abandonar la fe en su santidad, aun cuando la exigencia haya de ser una exigencia amante (43).

c) La necesidad de esta exigencia se agudiza porque varios textos reconocen que, en la dualidad de la Igle-

sia, los miembros malos ocultan y hacen invisibles a los demás miembros (10 y 25). Lo cual concede cierta razón a quienes atacan y desautorizan a la Iglesia, hace «crecer el anticlericalismo» (25) y va preparando el surgimiento no sólo de Lutero, sino del posterior anticlericalismo. Y si el crítico, por el propio hecho de criticar, se distancia de estos últimos fenómenos de ruptura, testimonia con ello que él sabe que la santidad de la Iglesia sigue existiendo; que otros muchos miembros de ella siguen siendo santos, si bien más ocultos y quizá menos «oficiales» (10 y 24) ante los hombres, aunque más «oficiales» ante Dios, porque, como decía Juan de Santo Tomás, «el cielo (o lo santo de la Iglesia) no es el mero actuar del papa, sino el actuar santamente de quien sea» (45). Es decir: a la Iglesia la representan (ante Dios) no los jerarcas, sino los santos.

Y de aquí se deriva una serie de exigencias para la jerarquía, en cuanto que ésta tiene cierto carácter de «oficialidad» de la Iglesia ante los hombres. Lo que es obligación moral de toda autoridad se acrecienta y se multiplica en el caso de la autoridad evangélica (61). Ser autoridad en la Iglesia no significa tener más santidad y, consiguientemente, más amor, sino estar mucho más obligado a amar más; por eso, cuanto más hombre de Iglesia se es, tanto mayor acogida debe darse a la crítica, en lugar de irritarse más por ella o crearla más inicua (63). Frase que, por supuesto, debe ser completada con esta otra: cuanto más eclesial es el crítico, tanto más debe dirigir su crítica también a sí mismo. Y ambas cosas por razones no puramente humanas, sino estrictamente teológicas. La Iglesia es, efectivamente, «el mundo al revés», aunque no lo sea por sus hombres.

Y estas exigencias culminan en lo que otros textos dicen acerca de la Iglesia de Roma y que parece una paráfrasis de aquella frase de Ignacio de Antioquía: «la que sobresale en el amor». Durando cree que Roma debe,

efectivamente, ser «espejo», pero no diciendo que lo es, sino actuando como tal (20). Y Adriano VI y los cardenales que prepararon Trento la veían como cabeza de santidad, pero distinguiendo esa expresión de la mera acumulación de poder, pues el poder la corrompe (adulación, caballo de Troya...: cfr. textos 27-29), y entonces ya no es cabeza de santidad.

d) Finalmente, el último capítulo de esta reflexión eclesiológica ya no arranca de la dualidad entre santidad y pecado, o entre poder y carisma, o entre oficialidad ante los hombres y oficialidad ante Dios, sino de una dualidad última que la Iglesia conoce mejor que nadie, y que es la dualidad entre la Iglesia y Dios. Por más que sea necesaria la mediación de la Iglesia, ella no absorbe la totalidad de la relación del individuo con Dios. Y la razón de esa no-absorción la formula Rahner desde algo muy típico de la espiritualidad ignaciana: Dios tiene una voluntad particular sobre cada hombre y cada situación concreta. A esa voluntad particular le prestan un cierto criterio negativo y aproximador las leyes universales, pero no la traducen mecánicamente y sin más. A pesar de ello, la «abdicación de la conciencia» es tentación grande en la Iglesia, tanto por parte de la institución (para un funcionamiento más mundanamente eficaz) como por parte del individuo (para comodidad, seguridad, compra del cielo...). En este contexto acuña Rahner la expresión «colectivismo de los corazones», que vale la pena subrayar: la sensibilidad que la Iglesia esgrime contra otros colectivismos, ha de aplicársela también a sí misma si quiere dar la impresión de que se trata de una sensibilidad legítima (ver texto 58).

Dos razones aduce Rahner para que la Iglesia evite ese «colectivismo de los corazones». La primera es profundamente teológica: Dios no se contenta con «saldos» de lo humano, sino que busca lo más profundo del hom-

bre, las primicias de esa novedad humana que en cada individuo está por alumbrar (58). Y la otra razón es de carácter más epocal: dada la experiencia del siglo XX con los totalitarismos, la represión de la crítica se vuelve hoy, más que nunca, un grave pecado de escándalo (57). La Iglesia no puede dar la impresión de que cree en una especie de «leninismo eclesiástico» (sit venia verbo), según el cual habría una «iglesia para sí», compuesta por los dirigentes y portadora de la verdadera eclesialidad y la verdadera conciencia eclesial, y a su lado una «iglesia en sí», que no podría hacer más que seguir a la anterior. A esta concepción se opone no sólo la sensibilidad moderna, sino el Evangelio (cfr. 57).

### *B. La eclesialidad del crítico*

La segunda parte de esta reflexión eclesiológica mira más bien al autor de la crítica. Pero, al igual que la parte anterior, es también una reflexión sobre pneumatología, o sobre el Espíritu en la Iglesia. El Espíritu que construye la comunidad es, a la vez, el inmanipulablemente libre que sopla donde quiere. Por eso, la verdadera crítica en la Iglesia no es privilegio de la dignidad ni de la santidad (44) ni del oficio (45), sino simplemente fruto del Evangelio que quema (46). El crítico puede sentirse, ante aquellos a quienes critica, como la burra de Balaam ante el profeta (20), o como «el último» (42, 25), o como una voz inútil en el desierto (1)... En situaciones muy desesperadas, tal vez aspire, más que a corregir a los criticados, a evitar que dañen al pueblo (1). En reflexiones más serenas se podrá decir que su palabra es obra de misericordia (44) o celo de caridad (45). En este caso, Agustín opinará que la dialéctica verdad-oportunidad no debe plantearse como un dilema entre hablar y callar (pues siempre habrá alguien para quien la verdad sea oportuna y el callar, en cambio, inoportuno), sino más bien como

una opción entre hablar de un modo o de otro (47). Pero aun esto último, que impondrá a la crítica ciertas condiciones, no le asegura por ello el éxito automático, y no necesariamente por la maldad de los criticados, sino (siguiendo a Rahner, que es aquí de un realismo insuperable) por la pluralidad de las situaciones y de las psicologías humanas. Esta pluralidad es, de suyo, conflictiva, si bien todos los cristianos están llamados a tratar de convertirla en armónica o, al menos, en respetuosa (57). Y es bueno recoger también la observación con que prosigue Rahner de que la formación que en este punto se recibe en la Iglesia (por laicos y por clero) es deficiente: falta saber captar los diferentes soplos del Espíritu; falta connaturalidad con el hecho de la crítica, así como sentido de las medidas de este hecho para no tomar la crítica como una patente de corso que todo lo autoriza; y falta saber conjugarla con el amor y la fidelidad (57). Y si falta todo esto, es porque nos cuesta aceptar que *el sufrimiento pertenece al carisma* (59), lo cual supone aceptar la pluralidad de dones como forma de no apropiarse del Espíritu, ni siquiera cuando el Espíritu se apropia de uno (59 y 60). La imagen de Ezequiel evocada por Orígenes (62) o la del amor que acepta sufrir por Aquella a la que ama, en lugar de arrullarse cerrando los ojos (33, 64), son las mejores imágenes de este sufrimiento, que se dará siempre para no permitir que la crítica se convierta en condena. Porque con la primera puede ser el hombre instrumento de Dios, mientras que con la segunda se pone el hombre en el sitio de Dios. Y esta diferencia es la que no debe desaparecer nunca.

## 2. PROSPECTIVA

Tras esta apretada e incompleta síntesis, que de ningún modo pretende suplir lo que dicen los textos pre-

sentados, surge imparable una pregunta: ¿qué dirían nuestros autores *hoy y aquí*? No es una pregunta de periodista, hecha por puro afán de comprometer o de arrancar algo sensacionalista. Puede ser también una pregunta de creyente y de amor a la Iglesia. Y es la gran pregunta de muchos hombres de hoy, que tropiezan con la Iglesia o que le dirigen aquella pregunta del Evangelio: ¿eres tú la que había de venir, o buscamos a otra?, o que, aún peor, han dejado ya de dirigirle esa pregunta porque se la han respondido negativamente.

Los responsables de la Iglesia tienden muy fácilmente a desautorizar esta pregunta, considerando que sólo puede nacer de utopismos inmaduros y adolescentes, o de afanes de protagonismo personal, o simplemente de mala voluntad.<sup>3</sup> Su postura contiene la razón de que

<sup>3</sup> No todos. Un texto «oficial» que parece tomar muy en serio esa pregunta es la carta pastoral de los obispos vascos en la Cuaresma de 1983. Allí leemos los párrafos siguientes:

«El mundo del trabajo, del pensamiento, de la docencia, de la sanidad, se está alejando en su conjunto de la comunidad cristiana. Algunos de estos grupos han pasado, de una actitud combativa, a una actitud indiferente que refleja una distancia mayor que la primera. Es verdad que hay muchos cristianos en el seno de estos grupos. Pero carecen en bastantes ocasiones de una fe intrépidamente confesante... Tal vez estén convencidos de que 'el producto' que pueden ofrecer —el Evangelio— tiene alta calidad, pero 'la casa' que lo anuncia —la Iglesia— está desprestigiada en estos ambientes» (n.º 9).

«Todos los grupos que vamos describiendo presentan un denominador común: una imagen peyorativa de la Iglesia. Conocen a muchos cristianos que son buenas personas e incluso buenos creyentes. Pero la Iglesia total y las iglesias locales son para ellos una institución decadente, fragmentada, resistente al cambio social, adherida a parcelas de poder que aún conserva, distante de los pobres, inflexible en su dogmatismo, de escaso talante democrático... y demasiado complaciente con los poderes de este mundo.» Y aunque reconoce que «no se merecen nuestras iglesias un juicio tan negativo», sin embargo concede que «una Iglesia renovada en sus propias fuentes y dotada de credibilidad es ne-

*toda gran institución* (sea religiosa o laica) *sólo puede ser conservadora*: únicamente 'los «ghettos» ineficaces pueden permitirse ser progresistas, puesto que las instituciones grandes, al no ser personas, sólo se mueven por el instinto institucional. Y el instinto es siempre de auto-conservación, sobre todo. De ahí ese hecho incomprensible de que las instituciones sólo progresen fecundadas por el sacrificio de profetas personales.

Pero, una vez reconocida la razón de los que se hallan en esta postura, puede ser útil aplicarles unas muy sabias palabras del cardenal Suhard: «¿es que algunos de ellos no caen en el exceso que señalan? El reflejo de defensa o de repulsa al que ceden, ¿es siempre más clarividente y más caritativo que el apetito de novedad que estigmatizan?»<sup>4</sup> Pues efectivamente, la dosis de razón de esta postura no llega a desautorizar la validez de aquella pregunta: en un mundo secularizado y plural, en el que la Iglesia no es más que una porción minoritaria (llamada a ser sacramento de la salvación de Cristo), la conducta oficial de esa Iglesia ya no es únicamente cuestión de fidelidad o de infidelidad a Dios (de la que sólo El juzga), sino que es además cuestión de credibilidad o de incredibilidad para la Iglesia. El anuncio de los Apóstoles nunca habría sido creído sin el cambio de sus vidas. Y lo mismo le ocurre hoy al anuncio de la Iglesia. El

---

cesaría para que estos hombres puedan aceptar a Jesús como Señor y al Evangelio como norma de vida» (n.º 13).

Y lo mismo a propósito de los jóvenes: «Es verdad que ellos perciben a la Iglesia como 'signo impuro'. ¿No nos sentiremos urgidos a no defraudarles, empeñándonos en mejorar a la Iglesia?» (n.º 16).

Quiero añadir, finalmente, que también en ese Documento aparecen los tres puntos que van a constituir la base de esta prospectiva: Iglesia de los pobres (22), autoridad como servicio (46) y eclesiocentrismo (24).

<sup>4</sup> *Lo Documentation Catholique*, octubre 1945 col. 1215-16.

capítulo 4 del Deuteronomio da, como señal de la proximidad de Dios a Israel, el tener leyes más justas que todos los pueblos. La Iglesia primitiva podía decir algo parecido cuando afirmaba que «ya no hay hombre ni mujer, judío ni griego, señor ni esclavo». Y nosotros no podemos ser honrados sin reconocer que la Iglesia de hoy, en sus estamentos más oficiales, no puede decir eso. De ahí la necesidad de su reforma.

Esta afirmación es dura, y por eso debemos desarrollarla algo más. Repetiremos una vez más que, al hacerla, no se ataca a personas particulares, sino a fallos estructurales. Concederemos también que la vida habitual de los eclesiásticos no reclama hoy el tipo de críticas que hemos presenciado en la primera parte. Los eclesiásticos seguirán siendo hombres hasta el fin de los tiempos, pero la tardía reforma de la Iglesia produjo frutos innegables en el campo de la vida personal. Más aún: con la libertad que da el Evangelio, hemos reconocido antes que una cierta relajación de las costumbres de los eclesiásticos en el campo de la moral sexual ha nacido hoy, paradójicamente, en aquel sector de la Iglesia que más se reclamaba de la «transformación» y la «reforma» y que, con ello, no ha hecho más que desacreditar y herir de muerte a la causa.<sup>5</sup>

Pero con la misma libertad con que hemos concedido lo anterior, es preciso reconocer que el cambio asombroso de nuestros tiempos, unido a la parálisis que implicó también la Contrarreforma, hace surgir nuevas obligaciones y nuevos desafíos que suponen nuevas llamadas del Espíritu, ante las cuales se puede ser tibio o indeciso (aunque a lo mejor se es fuerte y meticoloso en el cumplimiento de lo establecido «desde siempre»). Y hay que

---

<sup>5</sup> Las explicaciones psico-sociológicas que pueda tener este fenómeno en otras exageraciones de la Iglesia contra las que se trataba de reaccionar, no podemos estudiarlas aquí ahora.

confesar que esa tibieza o indecisión ante los imperativos nuevos puede producir más escándalo que la debilidad ante los imperativos «tradicionales» (aunque quizá válidos), precisamente porque hiere más la sensibilidad ética de los hombres de nuestro mundo.

Y esos desafíos que llamamos «nuevos» pueden ser formulados recogiendo tres temas viejos. Tan viejos que han venido a constituir el balance de las críticas pasadas que hemos visto, y volverán a constituir el resumen de las exigencias futuras. Diremos, pues, que el Espíritu parece reclamar hoy la conversión de toda la Iglesia en el tema de los pobres y de la injusticia, en el ejercicio de la autoridad (¡que son, a la vez, los dos grandes problemas del mundo contemporáneo!) y en eso que hemos llamado «eclesiocentrismo», o miedo a no vivir para sí, y que puede brotar de la posición actual de la Iglesia como minoría en un mundo que ya no coincide con sus límites y que es enormemente plural y secular, o paganizado. He aquí las arrugas y las manchas que el Señor quiere eliminar hoy en su Esposa.

Otro será el momento de hacer un estudio a fondo sobre estos temas. Pero ahora es indispensable decir una palabra sobre cada uno de ellos, para cerrar la andadura de este libro.

## 2.1.

Se oye decir que la Iglesia está demasiado centralizada, con una centralización «casi soviética», y que el principio de subsidiariedad, tan proclamado por la Iglesia, es ella quien menos se lo aplica. Debe decirse que el protagonismo habitualmente exclusivo que ejerce Roma en el nombramiento de obispos lesiona derechos de las iglesias locales y se aparta del testimonio tanto neotestamentario como de la primitiva Iglesia. Con ocasión del Vaticano II se insistió muchas veces en que la Curia

Romana no podía ser un brazo burocrático del «centro» contra la «periferia», sino un órgano al servicio de toda la autoridad de la Iglesia (Colegio episcopal, con su cabeza en el obispo de Roma). También, y a propósito de los llamados «procesos doctrinales», el Sínodo de obispos de 1971 hizo recomendaciones muy válidas que hoy parecen olvidadas...

Pero todo esto son reivindicaciones concretas, y no se trata aquí de hacer una enumeración más o menos exhaustiva. El problema de fondo es la conversión de toda la Iglesia al mensaje evangélico sobre la autoridad, que se resume en estos dos puntos: la desacralización de la autoridad y su inversión en servicio (inversión no sólo al nivel de las «intenciones» de los que mandan, sino también en su mismo funcionamiento práctico).

La autoridad es absolutamente necesaria, y Dios no ha dispensado a su Iglesia de esta necesidad. Pero, como ya recordaba Pedro, es más fácil apacentar «tiranizando que haciéndose modelos del rebaño» (1 Pe 5, 3), aunque sólo este segundo es el camino evangélico. Todo creyente, a lo largo de su vida, ha tenido experiencias de cuándo la autoridad se ejerce como un «superego» culpabilizador, que causa dolores profundos y puede crear traumas en personas de buena voluntad, y cuándo se ha ejercido como un servicio necesario, exigente a veces, pero respetuoso siempre y que acaba resultando benéfico para el grupo y para el mismo individuo. Como también enseña la experiencia a distinguir entre lo que pueden ser medidas excepcionales para situaciones extremas y lo que es convertir en normal la excepcionalidad. Un cristiano no puede aceptar que el poder, más que la comunión y el diálogo bajo la Palabra de Dios, sea el primero y el único recurso constructor de la Iglesia.

Por ello, y porque más que de reivindicaciones particulares se trata aquí de un cambio evangélico de mente

en lo relativo a la autoridad, creo que el mejor desarrollo de este punto, en consonancia con el tono de este libro, será otra larga cita. Cita de un autor que suele ser duro con todos, pero al que nadie niega gran penetración teológica:

«...Entre Vaticano I y Vaticano II, el miedo que Roma tuvo (los papas personalmente, o solamente su Curia) de que renaciera el Galicanismo, le impulsó desventuradamente a usar del prestigio adquirido, o vuelto a encontrar en 1870, para debilitar el ejercicio y la realidad del episcopado. En primer lugar, trató de no admitir para el desempeño de esta función sino a hombres poco susceptibles de ejercerla de una manera responsable; después se dedicó a canalizar y a dirigir autoritariamente, o sea, a mediatizar simplemente su acción. La crisis modernista que sobrevino en el entretanto, sirvió de pretexto o de justificación para tenerlos más a raya.

El Concilio Vaticano II, sin que haya minimizado ni destruido en nada la obra doctrinal positiva del Vaticano I, antes, al contrario, confirmándola, proclamó sus complementos que todos deseaban. Pero, ya en el transcurso de este concilio, y más todavía por lo que ha venido después, se ha visto hasta qué punto el desconocimiento del verdadero sentido de la autoridad cristiana estaba metido en la conciencia de sus poseedores.

A pesar de que se reconoció formalmente en los textos doctrinales que el conflicto entre el primado y la colegialidad no podía nacer sino en una colegialidad de poder y no de servicio, en la práctica, sin embargo, el episcopado marchó con frecuencia hacia su propia regeneración pensando en las líneas de una eclesiología de poder. Antes que brotaran, después del Concilio y bajo la capa engañosa de una restauración efectiva de la colegialidad, simples conatos de resurrección del Galicanismo, en el Concilio ya se manifestó hasta qué punto, para un gran número de obispos, la restauración de su poder significaba la capacidad, para el porvenir, de obrar con respecto a sus subordinados exactamente como

ellos reprochaban a la Curia haber obrado con ellos en el tiempo pasado.

El escandaloso olvido del presbiterado, de los sacerdotes de segundo orden, en las deliberaciones conciliares o, lo que es peor todavía, cuando se quiso pensar en él, el cuidado casi exclusivo de ponerlos en ridículo aunque fuera con palabras empalagosas, constituyeron ya, para quien era capaz de reflexionar, la prenda no de la reforma esperada, sino de una exasperación de la crisis desde hacía mucho tiempo latente en la Iglesia. De hecho, la contestación de los sacerdotes que siguió tan de cerca al Concilio, por muy deplorable que fuera no sólo en algunos de sus aspectos, sino también en su fondo, no es más que la consecuencia inevitable de una reacción semejante en el episcopado, de un desconocimiento semejante, entre los mismos responsables de la autoridad, del verdadero problema que ella ha venido a plantear. Pero esta contestación, a su vez, traiciona cómo la deformación de la autoridad en su propia idea de sí misma se ha extendido como una mancha de aceite, hasta el punto de que los que se rebelan contra ella quedan imbuidos de ella hasta un grado tal que ni ellos mismos sospechan... Los presbíteros reivindican hoy para ellos mismos, como su propio derecho, esa confusión entre una función eclesial o de servicio y una función secular o de afirmación autónoma de sí mismos, que ha venido siendo desde hace mucho tiempo la tentación mayor del episcopado y que no ha dejado de serlo sino en apariencia...

Pero también en los laicos, en el momento en que los obispos creen haberlos asociado a su propia emancipación, las mismas confusiones remanentes, lejos de desaparecer, acaban —según parece— ocupando todo el terreno.»

(L. BOUYER, *La Iglesia de Dios*, Madrid 1973, pp. 618-620)



## 2.2.

Nuestra humanidad ha llegado a la vez a las cotas más altas de refinamiento o de lujo y a los espectáculos más atroces de desnutrición y miseria, sin que el problema pueda ya tener solución a nivel exclusivamente asistencial, sino sólo a través de un cambio estructural planetario. En este estado de cosas, la exigencia del Evangelio es bien clara: la Iglesia debería estar junto a aquellos, y por delante de aquellos, que hacen lo posible (y hasta dan sus vidas) por aportar a este mundo de Dios un poco más de justicia y de solidaridad. Incluso en el caso de que los hombres bloquearan culpablemente los caminos hacia esa justicia necesaria, la Iglesia debería perder su voz y sus manos no cesando de clamar y de mostrar que su Dios está del lado de quienes serán los perjudicados por esa negativa culpable. Y esto debería hacerlo la Iglesia aunque le acarrearra «persecución por la justicia».

Pues bien: otra vez los cristianos no podemos ser honrados sin reconocer que la respuesta concreta de la Iglesia se ha quedado muy por debajo de lo que parece ser exigencia del Espíritu. La Iglesia, que brilló siempre (tanto en voces y en gestos proféticos como en fundamentaciones teológicas y espirituales)<sup>6</sup> cuando la caridad era una virtud personal y «privada» y tenía que ejercerse de forma asistencial, da la impresión de que hoy retira sus voces proféticas y sus fundamentaciones teológicas, cuando el amor ha de ser *además* practicado con alcances y pretensiones estructurales y macrocaritativas. Sus actuaciones en este punto dan a mucha gente generosa y cons-

6. La afirmación del paréntesis no es retórica. La antología que constituye este libro debería ser seguida por otra antología de textos sobre «los pobres en la teología y en la espiritualidad cristiana». Dios lo haga.

ciente la impresión de ser tibias y casi forzadas, como si sólo pretendiera con ellas tranquilizar su propia conciencia, más que servir efectivamente a los hombres. El autor, que ni es pobre ni está seguro de amar plenamente a los pobres y haber asumido de veras su causa, se encuentra muy incómodo al hacer esta crítica. Pero se atreve a ello porque es la misma Iglesia la que, en el Sínodo de los obispos de 1971, proclamó:

«Si el mensaje cristiano sobre el amor y la justicia no manifiesta su eficacia en nuestra acción por la justicia en el mundo, difícilmente obtendrá credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo. (...) Si, por el contrario, la Iglesia aparece como uno de los ricos y poderosos de este mundo, su credibilidad queda menguada.»

(cfr. *Ecclesia* [1971], pp. 2297 y 2299)

Cuando la misma Iglesia se ha sometido públicamente a ese desafío de su credibilidad, renovado por la *Laborem Exercens* de Juan Pablo II,<sup>7</sup> ¿qué cristiano no tendrá obligación de ayudarla cuando su credibilidad en este punto se deteriora? Pues bien: la Iglesia «oficial» aparece hoy demasiado ante el mundo como «casa de los ricos» y, por cruel que sea, resulta hoy verosímil aquella inversión de la frase de Jesús: «es más fácil que pase el camello por el ojo de una aguja que el que un pobre pueda entrar en la Iglesia y sentirse en ella como en su casa...»

Todo esto no significa que, en los últimos años y al nivel de las declaraciones teóricas y de las palabras, no hayan cambiado muchas cosas en este punto, gracias en buena parte a las iglesias del Tercer Mundo y a la voz

7 *LE*, n.º 8: la Iglesia considera la causa de los pobres «como su misión, su servicio; como verificación de su fidelidad a Cristo».

insistente y repetida de Juan Pablo II. Pero lo que no parece cambiar y justifica parcialmente la frase anterior son las prácticas y la práctica *global* de la Iglesia. Ciertamente, también a nivel de prácticas, han aparecido cosas maravillosas y esperanzadoras en las iglesias del Tercer Mundo (y no sólo en América Latina). Pero no parece que, al nivel de las iglesias ricas y de los estamentos oficiales, encuentren tales esperanzas la acogida y el impulso que reciben en el Corazón de «Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos».

Y, en mi opinión, la razón de esta tibieza reside, más que en la culpa, en el temor: la Iglesia *teme* a los pobres, por extraño que resulte hablar de este modo. Los teme porque la desinstalan, porque entrevé que el cambio perdido la afectaría a ella misma (pues la Iglesia es mayoritariamente primermundista, y además es muy posible que el asombroso desarrollo y dominio del hombre sobre la dura tierra en este sector del mundo sea fruto de su matriz cristiana). Pero los teme también porque tiene miedo a ser manipulada por ellos si se les entrega decididamente. Y este temor a ser manipulada es la expresión más clara (y más triste) del abismo todavía existente, pues en realidad sólo se teme ser manipulado por aquello que se desconoce a fondo. Y es bien expresivo el hecho de que la Iglesia no tema ser manipulada por los ricos o al menos por las clases medias acomodadas, a pesar de que estos grupos, de hecho, la manejan bastante más; pero es que hay una coincidencia de culturas y de intereses que le hace sentir a la Iglesia que no es llevada a terrenos desconocidos. El enfeudamiento de la Iglesia es tal que ella misma olvida o silencia inconscientemente puntos de su doctrina moral más clásica que favorecerían a los pobres de la tierra y la pondrían en conflicto con los poderosos. (Piénsese, por ejemplo, en la norma de que, «en extrema necesidad, todas las cosas son comunes»; o en la obligación del salario familiar por justicia

*conmutativa*, es decir, con obligación de restituir si no se paga; o en la deuda de los países latinoamericanos, la totalidad de cuyo monto no parece que haya obligación en conciencia de satisfacer, con la moral católica en la mano).

No es posible ser ilusos en esta tierra, donde la máquina de la historia no sólo no funciona hoy, sino que no ha funcionado nunca, y donde el dolor es el lote de los hombres (aunque pueda ser un lote que redime). No cabe ser ilusos a la hora de reclamar. Pero, si es cierto que el Espíritu habla hoy por aquí a las iglesias, bastaría con dejar hacer, con no poner demasiados obstáculos, con no querer arrancar la cizaña antes de tiempo. Y el obstáculo es muchas veces el hacer la vida demasiado imposible, el no dejar vivir a hombres y grupos que serán la luz para la Iglesia de mañana en este punto. Pues es bien sabido que el calvario de bastantes mártires modernos (cuyo nombre más tópico ha pasado a ser el de monseñor Romero) no comenzó el día en que la bala asesina apuntó hacia ellos. El calvario había comenzado mucho antes.

### 2.3.

Si decíamos antes que el cambio que se le pide inspira temor a la Iglesia oficial, tal vez es porque cree adivinar que ese cambio le haría perder presencia y poder en un mundo en el que ya tiene bastante sensación de haber sido desplazada y de haber perdido peso. Esto nos lleva al último de los temas anunciados.

Todas las instituciones (y más cuanto más centralizadas) tienden a medir la salud y la estima de la institución por el poder y la estima de que goza el organismo central. Y también los imperios han tendido a tomar la prosperidad del centro por la salud del imperio. Estas leyes tan elementales de las sociedades hacen comprensible que la pérdida de liderazgo de Roma ante el mun-

do y la práctica liquidación de la cristiandad se experimenten como un ataque y casi una muerte de la misma Iglesia. De ahí que, pese a tantas declaraciones en el sentido de que la Iglesia no existe para sí, sino para los hombres, y no al revés, sin embargo muchas personas con responsabilidad eclesial, y probablemente con absoluta integridad personal, den con frecuencia la impresión de que la Iglesia no tiene otra obsesión que su propia supervivencia, y que sólo trabaja para ella. Probablemente esos eclesiásticos darán tal impresión por actuaciones en las que ellos piensan que no hacen más que defender a la Iglesia y salvar del naufragio a la barca de Pedro. Pero la sospecha psicoanalítica de sí, bajo tal defensa de la Iglesia, no estará latiendo una defensa de las propias porciones de poder o, al menos, un miedo poco hermano de la fe, es una sospecha que no puede descartarse de un plumazo. Hoy más que nunca, cuando puede sentir que «pierde mundo», la Iglesia debería decirse a sí misma cada día que «el Señor es la parte de su herencia», y tratar de no perder de vista aquella palabra evangélica que también vige para la Iglesia: que el que quiera salvar su vida, la pierde, y el que acepta perderla por el Evangelio, la salva. Pues el Evangelio de Jesús, la bondad, la calidad humana del Dios cristiano, no son cosas que puedan obtenerse mediante algún tipo de poder, fuerza o engaño sociológico. El poder —del tipo que sea— puede servir para evitar algunos males (muchos quizá), pero no sirve para hacer una pizca de «bien» auténtico, pues el bien es lo más libre que hay; para eso sólo sirve la fuerza desarmada de la verdad y la fuerza débil del amor; dos recursos que, en lugar de negar o manipular la libertad del hombre, se dirigen a ella para liberarla. Y aunque la Iglesia no vive todavía en la plenitud del amor y la verdad, es hacia ellos adonde debe dirigir su camino, sin tolerar que haya en ella más normas administrativas que apóstoles y «maestros» del espíritu. Porque

esto da lugar a lo que L. Bouyer califica duramente como «las inercias propiamente católicas»:

«Por haberse limitado a 'conservar', a 'proteger', a 'defender', los órganos directores del catolicismo moderno no supieron guiar, inspirar, suscitar el desarrollo viviente de la tradición católica en todo el cuerpo de los fieles. Y éstos, por ello, no escapan a una inmovilidad pasiva si no es para ceder, sin resistencia, a las presiones de fuera. En estas condiciones, ellos no pueden atestiguar la vitalidad de un organismo que, sin embargo, les pertenece todavía, pero del cual, en demasiado gran número y desde hace ya mucho tiempo, no participan.»

(*La Iglesia de Dios*, p. 187)

Si Bouyer cree que el eclesiocentrismo de los que deberían ser maestros es el que genera la falta de inmunidad de los fieles, ¡qué contraste entre el peligro de esa inercia y los horizontes que se abren a su superación y que se reflejan en estas palabras del diario de Juan XXIII, el papa menos eclesiocéntrico de este siglo, escritas sólo unos días antes de morir! :

«Hoy más que nunca (ciertamente más que en siglos precedentes), estamos llamados al servicio del hombre como tal, no sólo de los católicos. A defender sobre todo y en todas partes los derechos de la persona humana y no sólo los de la Iglesia Católica. Las condiciones actuales, las investigaciones de los últimos cincuenta años, la profundización doctrinal, nos han llevado a realidades nuevas, tal como dije en el discurso de apertura del Concilio. No es que haya cambiado el Evangelio: somos nosotros los que hemos comenzado a comprenderlo mejor. Quien ha tenido la suerte de una vida larga, se encontró al comienzo de este siglo frente a nuevas tareas sociales; y quien —como yo— ha estado veinte años en Oriente y ocho en Francia y se ha encontrado en el cruce de diversas culturas y tradiciones, sabe que ha llegado el momento de discernir los signos de los tiem-

pos, de aferrarse a la oportunidad de mirar hacia adelante» (24-V-1963).

(cfr. G. ALBERIGO, *Giovanni XXIII*, Brescia 1978, p. 494)

## CONCLUSION

Todas estas críticas no son verdaderas por el hecho de haber sido pronunciadas. Nadie lo sabe mejor que su autor, por convencido que esté de ellas. Pero al menos sí que hacen verdaderas unas palabras de la jerarquía eclesiástica con las que vamos a cerrar este libro, porque están en perfecta consonancia con las palabras de Pío XII que lo abrieron:

«La Iglesia reconoce a todos el derecho a una conveniente libertad de expresión y de pensamiento, lo cual supone también el derecho a que cada uno sea escuchado en espíritu de diálogo, que mantenga una legítima variedad dentro de la Iglesia.»

(SINODO DE OBISPOS DE 1971. *Ecclesia* [1971], p. 2299)

## INDICE ONOMASTICO

Los números de las páginas en «negrita» remiten a los textos que propiamente constituyen la antología.

- ADRIANO VI, papa, **55-56**, 142, 150  
 AGUSTIN, San, 76, 90, 91, 92, **94-95**, **96-97**, **98-100**, 145, 146, 148, 151  
 ALBERIGO, G., 166  
 ALEJANDRO VI, papa, 50  
 ALIACO, P., card., **46**  
 ALIGHIERI, Dante, **37-39**, 40, 76, 141, 142  
 AMBROSIO, San, 120  
 AMBROSIO DE MONTESINOS, 53  
 ANTONIO DE PADUA, San, 59  
 ARISTOTELES, 56  
 AUXENCIO, 40
- BALTHASAR, H. U. von, 32, **125**  
 BERNARDO DE CLARAVAL, San, **14-20**, 21, 22, 23, 28, 32, 34, 134, 137, 138, 139.  
 BONIFACIO IV, papa, 88  
 BONIFACIO VIII, papa, 39, 142  
 BOUYER, L., 158-59, 165  
 BRIGIDA, Santa, **26-28**
- CAMBÓ, F., 50  
 CARAFFA, card., 56  
 CARLOMAGNO, 151  
 CATALINA DE SIENA, Santa, **24-26**, 32, 89, 134  
 CELESTINO VI, papa, 69  
 CLEMANGO, N., **46-50**  
 CLEMENTE VI, papa, 23  
 CLEMENTE VII, papa, 51  
 COLUMBANO, San, **88-89**, 98, 147, 148  
 CONGAR, Y., 42, 66, 67, **77**, **97-98**  
 CONSTANTINO, 40, 141  
 CONTARINI, card., 56  
 CURCI, C. M., 62
- DERMENGHEIM, E., 94  
 DIEGO, L. de, 54  
 DIEZ ALEGRIA, J. M., 59  
 DIONISIO EL CARTUJANO, 51, **53-54**  
 DÖLLINGER, J. I., 65  
 DURANDO, G., **42-44**, 145, 149
- EMERICO, card., 22  
 ENRIQUE DE LANGENSTEIN, **44-45**, 139  
 ENRIQUE VIII, 50  
 ERASMO, 40, 58  
 EUGENIO III, papa, 15, 17, 34
- GAMALIEL, 113, 114  
 GERHOF DE REICHERSBERG, **34-37**, 125, 140  
 GERSON, J., 44  
 GÖRRES, I., **67-68**, 143  
 GREGORIO DE ELVIRA, 31  
 GREGORIO MAGNO, San, 90  
 GREGORIO VII, 24  
 GREGORIO XI, 27, 28  
 GREGORIO XVI, 66  
 GUILLERMO DE AUVERNIA, **29-31**  
 GUILLERMO DE S. THIERRY, 20
- HILARIO DE POITIERS, San, **40-42**, 141, 142  
 HONORIO III, papa, 24
- IGNACIO DE LOYOLA, San, 51, 53, 126, 127, 128, 129.  
 INOCENCIO II, papa, 24  
 INOCENCIO XII, papa, **61-62**  
 IRIARTE, T. de, 63

JERONIMO, San, **89-90**  
JUAN CRISOSTOMO, San, **101**  
JUAN DE PARIS, **92-93**, 148  
JUAN DE SANTO TOMAS, 149  
JUAN DE TORQUEMADA, 91  
JUAN XXIII, papa, 165  
JUAN PABLO II, papa, 55, 161, 162

KLEIN, A., **126-129**  
KOCH, A., **117-124**

LECLERQ, J., 26  
LEON X, papa, 50  
LEON XIII, papa, 9  
LIUTPRANDO, 58  
LOPEZ DE AYALA, 59  
LUBAC, H. de, **102**  
LUTERO, M., 50, 55, 61, 142, 149

MARAÑON, G., 7  
MEIGNAN, G., **65-66**  
MELLO, A. de, 103  
MENENDEZ PELAYO, M., 63  
MERSCH, E., **95-96**  
MIGNE, S. P., 33  
MÖHLER, J. A., 55  
MONTALEMBERT, C., 65

NAPOLEON I, 62  
NAVAGGERO, B., 50  
NEWMAN, J., 131  
NICOLAS III, papa, 38, 142

ORIGENES, **124**, 125, 152  
OTTAVIANI, card., 78

PABLO III, papa, 56  
PAPINI, G., **69-76**, 87, 144.  
PAPPALETTERE, abad, 66  
PASSAGLIA, C., 66  
PASCUAL II, papa, 24  
PASTOR, L., 56, 57  
PEDRO DAMIAN, San, **32-34**, 71  
PEDRO DE LEYDE, **51-53**  
PETRARCA, 39, 40, 59  
PETRUS DE CEFFONIA, 24  
PIO V, papa, 113  
PIO IX, papa, 64, 65, 66  
PIO X, papa, 142  
PIO XI, papa, 11  
PIO XII, papa, 13, 14, 59, 69, 82,  
146, 166  
POLE, card., 56, **57-58**

RAHNER, H., 129  
RAHNER, K., 77, **78-83**, **100-101**, **104-114**, 126, 129, 144, 146-47, 150, 152  
RAMPOLLA, card., 142  
RATZINGER, J., **125-126**  
RAVIER, A., 57  
RIEDLINGER, H., 31  
ROMERO, O. A., 163  
ROPS, D., 24, 61, 63, 66, **101**  
ROSMINI, C., **64-65**, 138

SADOLETO, card., 56  
SUHARD, card., 154

TOMAS DE AQUINO, Santo, **90-91**,  
93  
TOMAS DE CHANTIMPRÉ, 23  
TOMAS MORO, Santo, **94**

VICENTE DE PAUL, San, 61  
VILLANI, M., 24